



CENTRO DE ESTUDIOS SOCIOLOGICOS
PROGRAMA INTERDISCIPLINARIO DE ESTUDIOS DE LA MUJER

Prácticas discursivas y construcción de subjetividades en quinceañeras mexicanas
de clase media

Tesis que presenta

Lisett María Gutiérrez Domínguez

Para obtener el título de

Maestra en Estudios de Género

Director

Dr. Nitzan Shoshan

México D.F. 2012

Agradecimientos:

A todas las personas e instituciones que han permitido, apoyado y facilitado mi admisión y permanencia en esta maestría, y sobre todo la realización de esta investigación. Especialmente a CONACYT, por el financiamiento al programa, a la coordinación del PIEM por todos los trámites que hicieron posible mi llegada a México, a los profesores y profesoras que impulsaron y propiciaron discusiones intelectualmente estimulantes en el salón de clase, sin las cuales nunca habría llegado a cuestionarme las relaciones de género de la forma en que aparece en esta tesis; y por supuesto, a los compañeros y compañeras de la maestría, que fueron co-productores(as) de cualquier cosa que yo haya logrado decir en estas páginas. Agradezco también enormemente a los dos excelentes profesores que en diferentes etapas asumieron la dirección de mi trabajo, Pablo Semán y Nitzan Shoshan, y también a mi lectora Karine Tinat, por todos sus consejos, su apoyo, sus críticas y su tiempo. Una mención especial para las tres increíbles familias que me recibieron en sus casas y estuvieron dispuestas a compartir conmigo parte de sus vidas, sus conflictos y sus proyectos. Aunque no escriba sus nombres para mantener la confidencialidad, siempre estaré en deuda con su hospitalidad y su inmensa colaboración para poder hacer este trabajo. Finalmente, no quisiera dejar de agradecer a los autores y las autoras que antes de mí tuvieron preocupaciones similares por los diferentes temas que toco en esta investigación, y escribieron sobre ellos, porque sin ese camino ya recorrido, habría sido imposible o muy difícil llegar a plantear las cuestiones que atraviesan y dan sentido a mi estudio. A todos y todas, muchísimas gracias.

Índice

Agradecimientos:	1
Introducción	4
1.- De los rituales a las prácticas discursivas	9
1.1.- Investigaciones sobre las quinceañeras en México	9
1.1.1.- <i>Ritual y subjetividad</i>	9
1.1.2.- <i>Reproducción y cambio social</i>	13
1.1.3.- <i>Clases altas y populares</i>	16
1.2.- Discursos y sujetos: coordenadas generales.....	18
1.2.1.- <i>Premisas teórico-metodológicas</i>	18
1.2.2.- <i>Regímenes de conocimiento e interpelación</i>	19
1.2.3.- <i>Multiplicidad y articulaciones</i>	21
1.2.4.- <i>La interacción situada</i>	23
1.3.- A modo de síntesis	24
2.- Acercamientos discursivos al género, la edad y la clase.....	26
2.1.- Feminidades y masculinidades en construcción	26
2.1.1.- <i>La historicidad</i>	26
2.1.2.- <i>Cuerpo, lenguaje y performance</i>	28
2.1.3.- <i>Coproducción cotidiana de identidades</i>	31
2.2.- Enunciaciones y negociaciones de lo cronológico.....	34
2.2.1.- <i>Ser joven: significados y controversias</i>	35
2.2.2.- <i>En busca de feminidades adolescentes</i>	36
2.3.- Simbolismo y estratificación social	38
2.3.1.- <i>De la deconstrucción a las prácticas culturales</i>	38
2.3.2.- <i>La polisemia de las clases medias</i>	39
2.3.3.- <i>La clase generizada</i>	41
2.4.- Sintetizando otra vez.....	42
3.- De las preguntas a los métodos	44

3.1.- Preguntas y ejes	44
3.2.- Los casos de estudio.....	45
3.2.1.- <i>El viaje familiar de Carla</i>	45
3.2.2.- <i>La fiesta temática de Yadira</i>	46
3.2.3.- <i>La misa de Ingrid</i>	48
3.3.- Consideraciones metodológicas.....	49
4. Los 15 años como discurso	52
4.1.- Interpelación	52
4.2.- Repertorios interpretativos.....	56
4.2.1.- <i>La fiesta típica</i>	56
4.2.2.- <i>El hecho social</i>	59
4.2.3.- <i>La etapa o el momento de la vida</i>	67
4.2.4.- <i>El consumo y los capitales</i>	71
4.3.- Más allá de los repertorios: los 15 años y los medios.....	76
5.- Negociando posiciones de sujeto	81
5.1.- La transición postergada	81
5.2.- La transición reinventada.....	93
5.3.- La transición problemática.....	103
Conclusiones	113
Bibliografía	118

Introducción

Las celebraciones de 15 años son uno de esos fenómenos sociales que fascinan a cualquiera que se interese en investigar la “espectacularidad” (Hall y Jefferson, 1991) de algunas prácticas culturales contemporáneas. Se trata de uno de los temas intersticiales donde se hace obvio que la sociedad no puede entenderse a través de dicotomías, pues en él se mezclan y se solapan las nociones de lo tradicional y lo moderno, lo juvenil y lo adulto, lo público y lo privado, lo colectivo y lo individual, lo religioso y lo laico, entre otras. Si bien es fácil que las celebraciones de 15 años, como tema en general, llamen la atención para ser investigadas, es proporcionalmente difícil encontrar un lugar conceptual preciso y definido desde el cual interrogarlas y construirlas como objeto de investigación.

Las preguntas sobre los 15 años, como sucede con cualquier otro hecho social, solo tienen sentido cuando se colocan en un marco de discusión más amplio en el cual emerge el tema como objeto de interés social. Mi primer acercamiento a esta práctica tuvo lugar en Cuba, en el año 2005, cuando comencé a trabajar en el Instituto Cubano de Investigación Cultural Juan Marinello, y esa aproximación estaba atravesada por extensos debates acerca de la emergencia de nuevas prácticas juveniles asociadas al consumo en diferentes escenarios urbanos de la isla. Si bien la costumbre de celebrar los 15 años de las mujeres no era nueva en el país, se había hecho más visible en la última década, y a través de ella comenzaban a hacerse evidentes las manifestaciones de procesos de desigualdad y estratificación social que se dispararon luego de la crisis de los noventa con la caída del “campo socialista”. Desde principios de los dos mil, comenzó entonces a aparecer el tema de los 15 años en la televisión, tanto en programas de ficción como en espacios de orientación popular, también en artículos periodísticos y revistas juveniles. En la mayoría de los abordajes, esta práctica cultural, bajo las nuevas formas que estaba adoptando, se consideraba una especie de amenaza a los principios revolucionarios y socialistas de igualdad social que debía transmitirse a la juventud cubana, y se cuestionaba si debía ser aceptada o repudiada públicamente.

En esa primera investigación sobre los 15 años (Gutiérrez, 2007) mis preocupaciones giraban fundamentalmente en torno a los procesos de cambio generacional y la construcción cultural de la juventud y lo juvenil en Cuba. Algunos de mis hallazgos, sin embargo, fueron más allá de estas cuestiones. Descubrí que los 15 años se celebraban desde los años cuarentas, y que a partir de los sesentas, con el triunfo de la Revolución, se produjo una “popularización” del rito cuando el estado comenzó a hacerse cargo de suministrar, a precios asequibles, los productos y servicios necesarios para la celebración de los 15 mediante una distribución racionada y equitativa. La alarma más reciente en torno a los 15 años no tenía que ver, por lo tanto, con la práctica en sí misma, sino con su asociación con otro tipo de relaciones sociales y políticas donde el discurso nacionalista revolucionario del estado perdía su hegemonía. Descubrí también que los 15 años se celebraban aproximadamente desde la misma época en casi toda América Latina, aunque sus orígenes históricos no estaban bien documentados; y que esta práctica estaba evidentemente atravesada por cuestiones de género que tenían que ver con la construcción social de la figura de la mujer adolescente, cuestiones que en aquel momento yo no tenía las herramientas teóricas para explicar.

Así fue como llegué a cursar una maestría en estudios de género en El Colegio de México, y cambió el escenario nacional donde estudiaría la construcción de feminidades adolescentes a través de las celebraciones de 15 años. Debía comenzar entonces por ubicar los debates donde aparecía el tema en las discusiones públicas en este país, para a partir de ahí, encontrar las preguntas desde las cuales sería pertinente construir mi objeto de estudios.

En esta tesis intento mostrar el recorrido desde el cual fui construyendo este objeto desde mi llegada a México, a partir de distintos referentes que fueron emergiendo como significativos. El primer capítulo está dedicado a presentar las formas en que el tema de los 15 años ha sido analizado en las ciencias sociales en México, señalando que ha habido fundamentalmente tres ejes en su aparición como objeto de estudio: el efecto de los rituales en la constitución de los sujetos, las dinámicas del cambio y la continuidad, y las diferencias entre clases altas y clases populares. A partir de una crítica a estos ejes, presento

luego un intento de reconstrucción epistemológica del tema desde algunos postulados del análisis del discurso, destacando sus implicaciones teóricas y metodológicas para la redefinición de los 15 años como objeto de investigación.

La pertinencia de este giro discursivo en mi abordaje de las celebraciones de 15 años surge de mi propio proceso de inmersión en los debates teóricos sobre el género durante mi paso por la maestría. El aprendizaje de tres semestres me llevó a considerar los procesos de constitución subjetiva relacionados con el género como algo contingente y constantemente producido, en lugar de verlos como logros del desarrollo que en algún momento se cristalizan y se fijan para siempre en la personalidad. La feminidad y la masculinidad se “hacen” constantemente, se estabilizan relativamente y se transforman a través de los discursos y la acción de los sujetos. En este sentido, se hacía necesario un acercamiento a los 15 años como una de las prácticas culturales específicas en las cuales las personas actúan y construyen discursivamente el género en una etapa específica de la vida, enunciando y configurando diversas posturas acerca de lo que significa ser mujer y adolescente, desde diferentes universos simbólicos relacionados con la clase social en el contexto de la ciudad de México.

Con vistas a aterrizar un poco más los planteamientos generales del análisis del discurso en las cuestiones específicas que me interesaba tratar en la tesis, dedico el segundo capítulo a presentar algunos de los trabajos que han aportado reflexiones importantes para discutir la construcción cultural del género, la edad y la clase, destacando las particularidades del debate en cada tema y las articulaciones que se han planteado entre ellos.

Integrando los aportes teóricos de los dos primeros capítulos, en el tercero ya presento las preguntas y los ejes de análisis desde los cuales me aproximaré a mi material empírico. En este punto defino que mi investigación va a girar en torno a dos cuestiones principales: 1) ¿Cómo se construye discursivamente la celebración de los 15 años en familias de quinceañeras autodenominadas de clase media que habitan en la ciudad de México? 2) ¿Cómo las adolescentes negocian posiciones de sujeto relacionadas con el

género, la edad y la clase social al cumplir 15 años? Después de plantear estas preguntas, hago una introducción a mis casos de estudio: tres familias nucleares cuyas hijas estaban próximas a cumplir 15 años, a las cuales identifiqué con los pseudónimos de Carla, Yadira e Ingrid. Con las tres familias realicé varias entrevistas grupales e individuales en diferentes momentos del proceso de preparación de la celebración, con el propósito de analizar el proceso de los 15 años desde la negociación previa al evento, en lugar de observarlo externamente como algo ya hecho. Más adelante, en este mismo capítulo, propongo algunas reflexiones sobre la metodología empleada en el trabajo.

Los resultados del estudio son presentados y discutidos en los capítulos cuarto y quinto. En el primero de ellos, presento algunos rasgos generales sobre el campo discursivo de los 15 años, que se manifiestan de diferentes maneras en las tres familias. En un primer apartado de este capítulo, abordo el proceso general de interpelación mediante el cual las quinceañeras y sus familiares se sienten aludidos y aludidas por esta práctica cultural; y en un segundo momento, analizo cuatro repertorios interpretativos distintos a los cuales acceden estas familias para colocarse ante la misma: los 15 años como fiesta típica, los 15 años como hecho social, los 15 años como momento de la vida y los 15 años como práctica de consumo. Al final del capítulo, subrayo que estos repertorios remiten a representaciones y discursos generales sobre los 15 años que circulan ampliamente en la sociedad mexicana a través de los medios de comunicación y el consumo de diferentes productos culturales.

Por último, en el quinto capítulo abordo cómo esos discursos son usados estratégicamente en la interacción por los diferentes miembros de cada familia, mientras se construyen de tres maneras diferentes las feminidades adolescentes de clase media, al negociar en cada caso la forma de celebrar los 15 años: en el caso de Carla, denomino a este proceso “la transición postergada”, en el de Yadira “la transición reinventada” y en el de Ingrid “la transición problemática”.

A partir de estos resultados, en las conclusiones del trabajo intento recuperar como hilo conductor de toda la investigación el tema de la figura de la quinceañera como modelo de feminidad adolescente en la sociedad mexicana. Después de integrar las diferentes

aristas y discusiones desde las cuales lo fui construyendo, cierro mi reflexión subrayando la importancia de desarrollar perspectivas relacionales a los procesos de construcción de identidades, donde las feminidades adolescentes se aborden teniendo en cuenta los discursos en los que estas subjetividades se conforman, y pensando a las mujeres adolescentes desde la complejidad de relaciones sociales que las constituyen.

Desde una postura epistemológica coherente con los planteamientos del análisis del discurso, esta investigación pretende posicionarse apenas como un punto de vista más en el campo de los estudios sobre las celebraciones de 15 años, sobre las feminidades adolescentes y sobre la construcción discursiva de las identidades sociales. El trabajo muestra un corte en un proceso de reflexión y discusión, donde algunas conclusiones aparecen con mayor solidez y otras apenas esbozadas en forma de hipótesis en las que será necesario seguir profundizando. Es un resultado también de mi posición como investigadora extranjera que comienza a adentrarse en los procesos históricos y políticos de la sociedad mexicana, los cuales aparecen solamente perfilados de manera muy general y simplificada. Espero poder dedicar más adelante algunas reflexiones a conectar y relacionar los análisis de este estudio con los de mi primera investigación en Cuba, de modo que se haga más transparente la transición de un proyecto a otro; pero tal empeño trasciende los objetivos de esta tesis.

Espero entonces, por el momento, compartir algunos aportes sobre la construcción social del género en relación con la edad y la clase social a través de prácticas culturales que son producidas discursivamente en la interacción de los sujetos.

1.- De los rituales a las prácticas discursivas

Este primer capítulo de la investigación está dedicado a introducir mi perspectiva de análisis sobre las celebraciones de 15 años en México. En una primera parte analizo el corpus de investigaciones que se han realizado en el país sobre las quinceañeras y sus celebraciones, con vistas a entender cómo se han comprendido en la academia estos sujetos y hechos sociales, y a partir de ahí, qué discusión me gustaría tener con estos estudios y qué aportes proponer con mi trabajo. En la otra, presento algunos de los postulados principales del análisis del discurso, destacando sus implicaciones teóricas y metodológicas para la redefinición de los 15 años como objeto de investigación.

1.1.- Investigaciones sobre las quinceañeras en México

A pesar de que las celebraciones de 15 años son una práctica bastante extendida en la sociedad mexicana, cuya realización se ha documentado en la prensa desde los años veinte del siglo pasado (Meira, 2009), no es hasta finales de la década de los noventa que comienza a aparecer como tema de investigación dentro de las ciencias sociales en algunas tesis (Sarricolea, 2007; Meira, 2009) y artículos académicos (Feixa, 1998; Ruiz, 2001; Nieto, 2001; Palencia y Gruel, 2006; Sarricolea y Ortega, 2009). En estos trabajos, por lo general, se aborda el tema destacando fundamentalmente tres cuestiones: la constitución de subjetividades a través del ritual, las relaciones entre reproducción y cambio social, y las diferencias entre clases altas y populares en la sociedad mexicana. A continuación presentaré brevemente cómo ha sido tratada cada una de ellas, señalando algunas pautas para la reconstrucción analítica de estos tres aspectos de las celebraciones de 15 años, según las premisas conceptuales desde las cuales me interesa abordar el tema.

1.1.1.- Ritual y subjetividad

Uno de los autores que más explícitamente aborda las celebraciones de 15 años desde su carácter ritual es Raúl Nieto (2001). Al presentar sus hallazgos empíricos sobre dichas celebraciones en la ciudad de México, este autor las considera un ejemplo que le permite

explicar reflexiones más generales sobre la dimensión ritual en las sociedades occidentales contemporáneas.

Según Nieto, las funciones que cumple la dimensión ritual en nuestras sociedades es la misma que cumple en las sociedades más tradicionales que han sido objeto de investigación antropológica: permitir que los grupos sociales se desplacen de un estado a otro, de una situación vital a una distinta. Del mismo modo que con los grupos, sucede con los individuos, quienes mediante el ritual transitan de una fase a otra del ciclo vital. Esta función social, aunque sea la misma, se cumple de manera diferente en nuestras sociedades, pues en ellas, la secularización, en lugar de acabar con el mundo de las creencias, lo que ha hecho es expandir el dominio de lo sagrado. Nieto sostiene que el proceso de individualización que ha acompañado la historia de occidente ha hecho más compleja la tensión entre lo sagrado y lo secular al ubicar a la persona en el territorio de lo sacro, y por ello es comprensible que los procesos de constitución de subjetividad de mujeres y hombres sean mediados por actos rituales. En este sentido, la importancia que ha adquirido la fiesta de 15 años es parte de un proceso de ampliación de la cadena ritual de los individuos, donde el dominio simbólico del matrimonio se expande hacia la celebración de otros momentos del ciclo de vida (Nieto, 2001).

Emma Ruiz Martín del Campo (2001), otra autora que ha estudiado los 15 años enfatizando su carácter ritual, se pregunta cuáles son los significados de la fiesta en la ciudad de Guadalajara, los mensajes que la misma intenta hacer llegar a la niña que se vuelve mujer, y los posibles beneficios y limitaciones que ella representa. A partir de ahí plantea que ante el potencial de críticas y transformaciones que la adolescencia de las nuevas generaciones trae consigo, cada sociedad humana inventa rituales y convenciones para producir las formas de adolescencia que requiere. En este sentido la autora establece una diferenciación, evocando a Levi-Strauss, entre las sociedades tradicionales y las modernas, donde en las primeras el grupo plantea exigencias definidas a los jóvenes, pero los acoge asegurándoles un lugar social; mientras que en las segundas se exige desarrollar un proyecto individual fraguado en una enorme competitividad.

Según Ruiz, aunque la fiesta de 15 años se lleva a cabo con variaciones en los detalles, repite sin falta algunos elementos que tienen especial significación en el simbolismo ritual, como la misa católica donde se hace una ofrenda de flores naturales, el baile de la chica con el padre y la entrega simbólica a otros hombres jóvenes. Esta autora llama la atención respecto a que en las celebraciones no está presente ningún símbolo que haga referencia a la posibilidad de que las mujeres ocupen lugares públicos en la sociedad. En este sentido, el ritual parece sugerir actitudes pasivas a las chicas y conlleva el riesgo de que éstas pudieran sentir que su ámbito de desarrollo se circunscribe a la esfera hogareña (Ruiz, 2001).

En ambos casos, se considera el ritual como un dispositivo social cuya función es permitir o facilitar procesos de “constitución” o “producción” de subjetividades. Para Nieto, este proceso ocurre cada vez que se produce una transición de un estado a otro del ciclo vital, mientras que Ruiz solamente lo asocia con la adolescencia. En ambos casos se trata de subjetividades relacionadas con la trayectoria de vida, con el paso de una etapa a otra, o sea, con la edad; aunque Ruiz toca también algunas cuestiones relacionadas con el género, al preocuparse por los lugares ocupados por las mujeres en la sociedad.

Lo que me llama la atención de estas investigaciones, es que cuando se refieren a esos procesos de subjetivización, lo hacen a través de explicaciones generales, y hasta cierto punto esencialistas que predefinen el sentido de las celebraciones: en un caso se asume que sacralizan al individuo y en el otro que colocan al sujeto ante la exigencia de desarrollar un proyecto individual. Más allá de asociar de manera abstracta la modernidad con la individualización, en ninguna de las dos propuestas se aclara un poco más qué están entendiendo los autores por construcción subjetiva, ni se supone que las relaciones sociales concretas que se producen en el entorno donde tienen lugar las celebraciones, tenga algo que ver con dicha construcción, pues se asume que en todas las sociedades “occidentales” o “modernas” el proceso será más o menos el mismo.

Otro elemento que quisiera destacar en relación con lo anterior, es el énfasis que pone Ruiz en la existencia de un simbolismo ritual que se despliega especialmente en la fiesta,

cuyos efectos pueden predecirse mediante una lectura hermenéutica lineal de sus componentes. De ahí su inferencia acerca de que si la fiesta no hace alusión directa a opciones para que las mujeres ocupen lugares públicos en la sociedad, es posible que su ámbito de desarrollo termine circunscribiéndose a la esfera doméstica. Esto implica asumir que los objetos y conductas que conforman una celebración de 15 años tienen significados estables, y que en esos significados radica su capacidad de construcción subjetiva.

Una cuestión que también se me hace interesante aquí, es la idea que propone esta autora de que la fiesta intenta “hacer llegar” mensajes y “sugiere” actitudes a la quinceañera. A mi modo de ver, esto supone un énfasis en la dimensión comunicativa de las celebraciones que, en la forma en que está planteado, asume que éstas funcionan como pulea de transmisión en la construcción de los sujetos, quienes reciben pasivamente, a través de rituales, los contenidos culturales que ya han sido preelaborados acerca de su lugar en la sociedad.

Un planteamiento similar aparece en el trabajo de Juan Miguel Sarricolea y Albertina Ortega (2009), donde los autores se proponen “mostrar los mensajes” relacionados con el prestigio, el cuerpo y el género que “se transmiten” en el ritual de la quinceañera en Tizimín, Yucatán. En el análisis de Sarricolea y Ortega, sin embargo, esta perspectiva se complejiza bastante, pues hay un desplazamiento de los símbolos como transmisores de significados, al aprendizaje de conductas a través de la acción de los sujetos. Según estos autores, en los ensayos y en la fiesta misma se introyectan conductas claramente asociadas a la feminidad y masculinidad. En este sentido, se presentan contradicciones que en la vida cotidiana aparecen como excluyentes u opuestas, lo cual es ilustrado con el siguiente ejemplo: al bailar un vals se representa la imagen de la dama y el deber ser de “mujer buena”; y al bailar un show de música popular, se representa a la mujer atrevida, provocativa e incluso “puta”.

Otro acercamiento a las celebraciones de 15 años que logra ir más allá de miradas deterministas a sujetos pasivos, es el de Mercedes Palencia y Víctor Gruel (2006), quienes se preguntan por las implicaciones que tiene ese ritual de transición en algunos grupos

sociales también de la ciudad de Guadalajara. Para estos autores, los 15 años resultan ser un ritual que conduce a las jóvenes a diversos marcos de referencia, en el cual, a lo largo del tiempo se van suscitando modificaciones estructurales que están siempre sujetas a la acción individual. En relación con esto, Palencia y Gruel afirman que dicho ritual coloca la acción de las chicas en una posición pertinente para intervenir en las representaciones sobre su propia sexualidad y sobre la institución familiar, abriendo posibilidades para una autodeterminación que les permita implicarse en un acontecimiento definitorio para la propia vida; aunque no definen bien en qué sentido y de qué forma es “definitorio” ese acontecimiento.

Luego de presentar estas diferentes aproximaciones a los procesos de constitución subjetiva en las celebraciones de 15 años, que como hemos visto, aparecen relacionados con la edad y el género, me gustaría señalar que éste será uno de los aspectos principales que abordaré en mi trabajo. A diferencia de los estudios citados, mi propósito es sentar con la mayor claridad posible las bases teóricas desde las cuales conceptualizaré dichos procesos, y traducirlas en procedimientos analíticos que me permitan una comprensión de los mismos en casos empíricos. Esas bases teóricas, como ya señalé más arriba, surgen de un enfoque construccionista, desde el cual considero la celebración no como un ritual, sino como una práctica discursiva, que produce y a la vez es producida por los sujetos que participan en ella. Aunque ni Sarricolea y Ortega ni Palencia y Gruel hacen reflexiones explícitas en este sentido, considero que al tomar en cuenta la acción de los sujetos, mi enfoque se acerca más a sus propuestas que a las de Ruiz y Nieto.

1.1.2.- Reproducción y cambio social

En el apartado anterior vimos como Nieto (2001) y Ruiz (2001) explican la función ritual de las celebraciones de 15 años a partir de una diferenciación entre sociedades tradicionales y modernas. Ésta no es, sin embargo, la única manera en que se plantea en estos estudios la relación entre tradición y modernidad. La mayoría de los autores que han trabajado el tema, ven en estas fiestas algún patrón típico, ya sea en la manera de celebrar, en los símbolos, en los significados o en los “mensajes” que supuestamente transmite; el cual se mantiene o se

reproduce de fiesta en fiesta y es considerado “tradicional”. Pero también reconocen dinámicas de rechazo a esa tradición, que introducen elementos de cambio o variantes en las celebraciones.

El propio trabajo de Ruiz (2001), aunque sostiene que la fiesta siempre repite los mismos elementos del simbolismo ritual, señala que esa manera de celebrar predomina en capas sociales más pegadas a las tradiciones, mientras que en medios menos tradicionales muchas chicas rechazan la celebración, prefiriendo una fiesta juvenil o un viaje que podría tener la carga simbólica de abrirse a nuevos horizontes. Nieto (2001) por su parte, destaca cómo los medios de comunicación proporcionan nuevas formas a los viejos contenidos culturales, estableciendo lo que está de moda y proponiendo patrones estéticos de los cuales se apropian quienes celebran.

Otro trabajo donde se ve la diferenciación entre lo que se mantiene y lo que cambia es el de Cecilia Meira (2009), el cual no fue citado anteriormente, porque no aborda el tema de la construcción de subjetividad. En esta investigación la autora se propone analizar cómo en una zona de la Ciudad de México las jóvenes viven la fiesta y reproducen a través de ella lo que se considera que debe ser una mujer joven. Meira presenta una estructura ritual de la fiesta de 15 años, utilizando las categorías de Van Gennep (1964) y Turner (1988) que definen la existencia de tres fases: la separación, que para ella sería la preparación de la fiesta, la fase liminal, que sería la misa, y la reincorporación, que sería la fiesta como tal. Al igual que Ruiz, esta autora también analiza la función de diferentes símbolos presentes en las fiestas de 15 años, como el vestido, el ramo, el último juguete, los chambelanes, la dama de honor, la coronación, las invitaciones y el pastel. A partir de ahí concluye que el ritual de la quinceañera es un ejemplo de discurso canónico tradicional sobre el deber ser de la mujer, que sirve para seguir marcando, consagrando y haciendo visibles las diferencias entre los sexos. Pero por otra parte, reconoce que la estructura ritual que ha propuesto no es muy clara ni tangible, que el discurso canónico sobre el deber ser muchas veces se deconstruye, y que cada mujer tiene la posibilidad de seguir con lo conocido, o “lanzarse a la aventura de la vida”. Los cambios en este sentido, según Meira, impactan de manera muy distinta los diferentes grupos sociales.

Carles Feixa (1998) es otro autor que, aunque no estudia directamente las celebraciones de 15 años, se refiere a “la quinceañera” como uno de los paradigmas a partir de los cuales puede abordarse la articulación entre culturas juveniles y género en el caso mexicano. Según Feixa, la quinceañera representa el modelo de joven pura, sumisa y radiante, que se presenta en sociedad como marca de tránsito a la edad adulta y de disponibilidad para el matrimonio, siendo así un modelo de construcción de la identidad juvenil que acepta el papel de la mujer en la sociedad. A pesar de este rasgo, evidentemente tradicional, los 15 años son también para Feixa un símbolo de modernidad que se intenta “exportar” a las zonas indígenas y campesinas.

Sarricolea y Ortega (2009), por su parte, señalan que en la fiesta de 15 años se refuerzan las normatividades y estereotipos de género impuestos por el sistema binario y patriarcal imperante en nuestras sociedades. Si bien se muestran maneras alternas de ser mujer y ser hombre, esto se hace, según estos autores, subrayando por otros medios la idea del deber ser de la mujer como persona sumisa. Para ellos, la fiesta hace un llamado de atención para resaltar elementos importantes que ya se presentan en la vida social; y aunque se recrean de algún modo las relaciones interpersonales, creando nuevas y espontáneas realidades culturales, éstas son efímeras y se circunscriben al espacio y tiempo festivo.

Por último mencionaré a Palencia y Gruel (2006), quienes a diferencia de otros autores, destacan más las transformaciones que la continuidad en estas celebraciones. Según Palencia y Gruel, estas prácticas nos manifiestan que en algunos contextos sociales el feminismo es un discurso alternativo que circula en la cotidianidad de las mujeres, convirtiéndose en una alternativa discursiva que compite con otras formas de enunciación más tradicionales para conseguir legitimidad como estilo de vida. Incluso en los sectores donde se mantiene la celebración de los 15 años como una tradición, estos autores encontraron mecanismos de reapropiación y cambio.

En medio de toda la diversidad de aproximaciones que vemos en torno a este aspecto, hay una cuestión que me interesa destacar especialmente en mi investigación. Se trata de que la diferencia entre continuidades y transformaciones implica, sobre todo en términos de

género, una relación entre, por un lado, las normas, los estereotipos, lo canónico, lo establecido –todo lo cual se reproduce y se refuerza-; y por otro, las posibles resistencias o subversiones a dichas normas. Con excepción del trabajo de Palencia y Gruel (2006), la mayoría de las investigaciones citadas asocian más las celebraciones de 15 años a lo primero, quedando muchas veces lo segundo como una especie de residual empírico que no entra en los esquemas de análisis generalizadores que los autores proponen. Esto se ve sobre todo en los trabajos de Ruiz (2001) y Meira (2009). Partiendo de esta observación, espero que la concepción sobre el carácter discursivo de las celebraciones que propongo en mi investigación, me permita entender el peso que tienen en ellas los diferentes discursos sobre las feminidades adolescentes, así como los desplazamientos de los discursos ya establecidos hacia nuevas articulaciones de significado.

1.1.3.- Clases altas y populares

En las referencias presentadas en el acápite anterior sobre la relación entre las continuidades y cambios, vemos que con frecuencia ambas posturas se atribuyen a grupos o sectores sociales distintos, que se asumen como más o menos pegados a las tradiciones. Por lo general, estas diferencias se equiparan con diferencias de clase, correspondiendo las formas más tradicionales de celebrar a los sectores más “pobres”, “bajos” o “populares”, a veces también “rurales”, “periféricos” o “migrantes”; y las alternativas que rechazan la tradición, a sectores “altos” o “elitistas”.

En algunos trabajos, esta diferenciación se establece de manera relacional. Éste es el caso, por ejemplo, del texto de Nieto (2001), quien señala que la propagación de los rituales de 15 años entre los sectores populares de la ciudad de México coincide con su abandono por parte de los sectores medios y altos. Según él, al apropiarse de este ritual, los grupos populares intentan resolver simbólicamente la desigualdad presente en la sociedad; mientras que para quienes lo dejan, tal abandono significa mantener la diferenciación social intacta.

Sarricolea y Ortega (2009) también plantean que en Tizimín los sectores populares incorporan a través de estas fiestas elementos de prestigio y distinción social, mediante los

cuales buscan acercarse a la urbanización y modernidad que perciben en las clases altas, y que el tipo de mujer que las quinceañeras aprenden a ser, muchas veces escapa de su realidad inmediata al relacionarse con cánones puramente elitistas. Del mismo modo, para Feixa (1998), los 15 años son un claro ejemplo de apropiación y reelaboración cultural por parte de las clases subalternas de ritos pertenecientes a las élites.

En otras investigaciones, las prácticas de ambos grupos se estudian por separado, enfatizando en las diferencias y/o semejanzas entre las dos, pero sin relacionarlas en una misma dinámica sociohistórica. Así sucede, por ejemplo, con el trabajo de Ruiz (2001), donde se caracterizan las fiestas de 15 años en capas sociales de limitados recursos económicos, que según esta autora son, por lo general, las más pegadas a las tradiciones; y se marca una diferencia respecto a lo que sucede en otros medios menos tradicionales y con mayor poder adquisitivo. Meira (2009) también establece una separación similar desde el propio planteamiento de la investigación, donde se propone analizar cómo viven la fiesta y reproducen los patrones de feminidad las jóvenes que habitan en los pueblos de dos delegaciones del Distrito Federal, frente a lo que sucede con las mujeres que habitan fraccionamientos residenciales y colonias con alto nivel de ingreso en la misma zona. Una distinción semejante aparece en el texto de Palencia y Gruel (2006), quienes llevan a cabo su trabajo de campo en dos contextos escolares que clasifican como “opuestos”: una escuela pública y una elitista de Guadalajara. Es en esta última donde, como ya vimos más arriba, los autores encuentran alternativas discursivas cercanas al feminismo, enunciadas por chicas con recursos económicos y padres liberales; mientras que en la escuela pública, a la que asisten chicas de sectores populares, pertenecientes a familias migrantes de zonas rurales, se mantiene la celebración de los 15 años como una tradición, que también se reelabora y se personaliza.

Esta cuestión de la diferenciación entre clases sociales a través de las fiestas de 15 años quisiera abordarla en mi propio trabajo, intentando evitar clasificar los grupos a priori según su pertenencia a uno u otro estrato económico. Más que asumir una diferenciación social esencial, que determine cómo van a celebrarse los 15 años, me gustaría abordar la construcción discursiva de la clase junto con la de otras categorías como el género y la

edad, en el propio proceso de producción de la celebración por parte de cada familia. También quisiera dejar de tomar como punto de partida la división binaria entre sectores altos y populares, y en lugar de ello, enfocarme en los grupos que se ubican a sí mismos en posiciones intermedias de la escala social mexicana, trabajando con familias que se autodenominan de clase media.

Hasta aquí he venido señalando algunos aspectos en los que mi propuesta dialogará con investigaciones previas sobre los 15 años. Es hora entonces de integrar más claramente dichos aspectos en la perspectiva teórica desde la cual llevaré a cabo mi propio acercamiento al tema.

1.2.- Discursos y sujetos: coordenadas generales

Como he venido señalando, en este trabajo propongo un acercamiento a las celebraciones de 15 años en México desde una perspectiva de análisis del discurso. Ello implica una conceptualización de estas celebraciones como práctica discursiva que produce y es producida por los sujetos. Este apartado está dedicado entonces a presentar algunos de los postulados principales del análisis del discurso, y sus implicaciones teóricas y metodológicas para la redefinición de los 15 años como objeto de investigación.

El término "análisis del discurso" designa un campo de investigación que cubre una amplia gama de diferentes enfoques teóricos y énfasis analíticos. No se trata de una única aproximación, sino una serie de aproximaciones interdisciplinarias, que pueden ser usadas para explorar procesos sociales muy diferentes en distintos tipos de estudios. A continuación me referiré a varios de esos acercamientos, intentando desarrollar algunos de los ejes principales que tienen en común, y también los puntos de ruptura que han dado lugar a nuevas elaboraciones.

1.2.1.- Premisas teórico-metodológicas

Si hay algo que comparten los enfoques discursivos desde diferentes disciplinas, es una fuerte epistemología constructivista, donde el lenguaje se considera una forma de práctica a

través de la cual se construyen los significados en la interacción social (Potter, 1996; Wetherell, 1998; Nikander, 2008).

El análisis del discurso no es, por lo tanto, una estrategia de análisis lingüístico que pueda usarse separada de sus fundamentos teóricos y metodológicos. En él, la teoría y el método están interconectados y los investigadores deben aceptar ciertas premisas filosóficas básicas para poder usar el análisis del discurso como un método de estudio empírico. En este sentido, el punto de partida más general de cualquier enfoque discursivo es que nuestra manera de hablar no refleja de forma neutral nuestro mundo, nuestras identidades y nuestras relaciones sociales, sino que tiene una función activa en su creación y transformación (Potter, 1996; Edley, 2001).

Este punto de vista es antiesencialista; pues implica que la realidad social no está predeterminada por condiciones externas, y que las personas no poseen un conjunto de características o esencias fijas y auténticas. Se asume que el conocimiento es creado a través de la interacción social, en la cual construimos verdades comunes y rivalizamos acerca de lo que es verdadero y lo que es falso. Por ello, las formas en las que entendemos y representamos el mundo son histórica y culturalmente específicas y contingentes: nuestras cosmovisiones y nuestras identidades podrían haber sido diferentes de cómo son, y también pueden cambiar a través del tiempo. Otra cuestión importante en esta perspectiva es el vínculo entre el conocimiento y la acción social: diferentes comprensiones del mundo conducen a diferentes acciones, y por lo tanto, la construcción social del conocimiento y la verdad tiene consecuencias prácticas (Potter, 1996; Edley, 2001; Jørgensen y Phillips, 2002).

1.2.2.- Regímenes de conocimiento e interpelación

El término “discurso”, como señalan Jørgensen y Phillips (2002), en ocasiones se utiliza en los textos científicos y debates de manera indiscriminada, a menudo sin ser definido. A veces parece que no significa casi nada, o que puede significar cualquier cosa. En la mayoría de los acercamientos, sin embargo, se reconoce la impronta de las ideas de Michel Foucault, quien recurrió al concepto de discurso para estudiar “arqueológicamente” los

regímenes de conocimiento, es decir, las reglas que determinan qué declaraciones son aceptadas como significativas y verdaderas en una época histórica en particular. Su punto de partida es que, aunque en principio exista un número infinito de formas posibles para formular enunciaciones, estas terminan siendo similares y repetitivas dentro de un mismo dominio. Hay innumerables declaraciones que nunca serán pronunciadas y nunca serán aceptadas como significativas. Las reglas históricas de un discurso en particular delimitan lo que se puede y lo que no se puede decir. (Foucault, 1992; 2006; Jørgensen y Phillips, 2002).

Muchos autores contemporáneos siguen esta concepción foucaultiana de los discursos como conjuntos de declaraciones relativamente restringidos por reglas, que imponen límites respecto a lo que se acepta como significativo; y consideran la verdad como algo que es creado discursivamente. Esto no significa que la realidad en sí misma no exista, pues los significados y las representaciones son reales y los objetos físicos existen también; pero sólo a través del discurso obtienen significado (Laclau y Mouffe, 1987: 82-84). El discurso se ha definido entonces como una forma particular de entender el mundo (o un aspecto de éste) y de hablar sobre él (Jørgensen y Phillips, 2002: 1), o como la actividad socialmente significativa en la cual se construyen las ideas a través del tiempo (Eckert y McConnell-Ginet, 2003: 42), enfatizando así que no se trata de una forma ideal y atemporal; sino que es algo totalmente histórico. Otros autores llevan el término más allá del lenguaje verbal y lo definen como un rango de diferentes actividades simbólicas, que incluyen estilos en el vestir, patrones de consumo, y formas de moverse y de hablar (Edley, 2001: 191).

Una de las cuestiones analizadas en las celebraciones de 15 años que más me interesa discutir desde una perspectiva discursiva es, como señalé en el apartado 1.1, la construcción de subjetividad; por lo que ahora quisiera detenerme un poco en ese aspecto. El propio Foucault sostenía que los sujetos son creados en los discursos, subrayando que el discurso no es la manifestación de un sujeto hablante, pensante y cognoscente (Foucault, 2006), con lo cual desafiaba la postura clásica occidental del sujeto como entidad autónoma. Esa relación entre discursos y sujetos fue abordada más profundamente por Louis Althusser (1974) a través del concepto de “interpelación”.

Según Althusser, la interpelación es el proceso de ser llamado o aclamado por un discurso en particular, a través de lo cual el lenguaje construye una posición social para el individuo, convirtiéndolo en un sujeto ideológico. Al aceptar el rol desde el cual se nos llama, y darnos por aludidos, nos afiliamos a la posición de sujeto que la interpelación ha creado. Los individuos son interpelados o colocados en ciertas posiciones por formas particulares de hablar, y a cada identidad particular desde la cual uno es interpelado, están unidas expectativas de comportamiento particulares. De esta forma, los sujetos son entendidos como “posiciones de sujeto” dentro de una estructura discursiva. Los discursos siempre designan posiciones para que las personas ocupen como sujetos. Lo que somos, entonces, está siempre relacionado con los textos y las narrativas disponibles desde las cuales se nos interpela (Althusser, 1974; Edley, 2001; Jørgensen y Phillips, 2002).

1.2.3.- Multiplicidad y articulaciones

Posteriores aproximaciones al AD, como la de Ernesto Laclau y Chantal Mouffe (1987; 2001) retoman las ideas de Foucault y Althusser, pero divergen en cuanto a la tendencia de éstos a identificar un solo régimen de conocimiento en cada época histórica. En lugar de ello, operan con un panorama más conflictivo, en el que diferentes discursos coexisten o luchan por el derecho de definir la verdad.

Desde la perspectiva de Laclau y Mouffe, ningún discurso puede ser completamente establecido; siempre está en contacto con otros discursos que definen la realidad de manera distinta y establecen otras pautas para la acción social. Según estos autores, diferentes discursos, cada uno representando formas particulares de hablar sobre el mundo social y de entenderlo, participan de una lucha constante para alcanzar la hegemonía, o sea, para fijar a su manera los significados del lenguaje. En momentos históricos particulares ciertos discursos pueden ser vistos como naturales y ser relativamente incuestionables. A eso se refieren Laclau y Mouffe con el concepto de objetividad. Pero esos discursos naturalizados nunca son definitivamente establecidos, y pueden volver a ser objeto de nuevas articulaciones.

El concepto de discurso de Laclau y Mouffe abarca no sólo el lenguaje, sino todos los fenómenos sociales. Como mismo los signos en el lenguaje son relacionalmente definidos, y por lo tanto, adquieren su significado a través de la diferencia con otros, también las acciones sociales derivan su significado en relación con otras acciones. En relación con esto, la política es para ellos un concepto amplio que se refiere a la manera en que constantemente construimos lo social en formas que excluyen otras formas. Nuestras acciones son articulaciones contingentes, es decir, fijaciones temporales de significado, que reproducen o cambian los discursos actuales, permitiendo así la organización de la sociedad. Laclau y Mouffe entienden la política como organización de la sociedad en cualquier forma particular que excluya otras formas posibles. En este sentido, el hecho de que todas las formaciones sociales puedan siempre ser diferentes, no significa que todo cambia todo el tiempo, o que lo social puede ser modelado libremente. Lo social siempre está estructurado de formas particulares, los discursos tienen un peso y una inercia en los cuales estamos más o menos atrapados. Las posibilidades que tenemos para reformar las estructuras son siempre establecidas por estructuras anteriores. Los significados nunca son completamente fijos, pero tampoco son completamente flexibles y abiertos.

Esas ideas sobre la multiplicidad e inestabilidad de los discursos tienen también implicaciones para la concepción de los sujetos. Reinterpretando a Althusser, los autores plantean que los individuos no son interpelados en una sola posición de sujeto, sino que diferentes discursos ofrecen a los sujetos posiciones diferentes y posiblemente contradictorias. Cuando hay discursos conflictivos que pugnan simultáneamente por organizar el mismo espacio social, el individuo es interpelado en diferentes posiciones al mismo tiempo. La existencia de posiciones de sujeto que no están en conflicto visible con otras posiciones, son el resultado de procesos hegemónicos, por medio de los cuales han sido excluidas otras posibilidades alternativas y se ha naturalizado un discurso en particular. Las identidades, en tanto posiciones de sujeto, son de esta forma aceptadas, rechazadas y negociadas en procesos discursivos.

De acuerdo con Laclau y Mouffe, las identidades individuales y colectivas son organizadas según los mismos principios en los mismos procesos discursivos. No hay leyes

objetivas que dividan a la sociedad en grupos particulares; los grupos que existen son siempre creados política y discursivamente. Las personas son constituidas como grupos a través de un proceso mediante el cual algunas posibilidades de identificación son presentadas como relevantes, mientras que otras son ignoradas (Laclau y Mouffe, 1987; 2001; Mouffe, 1993; Wetherell, 1998; Jørgensen y Phillips, 2002).

1.2.4.- La interacción situada

La perspectiva de Laclau y Mouffe ha tenido bastante eco en los acercamientos postestructuralistas al discurso y las identidades; sin embargo, también ha sido criticada por autores interesados en analizar esos procesos en la interacción social cotidiana. Enfoques más cercanos a la etnometodología, como los de Margaret Wetherell, Jonathan Potter y Nigel Edley, señalan que los teóricos en la línea de Laclau y Mouffe rara vez se detienen a explicar cómo su perspectiva puede aplicarse a lo que está pasando “aquí y ahora”, aterrizado, en una conversación concreta. Los conceptos teóricos emergen en abstracto, en las bases de asunciones generalmente implícitas sobre la naturaleza de las interacciones, el lenguaje o la vida social. No se le presta suficiente atención a las formas en que el habla de las personas es formada y transformada por los contextos específicos de interacción (Wetherell, 1998; Jørgensen y Phillips, 2002).

Estos autores (Wetherell, 1998; Potter, 1996; Edley, 2001) ven los discursos como repertorios interpretativos que son usados como recursos flexibles en la interacción social para construir versiones de la realidad. Con ello buscan distanciarse de la mirada a los discursos como fenómenos abstractos y reificados, y analizar cómo el discurso es construido en la acción social, cómo las personas construyen su comprensión del mundo en la interacción, y cómo esas comprensiones funcionan ideológicamente para sostener formas de organización social basadas en relaciones desiguales de poder.

Las posiciones de sujeto también son redefinidas como parte de este esquema interaccional. Según Edley, posición de sujeto es el concepto que conecta las nociones más amplias de discursos –o repertorios interpretativos– a la construcción social de un yo en particular. Dichas posiciones pueden definirse como “ubicaciones” dentro de una

conversación. En este sentido, los diálogos sociales que forman las bases para el yo, están hechos de narrativas culturales y discursos que posicionan a los individuos en categorías como el género, la raza, la edad, la clase social o la nacionalidad. Desde niños, las personas van desarrollando su sentido del yo al internalizar su posicionamiento en categorías dentro de diferentes narrativas y discursos (Edley, 2001: 210).

El posicionamiento es visto entonces como parte integral de los procesos por los cuales las personas construyen consideraciones sobre sí mismos en interacción con otros. Estos procesos son entendidos como procesos de negociación, ya que las personas de manera activa toman posiciones dentro de discursos diferentes, que a veces compiten entre sí. Las personas son tratadas a la vez como productos de discursos y productores del habla en contextos específicos. Como tales, son tanto sujetos del discurso, como agentes en la reproducción y el cambio cultural. La producción de significado y la construcción de la identidad son restringidas por el espectro de recursos discursivos disponibles a los individuos. En este sentido, las identidades son relacionales, incompletas e inestables; pero no completamente abiertas (Wetherell, 1998; Potter, 1996; Edley, 2001; Jørgensen y Phillips, 2002).

1.3.- A modo de síntesis

Esta concepción de la subjetividad que se ha venido esbozando a través de las diferentes perspectivas discursivas citadas, según la cual las identidades son vistas como posiciones de sujeto que se negocian en la interacción, las cuales tienden a ser múltiples y a veces conflictivas, y surgen a partir de interpelaciones desde diferentes discursos o repertorios interpretativos, contrasta bastante con la idea analizada en el primer apartado del capítulo, de un ritual que construye subjetividades más o menos fijas y definitivas al establecer, delimitar, o incluso apenas representar “un lugar” que las personas “ocuparán” en la sociedad.

Incorporar este nuevo enfoque al análisis de las celebraciones de 15 años implicará, por lo tanto, indagar cómo estas celebraciones, en tanto práctica discursiva, interpelan a las quinceañeras y a sus familias; qué repertorios interpretativos se generan al respecto, y cómo

son usados por ellos para construir y negociar diferentes posiciones de sujeto. Desde esta perspectiva, habría que tener en cuenta que en el proceso de preparación de las celebraciones de 15 años y en la celebración misma, se van produciendo distintas interacciones entre los miembros de la familia y entre éstos y otras personas, donde se van construyendo para cada uno de ellos los significados de la celebración, en relación con las diferentes maneras en que cada uno se va posicionando subjetivamente con respecto a ella.

La inscripción en categorías relacionadas con el género, la edad y la clase social, así como la construcción del sentido de estas categorías, es una parte fundamental de este proceso. Para poder abordarlo analíticamente en mi estudio, presentaré en el próximo capítulo algunas investigaciones y reflexiones teóricas que dan cuenta de cómo se ha tratado la construcción discursiva de esas tres categorías y qué debates se han planteado al respecto.

2.- Acercamientos discursivos al género, la edad y la clase

La importancia de las categorías de edad, clase social y género en los significados de las celebraciones de 15 años no es algo específico de este hecho social. Tales categorizaciones son centrales en la vida de las personas, a tal punto que algunas determinan nuestro estado civil, nuestros derechos y nuestras obligaciones (Eckert y Mcconnell-Ginet, 2003). A pesar de que cada vez más se reconoce el carácter históricamente construido de estas categorizaciones, no todas han sido estudiadas desde enfoques discursivos con el mismo nivel de sistematicidad. En este capítulo mostraré algunos de los trabajos que han aportado reflexiones importantes para discutir la construcción cultural del género, la edad y la clase, destacando las particularidades del debate en cada tema y las articulaciones que se han planteado entre ellos.

2.1.- Femenidades y masculinidades en construcción

De los campos de estudio que se han venido configurando en torno a las tres categorías mencionadas, el del género es donde han alcanzado mayor desarrollo las perspectivas discursivas y construccionistas. En este sentido presentaré a continuación las reflexiones de varios autores y autoras que se han dedicado a pensar cómo las diferencias percibidas entre los sexos organizan la estructura y las relaciones sociales, y cómo diferentes significados atribuidos a categorías de género se interiorizan en formas de comportamiento y se estabilizan, pero también se cuestionan y problematizan a través del lenguaje y la interacción.

2.1.1.- *La historicidad*

Uno de los desarrollos teóricos sobre la construcción cultural del género que han tenido mayor impacto en México es el que propone Joan Scott (2008), quien define este término como “un elemento constitutivo de las relaciones sociales, las cuales se basan en las diferencias percibidas entre los sexos”, y también como “una forma primaria de las relaciones de poder” (2008: 65). Según Scott, el género, en tanto elemento constitutivo de las relaciones sociales basadas en las diferencias percibidas entre los sexos, implica cuatro

elementos interrelacionados, que deben examinarse históricamente: 1) los símbolos disponibles que evocan múltiples (y a menudo contradictorias) representaciones, 2) los conceptos normativos que avanzan interpretaciones sobre los significados de los símbolos que intentan limitar y contener las posibilidades metafóricas de los mismos, 3) las instituciones y organizaciones sociales, y 4) la identidad subjetiva.

Esta autora plantea que los historiadores necesitan examinar las formas en que se construyen sustancialmente las identidades de género, y relatar sus hallazgos a través de una serie de actividades, organizaciones sociales y representaciones histórico-culturalmente específicas. Para Scott, “hombre” y “mujer” son categorías vacías, porque no tienen un significado fundamental ni trascendente; y a punto de desbordar, porque aunque den la impresión de ser categorías fijas, contienen aún en su interior definiciones alternativas, desmentidas o suprimidas.

Estas ideas de Scott están en sintonía con los planteamientos más generales de Foucault sobre los discursos como sistemas de enunciaciones y construcciones simbólicas históricamente construidas. Por eso, al igual que sucede con este autor, la propuesta de Scott tiende a ser aplicada para identificar formas generales de relaciones de género que se hacen corresponder con épocas y contextos históricos específicos, aunque Scott destaca explícitamente la posibilidad de que coexistan históricamente construcciones de género múltiples y conflictivas (Scott, 2008).

En los estudios históricos, sin embargo, las subjetividades de género suelen abordarse a veces como tipologías determinadas por el medio social, las cuales son consideradas entidades unitarias dentro de un escenario dado. Esta es una de las críticas principales que le hace R. W. Connell (1987) a la propia Simone de Beauvoir, quien desarrolló en el Libro 2 de *El segundo sexo* un repertorio de diferentes tipos de feminidad presentes en la literatura y la vida social francesa, como la lesbiana, la mujer casada, la prostituta, la mujer independiente, entre otros. Según Connell, hay que sustituir las tipologías estáticas del carácter sexual por el ejercicio de contar historias particulares, analizando la producción de rasgos y comportamientos relacionados entre sí. No hay que buscar ningún rasgo

psicológico esencial que todas las feminidades tengan en común o que las distinguan de todas las masculinidades, sino que hay que preguntarse por los procesos que construyen y visibilizan las definiciones sociales del lugar de una mujer o un hombre en la sociedad y las oposiciones culturales entre masculinidad y feminidad (Connell, 1987).

2.1.2.- Cuerpo, lenguaje y performance

En sintonía con lo planteado por Connell, Candace West y Don H. Zimmerman (1987) proponen una comprensión etnometodológica del género como una realización rutinaria, metódica y recurrente. A esto le llaman “hacer el género”, lo cual involucra un complejo de actividades perceptuales, interaccionales y micropolíticas socialmente guiadas, que presentan comportamientos particulares como si fueran expresiones de la “naturaleza” masculina y femenina.

Para West y Zimmerman, género es la actividad de manejar la conducta situada, a la luz de concepciones normativas sobre las actitudes y actividades que se consideran apropiadas para cada categoría sexual. Según estos autores, la ubicación en una categoría sexual se consigue a través de la aplicación de criterios sexuales, definidos por acuerdos sociales sobre las diferencias biológicas; pero en la vida cotidiana esa categorización es establecida y sostenida por diferentes actos de expresión identitaria, que proclaman la membresía en una u otra categoría. Las actividades del género emergen de la membresía en una categoría sexual y fortalecen las aseveraciones respecto a la misma. Hacer el género significa crear diferencias entre las niñas y los niños y entre las mujeres y los hombres; diferencias que no son naturales, esenciales o biológicas. Una vez que las diferencias han sido construidas, son usadas para reforzar la esencialidad del género.

Para tener éxito, marcar o exhibir el género debe ser algo bien ajustado a las situaciones, y modificado o transformado según la ocasión lo demanda. Hacer el género consiste en manejar esas ocasiones, de modo que el resultado siempre sea visto en contexto como apropiado o inapropiado –es decir, asociable- al género; ya que prácticamente cualquier actividad puede ser evaluada en cuanto a su naturaleza femenina o masculina. West y Zimmerman destacan que hacer el género no siempre es estar a la altura de las

concepciones normativas de la feminidad o la masculinidad; más bien es involucrarse en un comportamiento a riesgo de que éste sea evaluado o interpretado según el género.

En la medida en que una sociedad se divide en diferencias “esenciales” entre las mujeres y los hombres, y la colocación en una categoría de sexo es relevante y reforzada, hacer el género es, desde el punto de vista de estos autores, algo inevitable. Los individuos pueden tener muchas identidades sociales que pueden ser exhibidas o tapadas, silenciadas o acentuadas, dependiendo de la situación. Pero siempre seguimos siendo mujeres u hombres, a menos que cambiemos a otra categoría sexual. Lo que esto significa es que nuestras expresiones identitarias ofrecerán un recurso siempre disponible para hacer el género, bajo un conjunto infinitamente diverso de circunstancias (West y Zimmerman, 1987).

Muchos autores han retomado posteriormente esa concepción de “hacer el género”, destacando además el papel del lenguaje en dichos procesos de construcción, y con ello dándole un enfoque claramente discursivo a sus propuestas. Un ejemplo de esto son los trabajos de Judith Butler, quien asume que los agentes sociales constituyen la realidad social por medio del lenguaje, del gesto y de todo tipo de signos sociales simbólicos, y desde ahí se propone examinar de qué manera el género es construido por actos corporales específicos y qué posibilidades hay de transformación cultural del género por medio de tales actos (Butler, 1998: 296-299).

Según esta autora, hacer, dramatizar y reproducir son algunas de las estructuras elementales de la corporeización, las cuales se manifiestan en un conjunto de estrategias. Esas estrategias, para Butler, constituyen el género en forma de estilos individuales. De esta forma, la reproducción más mundana de la identidad de género ocurre en las diversas maneras de actuar los cuerpos. El cuerpo adquiere su género en una serie de actos que son renovados, revisados y consolidados a través del tiempo, y esta repetición es, a la vez, reactuación y reexperimentación de un conjunto de significados socialmente establecidos. Esto significa que, si bien son cuerpos individuales los que actúan esas significaciones, esta acción es también inmediatamente pública, porque se trata de acciones con dimensiones temporales y colectivas (Butler, 1998).

Desde esta perspectiva, el cuerpo no está pasivamente escrito con códigos culturales, como si fuera un recipiente de un conjunto de relaciones culturales previas; pero tampoco el yo corporeizado pre-existe a las convenciones culturales que significan a los cuerpos (Butler, 1998: 308). Ser hembra, dice Butler, es un hecho sin significado alguno, pero ser mujer es obligar al cuerpo a conformarse con una idea histórica de mujer, inducir al cuerpo a volverse un signo cultural, a materializarse obedeciendo a una posibilidad históricamente delimitada, y hacer esto como estrategia corporal sostenida y repetida. En este sentido, el acto lingüístico de denominación que ocurre en el momento del nacimiento, al decir: “¡Es una niña!”, tiene una fuerza performativa; pues autoriza e instala la situación que nombra (2002: 324-326).

Para plantear esta idea Butler recurre a la teoría de los actos de habla de J. L. Austin, según la cual los actos performativos son formas de habla autoritarias. La mayoría son declaraciones que al ser emitidas, también ejecutan una cierta acción y ejercen un poder vinculante. El poder del discurso para producir lo que nombra está esencialmente ligado, según Butler, con la cuestión de la performatividad. Esta visión implica, sin embargo, que el discurso tiene una historia que condiciona sus usos contemporáneos. El sujeto que autoriza e instala la situación que nombra, invariablemente está citando –y aplicando- una norma, una ley; y es esta citación lo que le da a lo performativo el poder vinculante o el poder de conferir. Ese poder vinculante no se encuentra en el sujeto, ni en su voluntad, sino en el legado por medio del cual un “acto” contemporáneo emerge en una cadena de convenciones. De esta forma, cuando hay un “yo” que pronuncia o habla, y de esa forma produce un efecto, primero hay un discurso que precede y habilita a ese “yo” y forma en el lenguaje la trayectoria restrictiva de su voluntad. La denominación de “niña” inicia de esa forma, según Butler, el proceso mediante el cual se obliga a alguien a adoptar una “posición de niña”, donde el poder simbólico del término gobierna la formación de una feminidad interpretada corporalmente, que nunca se asemeja por completo a la norma; pero la niña está obligada a citar la norma para que se la considere un sujeto viable y poder conservar esa posición (Butler, 1993; 2002).

Ese interjuego entre performances discursivos y prácticas corporales muestra que el género en la concepción butleriana no está esencialmente inscrito sobre el cuerpo, ni está determinado por la naturaleza, el lenguaje, lo simbólico o la historia. El género es para esta autora, al igual que para West y Zimmerman, lo que uno asume, invariablemente, bajo coacción, a diario e incesantemente, con ansiedad y placer. Tomar erróneamente este acto continuo por un dato natural o lingüístico es renunciar al poder de ampliar el campo cultural del cuerpo con performances sucesivas de diversas clases (Butler, 1998: 314).

2.1.3.- Coproducción cotidiana de identidades

Los postulados más abstractos y generales de Butler y de West y Zimmerman han sido retomados por autores interesados en analizar los procesos de construcción del género en la interacción social cotidiana. Con respecto a esto, Nigel Edley (2001) relativiza las ideas sobre la fuerza performativa de los enunciados “yo soy una mujer” o “yo soy un hombre”, señalando que éstos más bien son parte de una negociación, de un intento de convertir en hecho una opinión o una creencia. Establecer la identidad como un hombre o una mujer es una coproducción desordenada y complicada. Es formada a través de la interacción social, sujeta a negociación, e inseparablemente ligada al ejercicio del poder.

Según Edley, las personas pueden ser capaces de experimentar con nuevas versiones o definiciones de la masculinidad o la feminidad, pero no hay garantía de que esas versiones sean aceptadas. La reproducción histórica de ciertas formas de feminidad o masculinidad no es una cuestión de hacer lo que surge naturalmente, sino de hacer lo que mejor funciona. A partir de ahí, el género, como una forma de estar en el mundo, se convierte en un hábito, y se inscribe en los cuerpos. Es por esto que reconstruir las identidades, para este autor, no es una simple cuestión de acción voluntaria. Ser una mujer o un hombre no es algo que una persona pueda aceptar un día y rehusar al siguiente.

En la misma línea de pensamiento de Wetherell (1998), a Edley le interesa explorar cómo el género es reproducido o transformado a través del discurso, analizando conversaciones o diálogos donde las masculinidades y feminidades son construidas y negociadas. Una aproximación de este tipo, según este autor, debe ser sensible a la historia

cultural, permitiendo identificar los recursos que la sociedad dispone para la construcción de las identidades femeninas y masculinas. También debe ser sensible a la operación del poder, indagando qué intereses son mejor servidos por las definiciones dominantes de la masculinidad y feminidad, y cómo esas definiciones son mantenidas, resistidas y transformadas (Edley, 2001).

De manera similar, para Penelope Eckert y Sally McConnell-Ginet (2003), el género es un asunto colaborativo que conecta al individuo con el orden social. Consiste en un patrón de relaciones que se desarrolla en el tiempo para definir lo masculino y lo femenino; simultáneamente estructurando y regulando la interacción de las personas con la sociedad. Está profundamente incrustado en cada aspecto de lo social: en las instituciones, los espacios públicos, el arte, la ropa, los movimientos, etc.

Estas autoras señalan que la atribución de género se hace pública y duradera a través del evento lingüístico de poner un nombre, pues la dicotomía de masculino y femenino es el terreno en el cual construimos “yoes” desde el momento del nacimiento. Ese acto lingüístico temprano insta a un bebé para toda la vida, disparando un proceso gradual de aprender a ser un niño o una niña, un hombre o una mujer, y ver a todos los demás como hombres o mujeres, niños o niñas. Al principio los adultos hacen el trabajo del género, tratando al bebé como un niño o una niña, e interpretando cada movimiento suyo como propio de un niño o una niña. Luego, con los años, ese niño o esa niña aprenderá a asumir su parte del proceso, haciendo su propia “labor de género”, y aprendiendo a apoyar la labor de género de los otros.

Para Eckert y McConnell-Ginet, ser una niña o un niño no es un estado estable, sino un logro progresivo, constante, algo que es activamente hecho, tanto por el individuo así categorizado como por aquellos que interactúan con él en las diferentes comunidades a las cuales pertenece. Con tratamientos diferenciados, los niños y las niñas aprenden eventualmente a ser diferentes; y aunque muchas personas no noten esto en la vida cotidiana, la mayoría de nuestras interacciones están coloreadas por la actuación del propio género y por la atribución de género a otros.

A pesar de reconocerle una centralidad a la dicotomía femenina-masculino en la construcción social de las identidades, estas autoras también admiten que las generalizaciones sobre el género pueden borrar de una manera muy fácil la multiplicidad de experiencias generizadas existentes. Por ello plantean la necesidad de tener en cuenta las conexiones críticas del género con otras categorías sociales, pues nadie es simplemente femenina o masculino; como nadie es simplemente negro o blanco, rico o pobre, joven o viejo. Si hablamos del género como si fuera independiente de otros esquemas de categorización y de los sistemas de privilegio y opresión que éstos sostienen, dicen las autoras, estaremos borrando un vasto rango de experiencias generizadas, tendiendo a enfocarnos solamente en aquello con lo que estamos más familiarizados.

Con respecto a las posibilidades de cambio en esos procesos de estructuración progresiva del género que describen, Eckert y Mcconnell-Ginet afirman que la estructura restringe la práctica, pero no la determina. De un lado, las personas pueden comportarse en formas que son compatibles con la estructura existente. Cuando se comportan de esta manera, reproducen el orden social. De otro lado, si sólo unas pocas personas se comportan de manera diferente, lo que hacen tendrá un efecto despreciable en la estructura social; pero en la medida en que sus opciones de vida se vayan haciendo más comunes, irán constituyendo prácticas reconocidas (aunque no necesariamente aprobadas) como formas posibles de hacer las cosas. El desarrollo de esas prácticas no tradicionales ha contribuido, según estas autoras, a cambiar el significado de lo masculino y lo femenino, y de esa forma, a cambiar las estructuras sociales que a su vez moldean las prácticas. En este sentido, puede decirse que el orden social está cambiando continuamente, porque incluso lo que parece estabilidad no es el resultado de que nada esté pasando, sino de eventos de reproducción social. A partir de estos planteamientos, Eckert y Mcconnell-Ginet proponen analizar las prácticas en las cuales el lenguaje construye y refleja el orden social, lo cual sucede con respecto al género del mismo modo en que sucede con cualquier otra categorización social, como la raza, la clase, la etnicidad o la edad (Eckert y Mcconnell-Ginet, 2003).

2.2.- Enunciaciones y negociaciones de lo cronológico

En el caso de la edad, su consideración como construcción cultural ha sido una de las claves del acercamiento a esta categoría desde perspectivas antropológicas. Al respecto, Carles Feixa apunta que todos los individuos experimentan a lo largo de su vida un desarrollo fisiológico y mental, y todas las culturas compartimentan el curso de la biografía en períodos a los que atribuyen propiedades; con lo cual se categoriza a los individuos y se pauta su comportamiento en cada etapa. Pero son muy variadas las formas en que estos períodos, categorías y pautas se especifican culturalmente. Ni son universales las fases en que se divide el ciclo vital, ni lo son los contenidos culturales que se atribuyen a cada una de estas fases (Feixa, 1996).

Sobre este tema, Pirjo Nikander (2008) señala que a diferencia de la investigación en otras categorías sociales, tales como el género, la raza o la nacionalidad, los estudios sobre la edad, el curso de vida y el envejecimiento se han demorado en adoptar aproximaciones centradas en el lenguaje, discursivas o interaccionales. Nikander destaca que nuestras interacciones cotidianas están llenas de marcadores relacionados con la edad cronológica y otras categorías relacionadas con el curso de vida, las cuales emergen y se hacen relevantes para nosotros de manera explícita o implícita, cuando nos posicionamos unos a los otros o describimos y contamos las acciones propias y ajenas en diferentes escenarios cotidianos. Por ello, según esta autora, debería investigarse más la acción discursiva en y a través de la cual los significados de la edad, el cambio y la continuidad emergen interactivamente (Nikander, 2008; 2009).

En el caso específico de categorías etáreas como la adolescencia y la juventud, se ha reconocido ampliamente su carácter cultural y construido; pero tal como plantea Nikander, no es frecuente la producción de teorías generales, como las revisadas en el acápite anterior dedicado al género, en las que se reflexione de manera sistémica y se ofrezcan pautas generales sobre cómo pensar los procesos discursivos de asignación social y actuación individual de lo juvenil. Me referiré entonces a continuación a estudios independientes, en los que se han venido destacando algunos de esos aspectos.

2.2.1.- Ser joven: significados y controversias

Uno de los autores que se han cuestionado el tratamiento de la juventud como una esencia en las ciencias sociales ha sido Pierre Bourdieu (1990), quien sostiene que el hecho de hablar de los jóvenes como un grupo constituido que posee intereses comunes, y referir esos intereses a una edad definida biológicamente, es una manipulación. Para este autor las relaciones entre la edad social y la edad biológica son muy complejas, pues la juventud y la vejez se construyen socialmente en la lucha entre jóvenes y viejos. Para dar cuenta de este proceso relacional, utiliza el concepto de generaciones, las cuales se definen en cada campo social según las leyes específicas de envejecimiento del campo, las apuestas de la lucha y las divisiones que esa lucha crea (la “nueva ola”, la “nueva novela”, los “nuevos filósofos”, los “nuevos magistrados”). Para ilustrar las especificidades de lo juvenil en los diferentes campos, Bourdieu menciona que todo lo que da un aspecto joven, como el cabello largo y los pantalones vaqueros, desaparece cuando pasamos de los intelectuales a los gerentes generales (Bourdieu, 1990: 120). En esta misma línea, otros autores han planteado discusiones parecidas sobre la relación entre la construcción cultural de fronteras intergeneracionales y los procesos de subjetivización juvenil (Margulis y Urresti, 1998; Weinstein, 1995).

Una postura similar defiende Rossana Reguillo (2000), cuando reconoce que la edad no se agota en lo biológico, sino que asume valencias distintas en diferentes sociedades y al interior de una misma sociedad. Para ella está claro que la edad es un referente importante aunque no constituye una categoría cerrada y transparente; por lo que se hace necesario problematizar los contextos dinámicos en los que emerge la categoría “joven”. En relación con esto, afirma que los jóvenes adquieren visibilidad social fundamentalmente en tres esferas: 1) a través de su paso, por afirmación o negatividad, por las instituciones de socialización; 2) por medio del conjunto de políticas y normas jurídicas que definen su estatuto ciudadano, para protegerlo y castigarlo; y 3) en el consumo y acceso a un cierto tipo de bienes simbólicos y productos culturales específicos.

En una entrevista reciente, esta autora identifica diferentes discursos desde los cuales se construye la juventud en América Latina y El Caribe. Señala que por un lado existe una satanización de los jóvenes, acompañada de un miedo instalado, que se refiere a ellos como si fueran los peores operadores del mal. Por el otro lado, hay un discurso que alude a la exaltación del joven como ideal; no al joven concreto, sino al joven como como esperanza, como futuro. Y un tercer vector, que la autora nombra como “juvenilización de la sociedad”, donde todas las personas andan en busca del abdomen perfecto, del cuerpo perfecto, como manifestación de una aspiración de ser para siempre jóvenes, que activa voluntades (Reguillo, 2000; Rosso, 2012).

2.2.2.- En busca de feminidades adolescentes

Si bien la categoría juventud ha sido poco analizada como construcción discursiva, la adolescencia lo ha sido menos aún; pues en su abordaje han dominado ampliamente los enfoques médicos y psicólogos (Erikson, 1968; Kumru y Thompson, 2003; Schachter, 2005; Schwartz, 2008). Hay, en este sentido, algunas excepciones de trabajos que combinan acercamientos psicoanalíticos con análisis de los discursos socialmente construidos en torno a la adolescencia, como el estudio de Alejandra Besozzi sobre la depresión como rasgo identitario en algunos chicos Emos de Buenos Aires (Bo-Besozzi, 2010). Curiosamente, los estudios de género han sido uno de los pocos espacios desde los cuales se han producido aproximaciones a la adolescencia como discurso, sobre todo en investigaciones acerca de los procesos de construcción cultural de la adolescencia femenina (Hudson, 1984; Hauge, 2009).

Una de las autoras que ha abordado la relación entre adolescencia y feminidad es Barbara Hudson (1984), quien considera que ambas categorías representan discursos mutuamente subversivos, sobre todo la adolescencia con respecto a la feminidad.

Entrevistando en la década de los ochentas a un grupo de maestros y trabajadores sociales británicos que interactuaban cotidianamente con chicas adolescentes, Hudson señalaba que estos profesionales esperan que ellas desarrollen ciertas características que son consideradas propias de la adolescencia, como independencia e intereses políticos y

profesionales; pero al mismo tiempo esperan que desarrollen un estilo de personalidad con características que son consideradas femeninas, volcado al cuidado de los otros, a la crianza de los hijos y a ser gentiles y poco asertivas. Las muchachas, por su parte, se enfrentan al problema de en qué situaciones sociales y hasta qué punto es apropiado ser femeninas. Incluso cuando la noción cultural de lo que “es” femenino, aparece de forma clara y consistente, se mantiene la dificultad situacional que implica para las chicas saber cómo comportarse en cada caso de acuerdo a las expectativas de feminidad que tienen los adultos (Hudson, 1984).

Otra autora que incursiona en las articulaciones discursivas de la adolescencia y la feminidad de manera más compleja es Mona-Iren Hauge (2009), con una perspectiva muy cercana a la de los autores citados en el apartado anterior, que relacionan los discursos y las prácticas corporales. Según Hauge, aunque el género y la sexualidad son categorías profundamente significativas en la cultura occidental contemporánea, ellas se transforman y se hacen significativas a través de intersecciones con otras categorías, tales como las categorías de edad.

Esta autora analiza cómo las chicas negocian los discursos que hacen posibles o imposibles ciertas formas de ser y convertirse en una chica adolescente, y cómo estos procesos de subjetivación las posicionan de acuerdo a discursos imperantes sobre la heterofeminidad. Independientemente de si reconocen esos discursos o se resisten a ellos, las chicas son forzadas de cualquier modo a negociar formas posibles de hacer, ser y transformarse, a través de las prácticas corporales. Algunas de estas negociaciones, vistas como procesos de subjetivación, resultan más tensas y problemáticas que otras.

Hauge plantea que las chicas, marcando respectivas distancias y pertenencias con las categorías de “niña” y “adolescente”, realizan prácticas en y con sus cuerpos, que las posicionan dentro de una multiplicidad de discursos en torno a categorías como el género, la sexualidad, la etnicidad y la edad. Ellas aprenden qué prácticas son reconocidas y esperadas como parte de la adolescencia femenina, sin embargo, debido a la multiplicidad

de discursos existentes, siempre va a existir cierta tensión entre los discursos y las prácticas, y las interpretaciones y usos que hacen los sujetos de ellos (Hauge, 2009).

2.3.- Simbolismo y estratificación social

La cuestión de la construcción discursiva de la clase es un tema muchísimo más polémico que la de las restantes categorías, y ha sido objeto de fuertes resistencias –sobre todo por parte de la teoría política y social de base marxista (Boron, 2000)-; ya que la clase es uno de los conceptos medulares que han estado tradicionalmente en el centro de las grandes discusiones sociológicas. Se trata, por lo tanto, de un tema mucho más complejo de lo que yo podría abarcar en estas páginas, por lo que me limitaré a señalar apenas algunos aspectos del mismo que considero pertinentes para mi investigación.

2.3.1.- De la deconstrucción a las prácticas culturales

Una de las proposiciones más radicales y explícitas con relación al carácter discursivo de la clase social es la que hacen Laclau y Mouffe, donde sostienen que a partir de las ideas de Rosa Luxemburgo y otros autores marxistas puede interpretarse que la unidad de la clase obrera es una unidad simbólica. Analizando históricamente un proceso que denominan “crisis del marxismo”, Laclau y Mouffe argumentan la necesidad de deconstruir la noción misma de clase social, y afirman que no hay un principio constitutivo de los agentes sociales que pueda fijarse en un último núcleo de clase, ni las posiciones de clase son la sede necesaria de intereses históricos (Laclau y Mouffe, 2001).

Al hablar de la dimensión simbólica en los procesos de diferenciación social y establecimiento de clases, es imprescindible mencionar a Pierre Bourdieu (1988; 1990), quien contribuyó decisivamente a entender la importancia del consumo, la educación y el gusto en la articulación de dichos procesos, cuestionando la centralidad del trabajo como único mecanismo productor de las identidades sociales.

Lo que caracteriza la postura de Bourdieu ante estas cuestiones, es la relación que establece entre los conceptos de prácticas, *habitus* y clase social. Según este autor, existe una homología entre el orden social y las prácticas de los sujetos que se va instalando en

sistemas de hábitos, constituidos en su mayoría desde la infancia. La formación de un *habitus* implica un modo de clasificar, experimentar y seleccionar que es impuesto inconscientemente por las condiciones de existencia de cada clase. Así, el concepto de *habitus* da cuenta del proceso mediante el cual lo social se interioriza en los individuos, formando sujetos que son clasificados por sus clasificaciones. En las prácticas se actualizan, se vuelven acto, las disposiciones del *habitus* que han encontrado condiciones propicias para ejercerse. Es por ello que, aunque el *habitus* tiende a la reproducción de las condiciones objetivas que lo engendraron, es posible también reorganizar las disposiciones adquiridas y producir prácticas transformadoras ante la apertura de posibilidades históricas diferentes (Bourdieu, 1988; 1990; Sémbler, 2006).

A partir de estas concepciones, Bourdieu analiza la distribución desigual de los bienes materiales y simbólicos en la sociedad capitalista, señalando que los mismos bienes son, en muchos casos, consumidos por distintas clases sociales; y que por lo tanto, la diferencia se establece, más que en los bienes, en el modo de usarlos. A partir de aquí establece una clasificación de las prácticas culturales, agrupándolas en tres tipos de “gustos”: el gusto legítimo, el gusto medio y el gusto popular (Bourdieu, 1988; García-Canclini, 1990).

El peso que las preferencias en cuanto a prácticas culturales tienen en la construcción de identidades sociales, es abordado de manera similar por Mary Douglas, quien considera que la elección básica que tiene que hacer un individuo racional es una elección sobre el tipo de sociedad en la que quiere vivir; y que los bienes de consumo se eligen porque no son neutrales, es decir, porque son elementos que no serían tolerados en las formas de sociedad que el individuo rechaza y que, por lo tanto, son aceptados en la forma de sociedad que él –o ella- prefiere. Los objetos odiados señalan la adhesión cultural, y porque algunos elegirían esos objetos, otros deben rechazarlos (Douglas, 1998).

2.3.2.- La polisemia de las clases medias

Refiriéndose al estudio de las clases medias, Rolando Franco, Martín Hopenhayn y Arturo León señalan que tal tarea plantea una serie de complejidades, entre las que se cuentan las siguientes: la pluralidad o ausencia de definiciones; la dificultad para delimitar un colectivo

al cual puedan generalizarse las observaciones realizadas en pequeños grupos, y la utilización de diferentes atributos para conformar un tipo ideal de clase media que no tiene anclaje empírico (Franco et al., 2011).

Bourdieu, en su clasificación de las clases según prácticas culturales, presenta como propia de los sectores medios un tipo de prácticas que les permiten distinguirse simbólicamente de los sectores populares, y que a la vez funcionan como sustituto de otras prácticas artísticas y culturales de mayor nivel que les resultan ajenas. Como ejemplos de esto, menciona el consumo de adaptaciones de grandes obras a la cultura de masas, los espectáculos, y la práctica de la fotografía (Bourdieu, 1988; García-Canclini, 1990).

En el caso de los países latinoamericanos, Camilo Sémbler señala que en diferentes investigaciones, se han identificado como rasgos de las nuevas clases medias, no sólo dimensiones asociadas al consumo, sino también a la posesión de credenciales o cualificaciones educativas, a la construcción de estilos de vida propios, y/o a la posesión de un determinado capital cultural (Sémbler, 2006).

Algunas investigaciones citadas por Sémbler, destacan como parte importante de esa construcción de estilos de vida propios de las clases medias, los estilos residenciales, mediante los cuales regulan su interacción con otros grupos sociales. Estas dinámicas han sido estudiadas también en la ciudad de México por autores como Marcadet (2007) y Leal (2007), quienes enfatizan respectivamente en dos procesos diferentes relacionados con la cohabitación de familias de sectores medios con las capas populares que tradicionalmente han habitado el centro de la ciudad.

Por un lado, Marcadet apunta que las prácticas de los estratos medios de la ciudad central del Distrito Federal tienen una inscripción local importante, pero que se dan también en un espacio de vida más extenso, fuera del barrio. En el centro existen personas de los estratos medios que combinan dos niveles de prácticas espaciales cotidianas: pueden convivir con sus vecinos del “barrio”, acceder a algunos servicios, pero también atravesar la ciudad para aprovechar otros recursos urbanos conforme a sus preferencias (Marcadet, 2007). Por otro lado, Leal analiza los procesos de construcción discursiva de la inseguridad

y el peligro, como marcadores de fronteras entre clases medias y clases populares que habitan el centro de la ciudad, como uno de los mecanismos a través de los cuales se establecen los límites espaciales al recomponer permanentemente las fronteras entre las clases (Leal, 2007: 33-37).

2.3.3.- La clase generizada

Las relaciones entre la clase social y el género han sido abordadas por muchos autores que intentan evitar generalizaciones que borren la diversidad de experiencias de feminidades y masculinidades. Un ejemplo de esto es el trabajo de Connell, quien identifica dos tipos de masculinidades distintas y predominantes: una “masculinidad física”, correspondiente a la clase trabajadora, y una “masculinidad técnica”, correspondiente a las clases media y alta. Este autor apunta que la masculinidad de la clase trabajadora es asociada con la fuerza física, mientras que la masculinidad de la clase media es asociada con el poder científico y político (Connell, 1987).

Otro ejemplo es la investigación de Joanne Hershfield (2008), quien subraya, además, la necesidad de tener en cuenta los procesos históricos al establecer una definición de las clases medias a partir de criterios simbólicos. En relación con esto, la autora señala que en México, la idea de clase media en el período postrevolucionario necesita ser situada dentro del contexto sociopolítico de un proyecto que veía como meta la transformación del país, de una economía rural, dependiente de la agricultura –distinguida por divisiones lingüísticas, clasistas y raciales, y vagamente conectada a través de lazos regionales y ancestrales-, en una nación moderna poblada por ciudadanos nacionales. Hershfield, sin embargo, no define muy bien qué es para ella la clase media, al plantear que se trata de “una representación particular” de valores culturales, creencias y prácticas que existen separadas de su eventual coalescencia en una categoría social.

Más allá de esta ambigüedad, el interés principal de Hershfield es analizar la aparición de una feminidad moderna como discurso en la vida cotidiana de la cultura postrevolucionaria, en la que se cruzaban enunciaciones nacionalistas promovidas por el estado, con intereses mercantiles privados que podían coincidir o no con las preocupaciones

nacionales. Según esta autora, “la chica moderna” era ante todo, de clase media o alta, se casaba por amor y permanecía fiel a su esposo, cuidaba la casa y los niños, era la consumidora principal de la familia, iba a la iglesia regularmente, y rara vez trabajaba fuera de casa, aunque participaba de la política pública, especialmente en el área de las reformas educativas y morales (Hershfield, 2008).

En la misma línea de estudios históricos que maneja Hershfield, otros autores han analizado situaciones sociales específicas donde la presencia femenina representa para los hombres un símbolo de clase, confort y refinamiento. Este proceso ha sido descrito de manera similar por otros autores como Racháimov (2006) y Stoler (1996) en contextos tan disímiles como los campos de prisioneros de guerra durante la Primera Guerra Mundial, y las comunidades coloniales asiáticas a inicios del siglo XX, respectivamente.

2.4.- Sintetizando otra vez

La revisión de esta variedad de proposiciones teóricas y analíticas sobre la construcción de categorías de género, edad y clase social, arroja entonces la necesidad de puntualizar algunas de las ideas más recurrentes que espero articular en mi investigación sobre los 15 años.

Una consideración que atraviesa la mayoría de los textos citados es la existencia de discursos específicos referidos a cada uno de los tres campos categoriales¹. Estos discursos son múltiples y diversos; polarizándose algunos entre el miedo y el ideal, y funcionando así como formas de control. Tales discursos emergen siempre en contextos específicos, siendo evocados en forma de prácticas lingüísticas o comportamientos no verbales, que incluyen formas de actuar el cuerpo en diversas circunstancias.

¹ Aunque donde más se mencionaron ejemplos concretos de estos discursos fue en referencia a la juventud, y un poco también en referencia a la clase, en las discusiones sobre el género se han abordado muchísimo las diferentes formas generalizadas de representar feminidades y masculinidades. En aras de resaltar la riqueza de las discusiones teóricas, yo preferí no detenerme en los hallazgos empíricos de muchos de los autores y autoras citados; pero para ver ejemplos de discursos generizados, muchos de ellos intersectados también con categorías juveniles y de clase, recomiendo los textos de Connell (1987), McRobbie (1984; 2000a; 2000b), Wetherell (1998), Edley (2001), Eckert y Mcconnell-Ginet (2003), Jackson y Vares (2011) y Ringrose (2011). Algunos de estos trabajos serán mencionados durante el análisis de los casos en los próximos capítulos.

Esas prácticas discursivas verbales y no verbales, constituyen actos de expresión identitaria que buscan reforzar, marcar y establecer pertenencias a ciertas categorías y distancias respecto a otras, construyendo así la oposición de la feminidad con la masculinidad; de la adolescencia o juventud con la infancia, la adultez o la vejez; y de la clase media con las clases altas o populares. Como dichas prácticas ocurren siempre en la interacción, ellas en sí mismas no son suficientes para garantizar a los sujetos sus posiciones respecto a estas categorías. Esto depende también de la evaluación de los otros, con lo cual los performances discursivos siempre estarán sujetos a negociación. Es en estas negociaciones donde se definirán los procesos de continuidad y cambio, manteniendo, resistiendo o transformando los discursos disponibles; y con ello, reproduciendo o desestabilizando las normas.

Por último, es importante señalar que las categorías de género, edad y clase no funcionan como campos discursivos independientes, que están uno al lado del otro sin que sus respectivas dinámicas se afecten mutuamente. Entre los discursos relacionados con categorías etáreas, sexuales, genéricas y clasistas se producen relaciones armónicas y conflictivas, compatibilidades e incompatibilidades, coincidencias, filtraciones y desplazamientos de significados.

En el caso de las quinceañeras, la inclusión de estas discusiones en el análisis implicará tener en cuenta los mecanismos discursivos mediante los cuales éstas y sus familiares se ubican en diferentes categorías de género, edad y clase social, así como los procesos de reproducción, resistencia y transformación de normativas sociales en los cuales se involucran, mientras negocian la manera de celebrar los 15 años y construyen sus representaciones en torno a este evento.

Integrando estas proposiciones con las del capítulo anterior, es hora entonces de explicitar las preguntas fundamentales que me planteo en este estudio, así como los principales ejes que guiarán mi análisis. Con ello iniciaré el próximo capítulo, dedicado al diseño de investigación.

3.- De las preguntas a los métodos

Este capítulo es el más breve de toda la tesis. Está pensado como un puente entre las reflexiones teóricas de los capítulos anteriores y los capítulos analíticos. En él presento las preguntas de investigación y los correspondientes ejes de análisis, hago una introducción a los casos de estudio que constituyen mi material empírico, así como al trabajo de campo en el cual este material fue producido, y propongo algunas reflexiones sobre la metodología empleada en la investigación.

3.1.- Preguntas y ejes

Mi aproximación al tema de las quinceañeras mexicanas estará conducida por las siguientes interrogantes:

- ¿Cómo se construye discursivamente la celebración de los 15 años en familias de quinceañeras, autodenominadas de clase media², que habitan en la Ciudad de México?
- ¿Cómo las adolescentes negocian posiciones de sujeto relacionadas con el género, la edad y la clase social al cumplir 15 años?

Los capítulos analíticos están estructurados alrededor de esas dos preguntas de investigación. En uno, me centraré fundamentalmente en los discursos sobre las celebraciones de 15 años, mostrando los repertorios interpretativos que manejan estas familias, y las imágenes relacionadas con dichos repertorios que circulan más ampliamente en la sociedad mexicana, sobre todo a través de los medios de comunicación. En el otro, me

² Al definir la clase social desde la autodenominación, intento ser consecuente con las ideas desarrolladas en el apartado 2.3 sobre la clase como un constructo discursivo, evitando la imposición de criterios externos como el ingreso o las categorías ocupacionales, que tradicionalmente se han utilizado para delimitar las clases. Como mi interés fundamental es indagar los criterios de distinción e identificación a los cuales recurren los miembros de estas familias, la autodenominación es utilizada aquí como estrategia de delimitación del material empírico, que evita justamente predefinir tales criterios. Considero, sin embargo, que la discusión sobre el carácter discursivo de la clase es mucho más amplia y compleja, como señalé en el apartado citado, y no se resuelve ni se agota con la estrategia de la autodenominación. Este trabajo pretende apenas aportar algunos elementos a tener en cuenta en los debates sobre la articulación entre las clases, el género y la edad, que deben ser cuestionados y problematizados a partir de otros hallazgos y reflexiones.

enfocaré más en las formas en que son usados esos discursos en la interacción y el diálogo, para construir y negociar diferentes posiciones de sujeto relacionadas con las categorías de género, edad y clase.

Mi interés, sin embargo, no es trabajar los dos aspectos por separado, sino ir mostrando la relación entre ellos. Por eso, no pretendo establecer un límite fijo sobre dónde termina uno y empieza el otro. El análisis se irá desarrollando entonces a través de movimientos en dos direcciones: una, siguiendo la lógica cada uno de los ejes, donde estaré presentando la relación entre los tres casos y estableciendo algunas comparaciones entre ellos; y otra, siguiendo la historia de cada caso, donde eventualmente intentaré recuperar las relaciones entre los diferentes ejes en cada familia analizada.

3.2.- Los casos de estudio

Intentando dar cuenta del proceso de construcción discursiva y de negociación previo a las celebraciones, el material de análisis está compuesto por entrevistas grupales, entrevistas individuales y observaciones en fiestas de 15 años, que fueron producidas en un trabajo de campo realizado entre enero de 2011 y marzo de 2012, con tres familias nucleares, autodenominadas de clase media, cuyas hijas estaban próximas a cumplir 15 años. Con cada familia conversé en cuatro o cinco ocasiones, teniendo siempre el último encuentro a los pocos días del decimoquinto cumpleaños de cada chica. En las entrevistas abordamos varios temas relacionados con las celebraciones de 15 años en México, los planes de cada familia en torno a este evento, y también sobre temas variados acerca de la historia y la vida familiar y personal de la quinceañera. A continuación presentaré más detenidamente – utilizando pseudónimos- a las tres quinceañeras protagonistas de esta investigación, y lo que hicieron ellas y sus familias para celebrar los 15 años.

3.2.1.- El viaje familiar de Carla

Carla, la primera entrevistada, es una chica alta, de complexión física media, quizás un poco gruesa. Tiene el pelo oscuro, cortado a la altura del mentón, con algunas canas. Usa lentes y brackets en los dientes y casi siempre está sonriendo o riendo. Estudia en la prepa 2 de la UNAM.

Es la hija mayor de Mariana y Roberto y tiene un hermano menor llamado igual que su padre. Este matrimonio es el primero de Mariana y el segundo de Roberto, quien tiene otras tres hijas con su anterior esposa y aparenta ser por lo menos diez años mayor que Mariana. Viven en un pequeño departamento en una unidad habitacional de la colonia Jardín Balbuena, cercana al centro de la ciudad. Ella es ama de casa y él es médico pediatra.

Conocí a esta familia a través de Ariadna, una de las hermanas de Carla, que está casada con un amigo cubano. Los visité cinco veces entre enero y junio de 2011.

Para celebrar sus 15 años la familia se fue de viaje a Guanajuato y Querétaro con otra familia amiga, en cuya casa se hospedaron. En la comida de la tarde, en el portal de un restaurante del centro de Guanajuato, vinieron unos mariachis a tocarle las mañanitas. Acababa de visitar el monumento al Pípila, de bajar a las minas y de ver las famosas momias de esa ciudad.

Cuando estuvo de regreso en el D.F. y nos vimos en su casa para contarme sobre su viaje, me mostró fotos tomadas en exteriores, en los lugares que dijo haber visitado. Eran fotografías casuales, instantáneas o posando rápido, sin mucha preparación. Estaban dedicadas a registrar la actividad, los escenarios visitados, la compañía de la familia y amigos, y el ambiente de ocio y turismo. Carla aparece en todas las fotografías vestida con la ropa deportiva que está usando para ir a cada uno de los lugares visitados, y sin maquillaje.

3.2.2.- La fiesta temática de Yadira

La segunda quinceañera a quien entrevisté es Yadira, una muchacha bajita y delgada, morena, de ojos grandes y oscuros y cabello también oscuro, teñido con mechas rojas. Es sonriente y conversadora. Vive en un departamento pequeño, en una unidad habitacional de la colonia Morelos, muy cerca del centro de la ciudad de México, con su mamá Diana y con Alfredo, el esposo de ésta. Diana y Alfredo son sociólogos y aparentan tener entre 30 y 35 años. Yadira estudia el bachillerato en un Centro de Educación Artística (CEDART), donde aspira a especializarse en danza.

A esta familia la conocí a través de unos amigos en común, y los visité en cuatro ocasiones, entre agosto y noviembre de 2011. Estuve también presente en su fiesta de 15 años, que fue una fiesta temática sobre el circo. Todos los invitados debíamos ir disfrazados de algún personaje alegórico al circo, y la mayoría de los asistentes cumplimos con esa indicación.

La fiesta se hizo en una casa ubicada en la zona sur de la ciudad, cerca de Coyoacán, donde vivía una amiga de Diana y Alfredo, cuya suegra fue la organizadora. Fue una fiesta pequeña, a la que asistieron unas 20 o 25 personas. Había aproximadamente el doble de mujeres que hombres, y casi la misma cantidad de adultos que de adolescentes. Entre estos últimos, se hacía evidente la separación entre dos grupos: uno de dos chicas y un chico que se reían y jugaban entre ellos, no estaban disfrazados y no se relacionaban con el resto; y otro grupo de cinco chicas y un chico que estaban disfrazados todos y eran los que más andaban junto a Yadira. Según me contó Diana, la mamá, los disfrazados que andaban con ella eran los de la prepa y los otros, los de la secundaria.

Había, además, tres primas de Yadira en la fiesta, todas disfrazadas: una mayor y una más chica, a las que yo no conocía, e Ingrid, de 14 años, quien será mi tercer caso de estudio para esta tesis. Estaba vestida de domadora, igual que yo, y en algún momento bromeamos con eso y hasta nos fotografiamos juntas. Todo el tiempo de la fiesta se veía muy alegre, bailando, sonriendo y socializando tanto con los amigos de Yadira como con la familia.

Cerca de las 10:00 pm, Yadira convocó a todas las personas al garaje para que la vieran bailar. Dijo que era una danza rusa, que era lo que ella quería estudiar y que la disculparan si algo no le salía bien porque había tenido muy poco tiempo para preparar la coreografía. Bailó tres piezas diferentes sin equivocarse, con gran diversidad de movimientos y manteniendo la atención de todos los invitados, quienes la aplaudían con admiración cada vez que terminaba una de las danzas. “Parece una muñequita de porcelana” dijo una de las chicas disfrazadas, que estaba parada a mi lado. Al terminar la danza de Yadira, seguimos bailando los demás.

En todo el tiempo de la fiesta se sentía un ambiente muy informal y cercano entre los anfitriones e invitados, con todos andando libremente por la casa, bailando, sentándose a conversar eventualmente unos con otros, y sirviéndose cada quien, sin pedir permiso para agarrar la comida y la bebida, que estaba al alcance de todas las personas. Así fue transcurriendo la fiesta, entre baile y baile, sin distinciones muy evidentes entre la forma de diversión de las diferentes generaciones. Todos coreaban las canciones, todos hacían los mismos pasos.

La fiesta se terminó alrededor de las 2:00 am, cuando a la mayoría de los invitados se habían ido, y los miembros de la familia y algunas amigas de Yadira se estaban cambiando de ropa para quedarse a dormir en la casa. Cuando me despedí de las chicas, se veían cansadas, pero emocionadas por la idea de quedarse juntas toda la noche.

3.2.3.- La misa de Ingrid

La tercera entrevistada es Ingrid, hija de un primo de Diana, la mamá de Yadira. Fue Diana quien me puso en contacto con esta familia y me acompañó cuando fui a entrevistarlos por primera vez a su casa. Viven en Tlatelolco, también en un pequeño departamento de su propiedad, que se nota más pequeño aún porque está decorado con muebles y cuadros muy grandes. Me llama la atención que en la pared del baño, que queda frente a la vista al entrar por la puerta principal, hay varios crucifijos de diferentes tamaños, materiales y diseños, que cubren casi la pared completa.

Ingrid es una jovencita morena, de pequeña estatura, cabello lacio muy oscuro cortado a media espalda, ojos grandes, negros, muy expresivos, y amplia sonrisa. La forma de su cuerpo recuerda la imagen mediática de la típica mujer latina: ni gruesa ni delgada y con caderas, cintura y pechos bien pronunciados. Estudia en una preparatoria de la Secretaría de Educación Pública. Su madre Viviana y su padre Jorge son licenciados en administración hotelera. Los visité cuatro veces, entre noviembre de 2011 y marzo de 2012.

Ingrid no hizo nada festivo para celebrar sus 15 años. Solamente fue ese día a la iglesia, según me contó Viviana, con ellos dos y con una tía que fue su madrina de 15 años, “a celebrar una misa para darle gracias a Dios por ese momento de su vida”. En nuestro

primer encuentro, donde participó toda la familia, me habían dicho que no iban a hacer una fiesta grande, pero tal vez sí organizarían algo pequeño e informal con los amigos y los familiares más cercanos; sin embargo, ya en las dos últimas entrevistas anteriores al cumpleaños, que tuve con Viviana e Ingrid respectivamente, me anunciaron que finalmente no harían ninguna fiesta.

Como veremos en los próximos capítulos, estas tres familias desarrollan formas de relación entre sus miembros muy diferentes en cada caso, y negocian de maneras muy distintas lo que finalmente deciden hacer para celebrar los 15 años de cada chica; pero también comparten dinámicas discursivas similares ante estas celebraciones y ante otras cuestiones de la vida social.

3.3.- Consideraciones metodológicas

La opción teórica de definir las celebraciones de 15 años como prácticas discursivas que se dan en procesos de interacción, tiene algunas implicaciones metodológicas importantes. Una de ellas es tener en cuenta las características de la situación de entrevista en que esas interacciones se producen. Desde el punto de vista conversacional, las familias con las que trabajé se situaban como mexicanas y mexicanos, ante una estudiante extranjera de postgrado que quiere saber cosas sobre algo que pasa en el país de donde ellos son. A pesar de ser interacciones provocadas por una entrevistadora, las entrevistas grupales donde participa una familia completa o varios miembros de ésta, funcionan también como espacios de negociación discursiva donde se construyen significados sobre las celebraciones y donde las personas asumen posiciones de sujeto³. (Wetherell, 1998; Edley, 2001; Nikander, 2008).

La decisión de aproximarme a estos procesos a través de estudios de caso implica manejar, como apunta Claudia Fonseca (1999), una relación tensa entre el individualismo

³ Aunque las categorías relacionadas con la nacionalidad no fueron exploradas en esta investigación, lo que me interesa destacar aquí es que mi participación como extranjera en las entrevistas influyó muchas veces en el posicionamiento de los sujetos como mexicanos y en la forma en que construían generalizaciones al enunciar su propia experiencia como parte de la sociedad mexicana. En los capítulos analíticos destaco algunos de estos aspectos, y en las conclusiones planteo que la construcción discursiva de la nacionalidad es un tema que sería pertinente retomar en estudios posteriores.

metodológico, que puede tender a la sacralización del individuo, y la perspectiva sociológica, que puede diluir las individualidades al reificar lo social. En este sentido es importante señalar que al trabajar con varios casos, y establecer algunos ejes conceptuales para abordarlos, no los estoy considerando como parte de una muestra de casos de máxima variación que pretendo comparar según criterios predefinidos. Más bien asumo, siguiendo a Fredrik Barth, que en vez de intentar comparar descripciones de dos o más casos, realizadas independientemente, debemos usar lo más activamente posible comparaciones en el análisis de cada caso específico. En este sentido, tomo en cuenta la propuesta de este autor sobre no restringir el foco de atención en función de los límites del formato tradicional del estudio antropológico de un grupo o comunidad; sino extender el área de observación a un área mayor –que él denomina “campo de diversidad”-, la cual resulta significativa a dicho grupo para la “construcción de su mundo” (Barth, 1995).

Esta idea entra en sintonía con los planteamientos de Rosana Guber, acerca de que “el campo no es un espacio geográfico, un recinto que se autodefine desde sus límites naturales (mar, selva, calles, muros), sino una decisión del investigador que abarca ámbitos y actores; es continente de la materia prima, la información que el investigador transforma en material utilizable para la investigación” (Guber, 2004: 84). Este encuadre resulta muy pertinente en un estudio como el que estoy proponiendo, donde se plantea que las pertenencias se establecen a través de las propias prácticas discursivas de los sujetos, y no de criterios esencialistas predefinidos, sean éstos geográficos o de cualquier otro tipo. Los discursos, por lo tanto, serán vistos como construcciones de la investigación misma, más que como objetos que existen en una forma delimitada de realidad, lista para ser identificada y mapeada (Jørgensen y Phillips, 2002).

En ese sentido, mi construcción de los casos de estudio parte de lo que señala Fonseca respecto a que el investigador escoge primero su terreno y sólo después procura entender su representatividad. Según esta autora, es el dato particular el que abre el camino para interpretaciones más amplias: hecha la observación, el investigador procura definir cuáles son las generalizaciones posibles (Fonseca, 1999). Para mi estudio, elegí a tres familias nucleares que se consideran de clase media y viven todas en pequeños

departamentos de su propiedad, dentro de unidades habitacionales ubicadas en barrios muy cercanos al centro de la ciudad de México. La elección de estas familias ha obedecido a criterios que van desde la accesibilidad y empatía establecida con cada una de ellas desde el primer encuentro, su disponibilidad a recibirme y mostrarme su cotidianidad, hasta el valor que tienen como casos que me permiten observar procesos de negociación de pertenencias identitarias que se ubican, desde experiencias distintas en cada caso, en niveles intermedios y complejos entre lo popular y lo elitista, obligándome a repensar las dicotomías usuales y a buscar explicaciones capaces de captar las peculiaridades de estas subjetividades femeninas adolescentes de clase media mexicana. En cuanto al número de casos, considero que el hecho de incluir a tres familias en mi investigación permite disponer de cierta variedad en las experiencias analizadas, a la vez que resulta viable y factible llevar a cabo un análisis en profundidad de cada uno de ellos.

Ahora bien, no puedo decir por esto que mi estudio es representativo de “las celebraciones de 15 años en adolescentes de clase media de la ciudad de México”. No pienso que tenga sentido semejante generalización. La representatividad social y cultural de cada uno de esos casos sólo puede determinarse a través del propio análisis de los significados emergentes en los procesos enunciados.

Finalmente quisiera señalar, que en correspondencia con los propios postulados del análisis del discurso (Wetherell, 1998; Jørgensen y Phillips, 2002), mi investigación pretende posicionarse como una construcción discursiva más, que no aportará la única representación posible sobre las celebraciones de 15 años y las feminidades adolescentes de clase media en la Ciudad de México, sino más bien una versión que será parte del panorama y los enfrentamientos discursivos dentro del propio campo de investigación en que se sitúa.

Después de estas reflexiones, comencemos entonces con el análisis.

4. Los 15 años como discurso

En este primer capítulo analítico, presentaré algunos rasgos generales sobre el campo discursivo de los 15 años, que se manifiestan de diferentes maneras en las tres familias. En un primer momento abordaré el proceso general de interpelación mediante el cual las quinceañeras y sus familiares se sienten aludidos y aludidas por esta práctica cultural; y en un segundo momento, analizaré cuatro repertorios interpretativos distintos a los cuales acceden estas familias para colocarse ante dicha práctica.

4.1.- Interpelación

Desde las primeras entrevistas con cada familia, pude percatarme de que en los tres casos las quinceañeras y sus padres se sienten interpelados por el discurso sobre la celebración de 15 años. Se trata de una práctica cultural habitual, donde está profundamente instalado en la sociedad mexicana el sentido de convocatoria del que hablaba Althusser. Esa connotación de convocatoria, de interpelación, se expresa a través de algunas categorías que las quinceañeras y sus familias usan para explicarme por qué se celebran los 15 años en México, y por qué ellos los van a celebrar o no de la forma en que han decidido hacerlo en cada caso:

Carla, por ejemplo, me dice: “nos *ilusiona* a todas las niñas el vestido, los chambelanes, ser el centro de atención de todos ese día”. Ella en ese momento me comenta que quiere hacer una fiesta, porque “han sido ya los 15 años de varias de mis amigas, y me han invitado; y cuando las ves ya empieza *la cosquillita*, empiezas a imaginar cómo te ves, que vas a ser el centro de atención de todos por un día, que es una edad que sólo se cumple una vez, y entonces cuando hablas con ellas te dicen que la fiesta ha sido lo mejor de su vida, y así...” Mariana, la madre de Carla, me ofrece una visión muy diferente: “me siento más que es una *presión*, que ya, que lo tenemos que hacer porque la familia y la sociedad así *lo exigen*.” El padre de Carla, habla también al respecto en otros términos. En una discusión sobre las restricciones económicas que enfrenta la familia para hacer una fiesta de

15 años, me asegura que de alguna manera van a celebrar: “yo tengo ese *compromiso moral* con ella y conmigo mismo”, dice.

¿Qué pasa con este acontecimiento, que en la misma familia convoca a la hija desde la ilusión o “la cosquillita”, a la madre desde la presión o las exigencias sociales, y al padre desde el compromiso moral? En próximos acápite profundizaré en estas dinámicas, pero antes veamos las categorías desde las cuales son interpelados los miembros de las otras dos familias.

En el caso de Yadira, después de describirme cómo se celebran típicamente los 15 años aquí en México, me dice: “Bueno, a mí, la verdad esa forma *no me gusta*. Es así de aghhh!!!, qué empalagoso!!!” Cuando le pregunto qué significa “empalagoso” para ella, me responde: “Como muy así de ¡bdahhhhh! (saca la lengua como haciendo una mueca de asco), como muy *hostigante*, como que todos están así de: «Ah, sí, ah, su vestido» y yo: «Ay, no...» A mí no me gusta.” Después intenta explicarme un poco mejor: “no me desagrada la idea de hacer una fiesta; me desagrada la idea de *tener que* llevar un vestido y la corona, y el juguete, y la... no me gusta”. Luego me cuenta lo que ella quiere hacer por sus 15 años:

“Es que primero mis abuelitos de parte de mi papá, *hostigosísimos*, que si no iba a querer fiesta, y yo: «no»... ¡Y no se han cansado!, todavía me vienen a ver, y «¿para cuándo tus 15?»... Pero luego empecé a ver un programa en MTV que se llama «*Quiero mis 15*», y «*Sweet Sixteen*» y pues dije: «ah, pues *está padre*» Y luego empecé a ir a fiestas de 15 años, y no, pues *está padre*, pero es que es *muy empalagoso para mí*, es muy..., es como mucho para mi estilo, para mi *forma de ser* y mi *forma de pensar*. Y luego ya vi un documental, más o menos, de circo, del cirque du soleil, o algo así, y pues dije: «ay, si hago una fiesta así sencilla, que el tema sea algo así como circo, y que nada más vayan así puros amigos»”

Lo curioso aquí es que Yadira se resiste a la interpelación de la celebración de 15 años cuando está asociada al orden simbólico de la familia extensa tradicional, representada por sus abuelos; pero sí se siente convocada por un referente distinto que viene de los medios de comunicación. Aquí el llamado cultural es explícito en el propio título de uno de los programas: “Quiero mis 15”; y el mensaje tiene en Yadira el efecto buscado, porque ella termina queriendo sus 15 al ver el programa. En estos actos discursivos al menos, se muestra una posición más activa por parte suya que de Carla, la otra quinceañera, pues en

lugar de aceptar las construcciones de celebración que le llegan desde afuera, ella se cuestiona qué tanto tienen que ver con “su forma de ser” o “su forma de pensar”.

Diana, madre de Yadira, expresa la postura de respetar la decisión y el deseo de su hija: “al principio Yadira me decía: «no, no quiero fiesta, wácala», y yo: «bueno, está bien, *como tú quieras*». Y luego empezó a ir a las fiestas y pues *yo la veía entusiasmada*. Entonces yo le dije: «si quieres, te hacemos una fiesta, pues no como la de tus amigas, o si la quieres así tú dinos, ¿no?» (...) Entonces ella me dijo: «Sí, sí la quiero» y empezó a buscar ideas así hasta que le salió su idea del circo”. Alfredo, el esposo de Diana, comparte esa posición, haciendo evidente que están siendo interpelados por parte de una ideología propia del grupo social con el cual se identifican: “hoy, sobre todo en hijos de profesionistas, *lo que se hace es que la involucrada decida*, porque no se le pedía la opinión a la quinceañera; entonces *hoy hay más apertura* de decir: «¿quieres fiesta?», «¿cómo la quieres?»”.

En esta familia vemos, por un lado, una coherencia en cuanto a que los tres miembros coinciden en un mismo tipo de interpelación, relacionada con el respeto a la decisión de la quinceañera; y por otro, que los tres despliegan una diversidad mayor de recursos discursivos para responder a las interpelaciones sobre la celebración de 15 años, cuya procedencia también se ubica en lugares sociales diferentes. La hipótesis que estaré manejando respecto a esta cuestión a lo largo del análisis, y que ahora apenas mencionaré, es que como sociólogos, Diana y Alfredo tienen acceso a una serie de prácticas discursivas y recursos interpretativos que les permiten complejizar y deconstruir algunas representaciones sociales generalizadas. Pasemos entonces al caso de Ingrid.

“Estoy como *nerviosa* de qué va a pasar ese día, porque *yo no quiero nada* y entonces *me preguntan qué voy a hacer* y... no sé...”, me dice esta chica; asegurando que para ella los 15 años no tienen ninguna connotación especial: “A veces siento que *la celebración es más que para mí...*, no sé, nunca me han gustado. Mis quince años para mí son así como que, pues sí, voy a cumplir 15, pero también voy a cumplir 16 y también cumplí 12, no es algo que sea así como que ¡Puff!, no”. Sobre esto Viviana, su madre, me comenta: “*ella no*

quiere nada, le digo «pues aunque sea ahorita...» a muchas de su salón no les han hecho fiesta y en su casa han hecho una reunión sus papás para sus compañeros de la escuela y le digo «pues *aunque sea algo así*» y me dice «no yo no quiero nada». *Quién sabe*, a lo mejor de un día para otro me va a decir «sí quiero invitar a alguien», pero no, no nos dice nada”. Por su parte, Jorge –el padre- me dice: “Es que *no puedes dejar de ser parte de*, porque conoces a los compañeros de tu hija que *te van a invitar* a los quince años y vas a *tener que ir...* que bueno, nosotros *hemos preferido* a veces no ir, y no estar..., no sé si *sometidos* o..., es que también *involucra* muchas cosas”.

Aquí hay una construcción familiar diferente a la de los otros dos casos, aunque con algunos elementos en común con ambos. Ingrid, como Yadira, no quiere hacer una fiesta; pero expresa al respecto una ansiedad que aquella no manifestaba: se siente nerviosa porque la gente le pregunta; o sea, no ha resuelto exitosamente la interpelación como al parecer lo ha hecho su prima. Viviana, al igual que Diana la madre de Yadira, intenta respetar la decisión de su hija; pero también trata de influir en que Ingrid acepte hacer algo por sus 15 años, respondiendo de otra manera a una presión social que podría ser similar a la de Mariana la madre de Carla. Jorge también se ubica en una especie de posición intermedia: percibe también una imposición social que no es capaz de definir muy bien, a la vez que reconoce su deseo de distanciarse de esa práctica.

Este acercamiento inicial a las tres familias nos muestra un panorama donde en el caso de Carla vemos interpelaciones claramente reconocidas por cada miembro, pero distintas –y probablemente conflictivas- entre sí; en el de Yadira, interpelaciones complejizadas, pero similares para los tres miembros; y en el de Ingrid, interpelaciones ambiguas e indefinidas. Esta diversidad ya comienza a indicar la posible existencia de diferentes repertorios interpretativos sobre los 15 años, entendidos, a la manera de Edley (2001), Wetherell (1998), como recursos disponibles que usan las personas para entender su mundo y hablar de él; y por supuesto, también indica la emergencia de diferentes posiciones de sujeto ocupadas por los miembros de las familias ante estas celebraciones. Analicemos entonces ambos aspectos más detalladamente en los próximos apartados.

4.2.- Repertorios interpretativos

En las distintas entrevistas realizadas a las tres familias, fueron apareciendo, efectivamente, distintos tipos de referencias, enunciaciones y argumentos en las intervenciones de los entrevistados, que éstos iban usando para explicar, justificar e ilustrar sus puntos de vista sobre los diferentes aspectos de las celebraciones de 15 años que se iban tratando. Después de un análisis más o menos integral de todo el material, y con el riesgo, inherente a cualquier proceso analítico, de simplificar u homogeneizar algunas cuestiones del discurso ajeno, encontré cuatro maneras diferentes de entender los 15 años, que eran empleadas de distintas formas, estratégicamente, por cada miembro, mientras negociaban y planificaban en cada caso la forma de celebrar los 15 años: 1) los 15 años como fiesta típica, 2) los 15 años como hecho social, 3) los 15 años como etapa o momento en la vida, y 4) los 15 años como práctica de consumo. A continuación iré presentando cada una de ellas por separado, introduciendo algunos de los argumentos incluidos en cada una, e intentaré mostrar también cómo los cuatro repertorios se relacionan entre sí.

4.2.1.- La fiesta típica

Ante mi pregunta de qué se hace en México para celebrar los 15 años, o qué son las celebraciones de 15 años, todos los entrevistados, especialmente las quinceañeras, respondían inmediatamente con la descripción de un patrón de fiesta muy similar al mencionado por los autores de otras investigaciones sobre este tema citados en el capítulo 1, donde me iban mencionando los diferentes elementos del simbolismo ritual. El siguiente diálogo con Carla es un ejemplo de esto:

Yo: ¿y cómo son las celebraciones de 15 años aquí? ¿Qué es lo que se hace?

Carla: lo que nunca debe faltar es el vals, que la quinceañera lo baila con su papá o su hermano. Hay dos rituales opcionales: uno es el del último juguete y el otro es el de los zapatos. El último juguete es un juguete que se le da a la quinceañera para recordar que ya no vas a ser niña; y el de los zapatos es que en la fiesta traes zapatos bajitos y en un momento de la fiesta te los cambian por zapatos de tacón. Casi siempre hay una madrina para los zapatos, que ella es la que los compra y se los pone a la quinceañera.

Yadira me dice algo similar: “A los 15 años que yo he ido supuestamente primero tienen que ir a la iglesia a hacer su misa. Así de que «ay, mis 15 años, qué sé yo qué» y

luego van y hacen una fiesta en donde se supone que a la chava esa la coronan y le dan su último juguete. Así, un osito, una muñequita o algo así. Y luego baila un vals ella solita, luego un vals familiar y luego la coreografía, la que ella quiera... y ya, y una fiesta así, en grande”.

Aquí, Diana también participa de la conversación y se extiende un poco más en la descripción de otros elementos de la fiesta, como el transporte, y otras prácticas adicionales que también consideran típicas: “se renta un salón, se invita a toda la familia, se hace una misa... En mi época se usaba que llegaran en calabazas de cenicienta, o este, en limusina, no sé, cosas así. Ahora también, pero como que ya los coches son como diferentes, ¿no? Y ahora se estila mucho que las lleven al Ángel de la Independencia a tomarse fotos, o al monumento de la Revolución, o... no sé...”

Más adelante, Yadira se refiere al atuendo de las mujeres que asisten a las fiestas de 15 años: “van con vestidos así, largos, y tacones, y se van a peinar al salón de belleza...”. Diana la interrumpe para incorporar otros rituales de producción corporal: “y a la estética, se pintan el cabello... y a la quinceañera la llevan también a que le depilen las cejas, le hagan la manicure, la pedicure, las maquillan y las peinan”.

Ingrid, por su parte, me describe en pocas palabras los elementos típicos de la fiesta: “el vestido ampón, el vals, una fiesta grande, es lo que se tiene pensado de una fiesta de 15 años”. Más adelante Jorge comenta sobre las variantes: “Y además hay modas de acuerdo a como se vaya desarrollando la situación en la familia. Yo por ejemplo, la última fiesta de quince años que fuimos, eso de la última muñeca...” Viviana me explica en qué consiste lo de la última muñeca:

“Casi siempre es compañera o amiga de la niña y le dice «Tú me vas a llevar mi última muñeca» y la mamá lleva la primer muñeca que tuvo, entonces le ponen «ésta fue su primer muñeca» y la amiga le lleva la última muñeca con que va a poder jugar, por decirlo así ¿no? Entonces ante la sociedad le presentan que ya no es una niña porque ya en ese momento la última muñeca que va a tener va a ser la que su amiguita, (que va a ser ahora su comadre, por decirlo así), le llevó a sus quince años y llevan unas muñecas a veces enormes y la visten del color de la quinceañera. Te digo, ya todo es como una moda que se va agarrando, de dónde, no sé, pero así con el tiempo de repente ya todas las quinceañeras hacen exactamente lo mismo en la fiesta.”

Hasta aquí podemos ver cómo este discurso sobre la fiesta típica se articula alrededor de la idea de un modelo que se repite, ubicándose esa repetición en dos direcciones: por un lado se repite en el tiempo, como tradición; y por otro, se destaca el cambio y la incorporación de elementos nuevos, que funcionan como moda, es decir, que terminan repitiéndose también entre la mayoría de las personas en un momento dado. Otro aspecto presente en este discurso sobre la fiesta típica es su forma de financiamiento, la cual se produce mediante “padrinos”.

En la entrevista con Carla, por ejemplo, en medio de su descripción me dice: “A algunas las apadrinan, y están los padrinos de la música, los de las fotos, los del pastel, los del vestido, el salón, de todo...” Yo le pregunto qué significa que las apadrinan, y me responde: “que son los que les regalan el vestido o la música, o cualquier otra cosa de la fiesta”. En otra entrevista, Mariana vuelve a sacar el tema: “hay gente que no tienen los recursos, pero la misma familia, las mismas amistades, están: vamos y vamos. «No, pero es que yo no tengo»; y le dicen: «yo te compro los zapatos»... y así se hace la cooperación entre todos, y todas las personas que se acercan arman la fiesta”.

Diana también me da una explicación similar: “le digo a mi hermana: «Oye, ¿quieres ser su madrina de vestido?» La hermana paga el vestido; a la tía: «Oye, ¿quieres ser la madrina del... salón?» y ella sólo paga el salón; el padrino del sonido, ejemplo, y sólo paga el sonido; el padrino del... hay padrinos hasta de los saleritos que se ponen en las mesas. O sea, lo que hacen es todos cooperar para que la quinceañera de la familia, aunque la familia no tenía dinero, pueda tener sus 15 años”. Viviana me dice lo mismo, casi con las palabras exactas, con lo cual me resulta evidente que se trata de un repertorio interpretativo común a las tres familias.

Junto con las descripciones de estos elementos “típicos de las celebraciones”, suelen aparecer interpretaciones sobre el significado de los mismos. Esos significados son asociados con la función social de las celebraciones, y con la vida personal de la quinceañera, conformando respectivamente el segundo y tercer repertorio interpretativo.

4.2.2.- El hecho social

Aquí, son básicamente los padres y las madres quienes abordan las celebraciones desde su carácter social, e hipotetizan acerca de la función que tienen en la sociedad mexicana; por lo tanto podríamos decir que se trata de un repertorio adulto al que probablemente las adolescentes no tienen acceso, o no es relevante para ellas. Como parte de este repertorio, la cuestión que con más fuerza aparece en las tres familias es la comparación de las clases altas y populares que veíamos en la literatura sobre los 15 años, la cual es construida por mis entrevistados y entrevistadas a través de diferentes oposiciones y equivalencias entre categorías.

Con respecto a esto, Mariana me comenta: “Es que la celebración típica era esa, con todos esos rituales, y ha ido cambiando porque las costumbres si no cambian mueren, aunque sin perder la tradición. Los que generalmente todavía hacen todo eso son los niveles más bajos, la sociedad lo considera de mal gusto”. Con esta enunciación, Mariana está empleando el “gusto” como un recurso simbólico de segmentación social, a la manera descrita por Bourdieu (1988) y Douglas (1998), relacionando el mal gusto con las clases bajas y la realización de la fiesta típica.

Su interpretación acerca de la relación entre la clase social y los 15 años aparece también cuando conversamos acerca de una celebración que se le realiza públicamente todos los años, desde 2007, a un gran grupo de adolescentes de bajos recursos que no tienen posibilidades de hacer su propia fiesta. Se trata de una iniciativa patrocinada por el gobierno de la ciudad, perteneciente al Partido Revolución Democrática, a través del Instituto de la Juventud del Distrito Federal (Injuve DF). En su última edición esta celebración reunió a más de 400 quinceañeras, las cuales recorrieron diferentes sitios emblemáticos de la ciudad, como el Ángel de la Independencia y el Monumento de la Revolución, donde se les tomó fotografías. Finalmente se les celebró una gran fiesta con baile de vals en el Auditorio Nacional (Hidalgo, 2011). Sobre este evento, que había ocurrido pocos días antes de la entrevista, y que yo había podido observar durante un tramo del recorrido de las quinceañeras, establecemos Mariana y yo el siguiente diálogo:

Mariana: Esto lo organiza Marcelo Ebrard, ¿sabes quién es Marcelo Ebrard? Es el jefe de gobierno pero nada más del Distrito Federal (...) Entonces él implementó hasta hace un año que en estas fechas le regala su vals a las quinceañeras; y entran en un concurso las quinceañeras, las que quieren ir..., son como 500.

Yo: Sí, eran como 400 ó 500...

Mariana: Entonces las ponen a ensayar y ensayar y ensayar, yo no sé..., les regalan su vestido, bailan el vals allí en el Zócalo... y arrivederci, cada quien para su casa. O sea, consideramos que es un gasto innecesario porque la quinceañera lo que busca es figurar, ser la única, la principal; y entre 500 no figura. Yo pienso que esto es más que nada un movimiento electorero.

Yo: ¿Y por qué tú crees que a las niñas les guste y que vayan...?

Mariana: Porque hay niñas... si tú te das cuenta... ¿las pudiste ver físicamente? Son niñas que definitivamente no van a tener nada en sus 15 años. Y mucho menos un vestido. No lo van a tener. Entonces, para ellas, el que llegue una figura pública con un cargo político, uf, es el dios. Y que las vistan y las maquillen profesionales ese día... ¡Nunca más en su vida! Entonces, verdaderamente no tienen fiesta de 15 años. Pero yo no lo puedo entender porque no estoy así, o sea... para mí no, es que no... Eso lo hace como electorero, para ganar votos. Todos los papás de esas niñas van a votar por él.

Yo: Yo no sabía que los 15 años eran tan importantes como para que los usaran para una campaña electoral.

Mariana: Al pueblo: circo, maroma y teatro. Es un tipo bien listo, pero listo porque aquí en el Distrito Federal la mayoría estamos abajo, no estamos arriba con la gente de élite; entonces hace cosas mundanonas porque es mayoría y esa mayoría va a ir a votar: “Ay, vota por Ebrard, le dio su vestido de 15 años a mi hija”.

Reforzando la importancia que tiene para Mariana la definición de las clases a nivel simbólico, aquí vemos que ella se ubica, desde un punto de vista socioeconómico, como parte de “la mayoría que está abajo”, mayoría a la cual según ella, está dirigido este evento político de los 15 años; sin embargo, en tanto público para este tipo de práctica ella rechaza dicha interpelación y deslegitima el evento, porque niega el sentido fundamental que para ella tendría una verdadera fiesta de 15 años, que es su carácter privado e individual.

Otra distinción enunciada por ella es la territorial, establecida entre los contextos urbanos y rurales: “si te vas a un pueblo fuera del DF, a las comunidades, es muy diferente. Ahí invitan a todo el pueblo, las fiestas duran dos o tres días... aquí no, apenas son de un rato; y a veces ni se hace la fiesta, se usa que las chicas vayan a un antro a celebrar sus 15 años ahí con sus amigos”. Al decir esto, Mariana establece una relación inversa entre la

urbanización y la complejidad y extensión de la fiesta. Más adelante veremos que en la familia de Yadira se hacen asociaciones parecidas a ésta, donde se construyen representaciones espacio-temporales según las cuales las tradiciones culturales se ubican en escenarios rurales y los procesos de modernización se localizan en la ciudad.

Javier, el padre de Ingrid, también se refiere a las funciones sociales de la celebración de 15 años, planteando una diferencia entre clases, donde la figura de la hija adquiere una fuerte connotación, estableciéndose así una relación entre la clase, el género y la edad:

“El del círculo alto es hacer una fiesta donde presentan a su hija en sociedad, a su sociedad y el del círculo bajo es como un logro, como decir «mi hija sigue aquí y me costó mucho trabajo tenerla hasta los quince años, pero aquí está, se las presento y ahora sí, ya puede hacer de ella lo que quiera», porque esto es muy curioso, se hacen chistes, o sea todo un mundo aparte ese momento y yo creo que, entre más pobre sea la familia, más quiere demostrar que no es así y que su hija ahí está y que está lista para lo que venga.”

Jorge considera que la presentación es un evento mucho más dramático en “los círculos bajos”, que en los altos, pues en éstos últimos, solamente se estaría produciendo el acceso de la quinceañera a un estatus social que le corresponde según su clase, y que ocurre según lo esperado; mientras que en los otros, la quinceañera da cuenta del éxito alcanzado por la familia en un proceso de crianza difícil y problemático, y presentarla en sociedad significa mostrar este éxito, y posiblemente, hacer que la sociedad libere de algún modo a los padres de la obligación de seguirla cuidando y manteniendo a partir de ese momento, aunque sea sólo simbólicamente. Aquí vemos una construcción peculiar de la feminidad saturada de contenidos clasistas, similar a la figura de “la chica moderna”, de la cual hablaba Hershfield (2008), o las imágenes femeninas de la Primera Guerra Mundial que simbolizaban refinamiento y confort para los prisioneros según Rachámimov (2006), o las mujeres europeas que eran vistas del mismo modo en las colonias asiáticas según Stoler (1996).

Aunque me hablan bastante de las fiestas realizadas por las clases populares de México, esta familia relaciona también el hacer una gran fiesta de 15 años con las clases altas: “yo creo que la cuestión de esa fiesta es mucho el demostrar qué nivel socioeconómico tienes, aunque las grandes sociedades aquí en México o los altos círculos

de la sociedad también lo festejan y lo festeja mucho y muy, pues... ¡gastando, ¿no?!”, me dice Jorge; mientras Viviana comienza a describir una fiesta a la que fueron recientemente, de la hija de una amiga suya, que los impresionó por su lujo y sofisticación: “...ella está casada con un pianista y siempre quiso que sus hijas tocaran el piano desde muy pequeñas. La mayor sí estudió en el conservatorio hasta los 16 años, ya casi terminaba la carrera y la chiquita no estudió en el conservatorio, pero es magnífica en el piano, ella es muy buena. En los quince años tocaron su papá, su hermana, ella, la niña bailó 5 bailes totalmente diferentes, con coreografía.”

Es curioso como presenta la autenticidad de la fiesta a través de una narrativa sobre su relación con el capital cultural de la familia, como la afición por el piano, que por el tono con que Viviana la menciona, parece constituir un símbolo de distinción para ella. Sobre esta misma fiesta, Jorge sigue hablando: “Y esa fue, no, lo más divertida, rebasó cualquier límite que yo te pueda decir, una entrada de alfombra roja, fue la prensa, nada más faltó que entrara el helicóptero y dijera «Felicidades, gracias, adiós». O sea, cosas así que yo decía, invirtió en la fiesta lo que pudo”. Luego agrega: “Toda la fiesta fue bonita, te quedas impresionado de la alfombra roja, te están tomando fotografía, te atienden los meseros, te sientan, tomaste lo que quisiste, comiste lo que quisiste”. No obstante, después de mencionar todos esos símbolos que para él indican buen gusto y refinamiento, Jorge destaca que a pesar de la calidad de ese evento, fue imposible lograr la perfección, y por lo tanto, la satisfacción o conformidad de los invitados es imposible de lograr en una fiesta de 15 años: “Pero además, yo creo que sí fueron los mejores, el mejor banquete, la mejor iluminación, todo fue lo mejor porque me consta; y habrá quien te diga más, porque de todas maneras a nadie dejas a gusto, conforme con la fiesta... ¡a la quinceañera se le rompió el vestido!”

Este discurso sobre la inutilidad de la fiesta, basado en la imposibilidad de complacer totalmente a los asistentes, es, a mi modo de ver, una herramienta discursiva mediante la cual Jorge iguala las clases altas y bajas, horizontalizando simbólicamente a la sociedad bajo la idea de la imperfección humana. Se trata, desde mi punto de vista, de un recurso retórico del tipo “al final todos vamos a parar al mismo lugar”, haciendo referencia a la

muerte, que es bastante recurrente cuando alguien intenta deslegitimar las implicaciones de la estratificación social.

En el discurso de Jorge, sin embargo, aunque las diferencias de clase se diluyen en el fracaso del ideal, este fenómeno no tiene para él una extensión humana-universal, sino apenas nacional, construyéndose como un rasgo de la cultura mexicana. Para ilustrarme esto me ponen en youtube una canción titulada *Los 15 años de Espergencia*, de Chava Flores, conocido como el “cronista musical de la ciudad de México”, la cual es una sátira que ridiculiza las fiestas de 15 años en los sectores populares urbanos. Dice en una de sus estrofas:

“El día del baile llegó, la vecindad se llenó;
damas de pura tafeta y ellos de etiqueta, huarache y mechón.
¡Ay, Espergencia, por Dios, pareces un querubín!
¡Huy, que rodillas tan prietas, échate saliva, no salgas así!
El papá, Melquiades Escamilla, la danza inició,
se vació regando la polilla por todo el salón...”

Cuando se acaba la canción, me dice Jorge:

“...se pasan la tarde ensaya y ensaya, es como la preparación de esa fiesta para la chica y de todas maneras siempre va a haber alguien que se equivoque, que se cayó, que se le rompió el vestido, una serie de cosas espontáneas porque o no está bien preparado o el pastel no llega..., habría que atribuirlo mucho a México eso, porque México es bueno para todas esas desorganizaciones el mejor. El pastel no llega porque al de la panadería se le olvidó que tenía que entregar el pastel ese día y «¡ay perdone!», pero ahí está. Y yo creo que como esa, así muchas otras situaciones de los quince años, pero la canción es bien específica de verdad.

Es interesante entonces como, asociada con criterios negativos y fatalistas, la nacionalidad o la cultura son utilizadas por Jorge como categorías de unificación social que permiten reducir relativamente la relevancia de las diferencias de clase. Procesos como éste podrían tener resonancia con los planteamientos de Laclau y Mouffe (2001) acerca del carácter simbólico y contingente de la clase como necesidad histórica para la constitución de los agentes sociales, aunque esto sería un tema muy complejo que habría que analizar con mucho más cuidado.

En la familia de Yadira, las implicaciones sociales de las celebraciones de 15 años, fueron ante todo ubicadas históricamente. Al respecto me decía Alfredo:

“Entonces se estilaba precisamente como un sentido de presentar... de hacer ligues entre familias de abolengo. Entonces presentaban a las hijas en donde decían: «ésta ya está en edad de casamiento». Entonces de pronto esa tradición se populariza a otros sectores, entonces la situación de los sectores medios bajos, de pronto empezaron a copiar esa situación. Pero era una situación también de adquirir estatus. Entonces desde los 30, 40, 50 era muy común que se festejara ya en colonias populares. Entonces, pues obviamente no habían grandes salones de baile, y lo realizaban en los patios de las vecindades, y era como una copia de esta aristocracia porfiriana. Entonces, por eso de ahí los vestidos largos, ampones, y una situación de formalidad. Entonces todas las familias, cuando tenían una mujer, era casi sentir obligado la parte de los 15 años. Y en las colonias populares ya la fiesta también se empezó a generar para crear compadrazgos. Entonces, en la ciudad de México, cuando las colonias nuevas se van creando, una de las formas de crear estos vínculos y redes sociales era precisamente la fiesta de 15 años. Entonces van ligando al padrino de la misa, al padrino de no sé qué, y empiezan a haber figuras. Entonces, la fiesta en sí encerraba toda una carga de símbolos para la comunidad; entonces era una situación también ya de empezar a competir, y decir qué fiesta se hace mejor. Y con el paso del tiempo se fueron creando..., este..., se fue haciendo como más complejo. Antes nada más era el puro baile, y después ya se fue creando la situación del último juguete y esas cosas.”

Como vemos, aquí se aborda también la oposición entre clases altas y clases bajas, pero en este caso se plantea desde un punto de vista relacional –al igual que hacían algunos autores como Nieto (2001), Feixa (1998), Sarricolea y Ortega (2009)-, donde un grupo social le copia la práctica al otro. Alfredo, no obstante, subraya, como Jorge, que en ambos la función social de la fiesta es distinta: en el primer caso se trata de hacer ligues entre familias de abolengo por medio de alianzas matrimoniales, mientras que en el segundo se usa para crear redes de compadrazgos y vínculos sociales en las nuevas colonias de la ciudad de México, centradas en el apoyo para financiar la fiesta misma. Con respecto a las celebraciones actuales, los padres de Yadira establecen varios criterios de diferenciación social, que son nombrados desde otras categorías, complejizando con nuevos significados la estructura binaria única de lo elitista y lo popular. Al respecto, en una de sus primeras intervenciones, Alfredo señala:

“Hoy por hoy ya la tradición se hizo demasiado popular, y en los últimos 20 años ya ahora las familias de dinero ya no lo hacen. Ahora dicen: «mejor a la chavita de 15 años le doy para que se vaya de viaje». Entonces hoy en México, hay para las familias de mucho dinero, hay cruceros exclusivos para las quinceañeras. Entonces se van al Mediterráneo, al Caribe, en un

crucero de un mes, 45 días. Pero si es una familia sumamente tradicional sí le hacen la fiesta de 15 años, con todo lo que representa.”

Aquí Alfredo atribuye a las familias de mayores ingresos una práctica específica y bien definida, diferente de la fiesta: mandar a la quinceañera de viaje en un crucero exclusivo para quinceañeras. Pero aunque la fiesta típica se asocie a “lo popular”, la asociación con “lo tradicional” es más fuerte: si la familia es tradicional, aunque tenga dinero va a hacer la fiesta, “con todo lo que representa”. Con esto está dando a entender que el componente simbólico prevalece por encima de las cuestiones económicas de tipo estructural, y que no siempre la tradición está ligada a los grupos de bajos recursos.

Otro criterio de diferenciación que esta familia establece es el territorial. Sobre esto opina Alfredo de la siguiente manera:

“Hoy las fiestas, dependiendo el lugar en la ciudad, son diferentes. O sea, por ejemplo, si tú vas a una zona donde la gente es profesionista, tiene una manera de divertirse diferente, hasta en la música. Es un asunto que nadie lo dice, pero es una realidad. O sea, hay segmentación con respecto a la música que escuchas, dónde vives, con quién te juntas, qué educación tienen tus padres, qué educación tiene la colonia...”

Con este comentario, expresa una percepción de la segregación espacial en la ciudad de México, donde es fácil identificar colonias en las que los habitantes de una tienen diferente nivel educativo que los de la otra, y esto se corresponde a diferentes redes sociales y diferentes hábitos de consumo cultural. Aquí se pone de manifiesto lo planteado por Sémblér (2006) acerca de la relevancia de los estilos residenciales en la definición simbólica de las diferencias de clase.

En este mismo sentido de las diferencias territoriales, Diana, al igual que Mariana, compara las fiestas en la ciudad con las de las comunidades indígenas, a partir de una experiencia personal durante una estancia de investigación en Oaxaca: “Son mucho más religiosas que las fiestas de aquí. O sea, ahí sí hay como una mezcla entre la religiosidad y la fiesta de 15 años. Incluso en la fiesta se hacen rituales de las creencias de la comunidad indígena, o digamos, sí tienen un tinte más religioso ahí que en la ciudad; en la ciudad yo siento que ya es más de fiesta, de la pachanga, de echar relajo...” Aquí, al igual que hace la madre de Carla, Diana está contraponiendo la urbanización y la complejidad de las fiestas,

pero en su discurso aparecen nuevos significados asociados a dicha oposición: el contexto urbano y moderno se relaciona con la idea de divertirse y “echar relajo”, y el contexto indígena y rural se relaciona con una celebración ritual, religiosa y ceremonial.

El nivel de escolaridad es otra categoría a la que recurren con frecuencia Alfredo y Diana para explicar el comportamiento de este fenómeno social: “Entre más bajo sea la escolaridad, más símbolos de adorno le ponen...”, dice Alfredo refiriéndose a las quinceañeras, y cuando le pregunto a qué cree él que se deba eso, me contesta: “yo le achaco a la situación del consumo. O sea, te trato de construir todo un paquete que es necesario. Entonces te digo: «no, señora, es que el vestido lleva cojín» pero el cojín le cuesta una lana; y obviamente, si no tengo escolaridad y pocos recursos, pienso que está incompleto el paquete. Entonces, ya vienen ya los paquetes creados. Y la gente que consume eso es la de más baja escolaridad.”

Aquí aparece planteada la relación entre educación y consumo a la hora de definir la clase social; relación que también está presente en los trabajos de otros autores citados en el capítulo 2, como Franco y sus colaboradores (2011), o Sémbler (2006). En estos trabajos, sin embargo, se habla de una relación directa entre altos niveles de escolaridad y aumento en los niveles de consumo como rasgos característicos de las clases medias; mientras que Alfredo está planteando una relación diferente: aumento en cierto tipo de consumo y bajo nivel de escolaridad como rasgos característicos de las clases populares. Esto indica que Alfredo está usando el recurso simbólico de los patrones de consumo, según las lógicas de Douglas (1998) y Bourdieu (1988), para establecer discursivamente la distinción social. Es un proceso similar al de Mariana, pero enunciado con otros términos, cambiando “el gusto” mencionado por aquella, por “la escolaridad”. Sobre la construcción discursiva del consumo me referiré más detalladamente cuando aborde el último de los repertorios.

Más allá de la diferenciación clasista, otro aspecto que destaca esta familia como parte del significado social de los 15 años es la carga simbólica de la celebración. Sobre esta dimensión simbólica, Diana comenta algo interesante: “Después de los 15, las mujeres tienen otro tipo de libertades. Simbólicamente hablando, porque en realidad no las tienen, o

las tienen desde antes, pero simbólicamente hablando yo lo veo así.” Es decir, ella establece una diferencia muy clara entre una narrativa social que circula acerca del significado de los 15 años, y los efectos prácticos y directos de este evento en la vida de las personas, asumiendo que aunque ambas cuestiones estén relacionadas, no son idénticas. De esta forma se cuestiona las funciones del simbolismo ritual que algunas investigaciones sobre los 15 años, como las de Nieto (2001), Ruiz (2001) y Meira (2009), dan por sentado. Como una extensión de ese simbolismo, también me hablan del significado que tiene en términos religiosos: “...en el caso de la gente que es mayoría católica aquí en México, piensan que es sacramento. Piensan que es un sacramento los 15 años y que obligadamente tienen que ir a la iglesia. En los sacramentos de la iglesia católica no están los 15 años, pero ellos los ven como una situación de agradecer a Dios por los 15 años y sí sienten un peso moral y religioso al no presentarla ante Dios”, señala Alfredo.

Estos últimos argumentos marcan un vínculo entre las explicaciones de la función social y las explicaciones de los significados individuales, socialmente construidos, que forman parte del próximo repertorio interpretativo sobre los 15 años.

4.2.3.- La etapa o el momento de la vida

Las referencias a la celebración de 15 años a partir de lo que supuestamente representan como etapa en la vida de la mujer, son la primera explicación que tienden a darme las tres quinceañeras cuando les pregunto por qué ellas creen que se celebran los 15 años.

Sobre esto, Carla me dice: “se celebran porque ya dejamos de ser niñas, estamos como se dice: en la pre-adulthood. Se dice que llegamos a las 15 primaveras, así es como se les dice”. Yadira enuncia algo parecido: “Bueno, se supone que en la antigüedad, los 15 años eran para marcar el paso de una joven que era así, que pasaba a ser ya una mujer, por decir. O sea, era una niña, aún se supone, adolescente, y al cumplir los 15 años, al momento en que la coronaban, según esto, era cuando ya pasaba a ser una mujer”; mientras que Ingrid señala que los 15 años son una edad “como cualquier otra, no siento que los 15 años sean así como representativos. Muchos dicen «quince años se cumplen una sola vez en la vida», pero también 16 y también 20, o sea, no lo veo así como «los 15 años» ¿no?”

Aquí vemos que las tres chicas citan, a manera de teoría del sentido común, una explicación que circula socialmente, sobre la relevancia de los 15 años como etapa o momento especial y significativo que marca una transición en sus vidas. Carla y Yadira la aceptan como una explicación válida y posible, mientras que Ingrid la cuestiona y la rechaza, desde un discurso de continuidad en la trayectoria de vida, donde el cambio se produce constantemente y todos los cumpleaños significan lo mismo.

Los padres de las tres chicas hacen referencia también a ese mismo discurso del evento de transición, pero no se lo apropian. Lo citan más bien como algo remoto y accesible a la vez, como una representación que saben que circula, pero que ellos, ni la comparten, ni renuncian totalmente a la posibilidad de usarla.

Esa ambigüedad se ve muy claramente en Mariana cuando dice que celebrar los 15 años significa “que presentas en sociedad a tu hija, que llega el momento en que tu hija ya no es una niña, ya es una señorita, y que la vas a presentar ante sociedad, socialmente ya está en otro estatus, ¿no? Ese es el significado que nosotros le hemos... es el que se hace, por eso. Pero yo no...” Aquí Mariana se debate entre el “nosotros”, que establece y reproduce el significado de la transición social, y el “yo”, que se resiste a aceptar ese significado.

En el discurso de Viviana, la ambigüedad también está presente, pero planteada de otra manera: “aquí supuestamente la fiesta de 15 años es porque tú la presentas ante la sociedad porque ya deja de ser una niña chiquita para ser más adulta, o ya una muchacha que entra a la adolescencia y se presenta ante la sociedad, pero ella no es de esa idea, no le agrada mucho, dice «porque yo puedo cumplir 20 y me pueden hacer una fiesta muy bonita para los 20, por qué tiene que ser a los 15». Es interesante como aquí el “yo” que aparece en la enunciación de Viviana no es el suyo propio, sino el de Ingrid. Hay una pertenencia por parte de Viviana a un discurso colectivo a través del “aquí” y del “tú” genérico, que funciona parecido al “nosotros” de Mariana, pero el discurso individual antagonista está enunciado en la voz de “ella”: Viviana duda a través de la duda de su hija.

Diana y Alfredo enuncian también el dilema de la transición sin implicarse en él personalmente, pero también sin implicar a Yadira. Más bien se refieren a este dilema desde la curiosidad sociológica, como en el siguiente comentario de Diana:

“...los chavos en la escuela para cotorrear les dicen: «Ah, ¿ya vas a cumplir 15 años? Ya eres cancha oficial». Como si la edad de 15 años fuera que ya pueden tener relaciones sexuales, o tener una vida como más libre, o sea, como que los 15 años sí son un parteaguas en la vida de las mujeres, no tanto en los hombres; en los hombres yo creo que se da más como a los 18... Sí es muy significativo como esa parte de que los 15 años en las mujeres es que ya no eres una niña, ya eres una adolescente, ya es fértil, ya puede tener hijos, ya puede casarse”.

Alfredo añade: “sí, porque la relacionan ya con la menstruación, con la situación de pintarse, con la situación de usar zapatillas, o sea, si no tenías 15... Eso ya no, ya se fue rompiendo un poco. Pero te digo, hace 30 años una mujer que no había cumplido 15 y usaba zapatillas era mal vista, o si se pintaba”. Esta práctica discursiva de interpretar sin implicarse tiene que ver con lo que veíamos más arriba de la distinción que hacía Diana entre el contenido simbólico de las fiestas y sus efectos prácticos concretos, distinción que le permite evitar el dilema de “qué significan verdaderamente los 15 años” que se plantea Mariana.

Algo interesante en las interpretaciones de Diana y Alfredo, es que en ellas aparecen muy claramente las cuestiones de género imbricadas en los significados atribuidos a la transición. Por un lado están las referencias a un discurso que recuerda la heterofeminidad de la que hablaba Hauge (2009), concebida como campo discursivo dominante sobre la adolescencia femenina, que aglutina significados sobre las relaciones sexuales, la fertilidad, el matrimonio y las prácticas corporales asociadas a la feminidad adulta, como en este caso serían pintarse y usar zapatillas. Por otro lado está la distinción entre mujeres y hombres, por la cual les pregunto directamente a las tres familias:

“Los varones también pueden celebrar los 15 años, pero es diferente, más privado, se van con los amigos al antro... Una mujer es más delicada, al hombre no lo cuidan tanto, ¿no?, le dicen que se aviente, además, no puede usar vestido, ni muñeca, ni bailan vals. Yo fui a una fiesta de 15 años de un amigo y no sé por qué pero no me gustó mucho, me sentí medio incómoda”, me dice Carla; mientras que en la familia de Ingrid, antes de yo

preguntar por la diferencia entre hembras y varones, ya Javier había mencionado la especificidad de la figura femenina al abordar el sentido clasista de las celebraciones: “la verdad sí creo que México todavía adolece un poco de querer ser la princesa, yo creo que viene de esa idea de «aquí está mi hija y es una princesa y se las dejo aquí como en el gran baile», o sea, esa parte yo creo que de película, así más o menos lo interpreto yo”. Luego, cuando coloco explícitamente la comparación entre los sexos, es nuevamente Javier quien me responde: “la sociedad que tenemos, aunque parece machista, yo creo que sí es de matriarcado, es lo que yo te decía ahorita, es el palacio y ahí está la princesa, más que otra cosa, y del macho cómo le vamos a celebrar los quince años, ni que fuera maricón, homosexual, no sé, o sea, es muy preciso”. En la familia de Yadira, por su parte, me dice Alfredo: “los 15 años de un hombre tiene que haber bebida, su primera borrachera, la barra...”, y Diana lo interrumpe: “Y sí, tiene que ver con reafirmar tu preferencia sexual, algo así. Yo nada más conozco a un amiguito de Yadira que hizo su fiesta de 15 años, pero fue nada más de borrachera; pero no, por lo general son puras niñas las que hacen”.

Como podemos ver, son muchas las ideas y asociaciones que surgen al plantearse la diferencia entre los sexos. Lo primero que me interesa señalar es que, desde mi punto de vista, este tema nunca se habría tratado espontáneamente en las entrevistas, porque no forma parte de los repertorios a los que normalmente se accede para construir racionalmente una práctica como las celebraciones de 15 años. Tuve yo que preguntarlo, y en los tres casos, la respuesta fue de sorpresa, y de falta de argumentos y recursos verbales para abordar el asunto, como cuando hay que hablar de algo en lo que nunca antes se ha pensado. Es así porque es así. Esto es una muestra clarísima de cómo operan los mecanismos de hacer el género como práctica sostenida y rutinaria, que se instala tan sólidamente en los cuerpos y en las relaciones sociales, que la diferencia se asume como natural y obvia; tal como plantean West y Zimmerman (1987), Butler (1998; 1993; 2002), Edley (2001), y Eckert y McConnell-Ginet (2003). La celebración de 15 años está saturada de símbolos históricamente relacionados con la feminidad, como el vestido, el vals, la muñeca; e incluso cuando se cuestiona, como en los casos de estas tres familias, el simbolismo general de las fiestas típicas, la imagen de un varón en medio del campo

discursivo de los 15 años es incómoda y difícil, por no decir imposible. Los entrevistados y entrevistadas no saben explicar por qué, pero sí tienen muy claro que no encaja.

En este sentido, la transformación de los códigos a través del desafío de las normas tampoco es fácil, como bien señalan estos mismos autores y autoras. Ni siquiera cuando se intenta producir un simbolismo paralelo, reforzando supuestos estereotipos de masculinidad, como la bebida o la salida al antro, se logra una construcción exitosa de los 15 años masculinos. Esto desde mi punto de vista tiene que ver también con que no basta cambiar la forma para cambiar el sentido. En el caso de las mujeres, los discursos sobre los 15 siempre tienen implícito que el tránsito en la trayectoria de vida es un proceso específico de socialización. La “presentación en sociedad” significa el acceso –al menos potencial- a nuevas prácticas corporales y vínculos sociales como forma de construcción de una nueva etapa en la vida, asociada con la adultez, la juventud o la adolescencia; pero que en cualquiera de los tres términos significa salir parcialmente del estatus de tutelaje familiar absoluto que define a la niñez. Es una cuestión de poder; de prácticas que implican ampliar de algún modo el espectro de derechos y libertades, los cuales están sexualmente diferenciados. “Al hombre no lo cuidan tanto, le dicen que se aviente”, me comenta Carla, y con ello resume perfectamente esta idea que intento transmitir. “El parteaguas de los 15 años es en la vida de las mujeres; en los hombres es más a los 18”, me dice Diana, con lo cual está queriendo decirme que la transición masculina es otra y está construida desde otro lugar social.

De cualquier modo, el hecho de que estas familias se distancien de la práctica de la fiesta típica, implica también que de algún modo se desestabilice el sentido de la transición asociada a dicha fiesta, lo cual efectivamente está sucediendo, y la -relativa- ambigüedad de este repertorio es una muestra de ello. Esto es algo que se facilita mucho por la existencia de un cuarto repertorio: el de los 15 años como un bien de consumo.

4.2.4.- El consumo y los capitales

La dimensión relacionada con el consumo que se atribuye a los 15 años ha estado presente desde el principio del análisis, sobre todo cuando se establecen diferenciaciones de clase.

Para estas familias, entender en términos de práctica de consumo la celebración de los 15 años, es un proceso clave para su construcción discursiva como clase media.

Los discursos sobre el consumo relacionados con estas fiestas, implican dos cuestiones fundamentales: una, la lógica del gasto, es decir, los significados acerca de cuánto dinero se va a disponer, y las justificaciones o explicaciones sobre cómo se va a gastar ese dinero; dos, la lógica de la libertad, o al menos de la diversidad de opciones entre las cuales elegir. Construir la celebración de los 15 años como un bien de consumo es, por lo tanto, colocarse en un “mercado de los 15 años”, donde no hay una única forma típica de celebrar, sino muchas variantes posibles. Es desde mi punto de vista, a través de este repertorio que se matiza la interpelación del campo discursivo de los 15 años hacia estas familias, pues no se les plantea una situación dicotómica de “lo tomas o lo dejas”, sino de “cómo lo haces”, donde están convocados y convocadas a situarse como consumidores; y es esto precisamente lo que dispara el proceso de negociación que abordaré más adelante.

A partir de estas consideraciones, vemos que el tema del gasto no sólo es central, sino también motivo de reflexión en las tres familias. Dicho proceso de negociación y decisión sobre la forma de celebrar, inicia incluso a veces como negociación de cuánto dinero gastamos, en qué y por qué.

“A mí, la verdad, como dices, tanto dinero para una noche... Es que no son cinco mil, diez mil, veinte mil pesos...y que al otro día como si no pasara nada... Yo no puedo!!” comenta Mariana visiblemente angustiada. “Depende de cuán importante sea para la gente, ¿no?”, le pregunto; y ella me contesta: “...¡¡¡Te marca!!! Claro. Pero yo digo que cuando se hacen los 15 años... yo ahorita con Carla estoy sintiendo que si se hacen (todavía estamos que si te lo hacemos, que si no te lo hacemos)... A nosotros, por dinero. Porque se va elevando la suma. Entonces nosotros hasta unas tres semanas más sabemos si se hace o no se hace”. Diana, por su parte, establece el límite de gastos de manera mucho más clara y menos conflictiva: “Nosotros nunca pensamos como en gastar mucho dinero, y siempre se lo dijimos a Yadira. Yo le dije: «si vamos a gastar más de 50 mil pesos, es un viaje. Yo no voy a pagar una fiesta de ese... no, de verdad, de verdad. Así te lo digo»”. Más adelante

agrega: “Nosotros fuimos los que le dijimos que una fiesta sencilla sí le podíamos hacer. Una fiesta lujosa pues no, porque, aparte de que tenía que ser con tiempo, a mí sí se me hace como un desperdicio de dinero. Yo siento que podemos gastar el dinero en otras cosas que gastarlo en una fiesta de 15”.

Es muy interesante la comparación entre los discursos de estas dos madres, pues aunque ambas se están refiriendo a limitaciones económicas, lo hacen desde lugares distintos. En el caso de Diana, hay una decisión clara de no gastar mucho en una fiesta, no porque no haya dinero, sino porque prefieren gastarlo en otras cosas. Son ellos quienes eligen, no hay una imposición económica. En el caso de Mariana es lo contrario: está el anhelo de la fiesta, pero no el dinero, con lo cual ella no enuncia una decisión, sino un dilema aún no resuelto entre los deseos de celebración de la familia y las posibilidades de celebrar. Más adelante abordaré detenidamente estas cuestiones.

Lo que tienen en común las dos familias, no obstante, es el uso de un discurso sobre el uso racional del dinero para diferenciarse tanto de las clases altas como de las clases populares. Esto también está presente en la familia de Ingrid. Las tres familias, por una parte, asumen que no pueden acercarse económicamente al lujo de las prácticas de los grupos elitistas, ni comparten los códigos culturales de éstos, como la “presentación en sociedad” a la que se refirieron algunos entrevistados más arriba. Viviana, por ejemplo, comparándose con la amiga suya que hizo la fiesta con alfombra roja, me dice: “le valió la pena lo que gastó, pero yo no lo hubiera hecho”; y más adelante añade: “...porque si ella me dice que quiere una fiesta así, yo ni de chiste se la puedo hacer”.

Por otra parte, como ya hemos visto, marcan distancia con respecto a las prácticas de los grupos populares asociadas con el mal gusto y el bajo nivel de escolaridad. Un mecanismo de distinción interesante en este sentido, es que niegan rotundamente la estrategia de los compadrazgos utilizada por estos grupos para financiar sus fiestas.

Al respecto Mariana afirma: “Muchas amistades nos han dicho: «Ay, nosotros les apoyamos» No. «Yo le compro su vestido, yo le compro su...» No. No es así. Dice mucha gente que somos orgullosos; yo digo, no es un orgullo. Te juro que no es orgullo. Yo soy de

las personas de que para mí eso es educación. Si no tienes para dar y compartir, no tienes por qué hacer nada. ¿Tienes? Hazlo; ¿no? No se hace”. En otro momento agrega: “Yo estoy en contra de eso totalmente. Yo soy de las que si vas a ser una anfitriona y tienes para hacerlo lo haces; y si no, no. O sea, ¿para qué comprometer a las personas? Igual y tú llegas: «Oye, ¿no quieres ser tú la madrina del vecino?» Y tú por dentro «tchh!!!»; pero me siento comprometida: «bueno...» ¿por qué comprometer a las personas?”. Roberto comparte esta misma postura:

“...nosotros siempre hemos sido muy apegados a los otros familiares. Ahorita el que más y el que menos se me ha acercado: «oye, ¿y qué va a hacer Carla para su cumpleaños? Yo le pongo el vestido, yo le pongo el pastel, yo le pongo esto, yo le pongo lo otro» Y hasta vecinos ya. Y no es por orgullo ni soberbia, pero no debe ser así. Porque si se lo voy a hacer, yo se lo voy a hacer. Y no por eso soy vanidoso ni soberbio, y les agradezco a todos los que se han ofrecido, pero el compromiso es mío...”

En la familia de Ingrid, tienen un punto de vista muy parecido al respecto, lo cual se ve en este comentario de Viviana sobre su propia fiesta de 15 años:

“Sí, yo sí tuve, pero por ejemplo, mis papás no dejaron que nadie pagara nada, o sea, mi mamá vio cómo le hizo y mi papá vio cómo le hizo y ellos me hicieron la fiesta y yo no tuve madrinas más que de velación que fue de la iglesia y es la que es mi madrina de quince años, que yo la sigo viendo todavía, pero no hubo eso de que «fulanito compra el vino, o manganito compra...» Y yo nunca he sido partícipe, ni para casarnos nosotros, o sea, que también para casarte que el de las jarras, que el del tocado..., o sea nosotros nunca hemos sido partícipes de que alguien pague una fiesta que tú estás celebrando”.

A partir de estos fragmentos, podemos ver que es bastante complejo el uso discursivo que hacen estas familias de los compadrazgos. Por lo que dan a entender, se trata de una acción cuyo significado se contrapone a algunos de sus valores, lo cual la convierte en un vínculo social con personas externas a la familia, que es inaceptable en los marcos de una celebración. Este vínculo no es visto como un don o regalo que unas familias ofrecen a otras espontáneamente; pero tampoco es visto como un favor o un préstamo que estarán obligados a retribuir, porque en los tres casos lo pregunté explícitamente y sin excepción me contestaron que no era así. Más bien es visto como una petición; y es esta idea de necesitar del otro, de solicitar apoyo del otro, la que es rechazada y colocada fuera de los marcos de “la buena educación”. Hay un cierto tono de vergüenza asociado a esta práctica de los compadrazgos, que podría entenderse como una especie de fracaso como sujeto

social: el fracaso del anfitrión o la anfitriona. Ser anfitrión es celebrar tu propia fiesta, y asumir totalmente su organización y su financiamiento; con lo cual esta se mantiene en los márgenes de lo privado.

Este análisis me lleva a establecer ciertas hipótesis sobre los mecanismos de definición de lo privado y lo público en estas familias como parte de su construcción discursiva de clase media. A partir de estos testimonios específicos en las familias de Carla e Ingrid, y teniendo también en cuenta el carácter dilemático y ambiguo con que se sitúan respecto a los 15 años de manera general, me da la impresión de que se quedan atrapadas entre la aspiración y la imposibilidad de asumir desde lo privado eventos sociales de carácter vinculante, con lo cual se termina tomando distancia de este tipo de prácticas, y atribuyéndoselas a los grupos elitistas; pero a la vez, son incapaces, desde el imperativo de distinguirse de las clases bajas, de redefinir el sentido de lo público para activar de maneras alternativas sus redes sociales y vincularse de otra forma, lo cual sí logra hacer la familia de Yadira, como veremos más adelante. Así, se construye, en los dos primeros casos, un cierto aislamiento discursivo a partir de una limitación para establecer lazos sociales. Esto podría entenderse también como diferentes formas de relación entre los capitales económicos, sociales y culturales (Bourdieu, 1986) en las clases medias de la ciudad de México, que sería interesante analizar en mayor profundidad en otras investigaciones.

Hay, sin embargo, otro tipo de práctica, que estas familias atribuyen a las clases altas, con la cual sí se identifican, y a la cual sí creen posible acceder: hacer un viaje. Esta opción, como ya vimos, fue considerada en algún momento por la familia de Yadira, y en el caso de Carla, también se valoró. La segunda entrevista que tuve con ella comenzó con el siguiente diálogo:

Yo: Bueno, cuéntame: ¿Cómo andan los planes de celebrar tus 15 años?

Carla: Pues hay algunos cambios en los planes. Ahora estamos viendo la posibilidad de irme a Europa con Ariadna.

Yo: ¿Y de qué depende que te vayas?

Carla: Depende... de dinero (se ríe), depende de que me den permiso mis papás...

Yo: ¿Y qué dicen ellos al respecto?

Carla: Pues están así como que en veremos, todavía no se deciden.

La negociación de las opciones de hacer una fiesta o irse de viaje en la familia de Carla será analizada en el próximo capítulo. Por ahora lo que me interesa señalar es que esta práctica, a pesar de atribuirse a las clases altas, es tomada en consideración –al menos enunciativamente- por estas familias como una variante legítima y posible para ellos, a diferencia de la fiesta lujosa; porque, por un lado, cumple con el sentido pragmático que estos grupos le dan al gasto de dinero, y por otro, está asociada a una idea de modernidad y abandono de las prácticas tradicionales.

4.3.- Más allá de los repertorios: los 15 años y los medios

Luego de presentar estos cuatro repertorios interpretativos, me gustaría retomar una de las ideas expuestas en la introducción a esta tesis, referente a los mecanismos sociales más amplios que participan en la producción discursiva sobre las fiestas de 15 años en México. Es importante en este sentido tener en cuenta que, como señalan Edley (2001) y Wetherell (1998), los repertorios movilizados y evocados por las familias en la interacción, están relacionados con representaciones culturales sobre las fiestas de 15 años que circulan ampliamente en la sociedad mexicana, sobre todo a través de los medios de comunicación y el consumo cultural.

En relación con esto, hay que señalar que el papel de los medios es fundamental para entender los procesos culturales de las grandes ciudades latinoamericanas. A principios del siglo XX, el cine medió de manera decisiva la formación de una nueva experiencia que fue la cultura urbana. Según Carlos Monsiváis (1981), se trataba de un dispositivo que legitimaba rostros, gestos, modos de hablar y caminar, donde las personas se reconocían a sí mismas y a los demás, organizando, como señala Barbero (1995), una trama cultural urbana heterogénea, compuesta por diversidad de formas y de prácticas, pero muy densamente comunicada.

El tema de los 15 años apareció en el cine mexicano a finales de los años cincuentas, cuando se estrenó una película llamada *Quinceañera*, en la que se presenta a tres chicas:

Beatriz, de familia rica; Leonor, de clase media, y María Antonia, de familia muy pobre, que egresan de un colegio prestigioso para señoritas. Las tres cumplirán quince años el mismo día y esperan con ilusión el día de su fiesta. En la película se muestran los problemas que enfrentan los padres de María Antonia para festejar su cumpleaños, el divorcio de los padres de Beatriz y las dificultades de Leonor para defender su amor por Pancho, a quien su madre no acepta por ser de condición humilde.

Según Maximiliano Maza, esta película, junto a otras de la década de los cincuentas, subrayaban la apropiación de costumbres, modas y estilos de vida provenientes de Norteamérica, por parte de una juventud mexicana de clase media que se debatía entre el conservadurismo nacionalista de sus padres y las aspiraciones modernistas propias (Maza, 1996).

Con la llegada de la televisión, el espacio doméstico se convierte en territorio virtual, al que todo llega sin que haya que partir (Barbero, 1995). La imagen de la quinceañera pasa entonces a integrar el proceso de socialización y legitimación de estilos de vida facilitado por las telenovelas, sobre todo en lo relacionado con la imagen femenina. Inspirada en el filme *Quinceañera*, Televisa transmite en 1987 una telenovela con el mismo nombre, cuyos personajes protagónicos son Maricruz y Beatriz, dos amigas que están muy cercanas a cumplir sus 15 años. Aquí, aunque siguen siendo recurrentes los temas de la diferencia de clases, la fiesta de 15 años como fantasía femenina y su asociación con el amor romántico, ya se trata la sexualidad de manera directa, y se abordan por primera vez en televisión temáticas como las drogas, la violación y las pandillas, presentándolas como problemas sociales juveniles (Bolaños, 2003).

La canción tema de la telenovela, interpretada por Thalía, una de las protagonistas, como parte del grupo Timbiriche, se convirtió también en un hit:

“Yo no sé
Por qué mi cuerpo cambia día con día
Y siento que yo ya no soy la misma
¿Que será, que será?

Ahora despierta la mujer que en mí dormía
Y poco a poco se muere la niña
Empieza la aventura de la vida
Ahora me enciende como un sol la primavera
Mis sueños se convierten en promesas
Me cambia el corazón de quinceañera”

La letra de la canción remite a las vivencias de cambios físicos y emocionales atribuidos a la adolescencia, y a una sustitución de la figura de “la niña” por la de “la mujer” construida metafóricamente como un despertar, o un florecer evocado por la imagen de la primavera, que es una metáfora recurrente referida a la sexualidad.

Además de la canción tema de la telenovela interpretada por Thalía, la figura de la quinceañera está presente en muchas otras piezas de la música popular mexicana. Como señalan Eckert y Mcconnell-Ginet (2003), al analizar el tratamiento de temas en las canciones, es importante tener en cuenta que las características estilísticas de estos textos están estrechamente relacionados no sólo con los objetivos de los productores individuales, sino también con las expectativas e ideologías compartidas entre los productores y consumidores de ese género. Un ejemplo es la ranchera *Quince primaveras*, de Vicente Fernández, que enfatiza en el sentido de transición asociado con los 15 años, tocando cuestiones como la ilusión con la celebración y la atracción heterosexual:

“Será tal vez tu día más deseado,
una ilusión el sueño más amado,
te sentirás una mujer y ahora es niña
y en este día vivirás deprisa...
...estrenaras tu juventud por eso...
te temblaras al presentir un beso,
y bailaras con ese chico que te mira,
y empezarás a descubrir la vida...”

Otro ejemplo de canciones sobre los 15 años es la que citó Jorge, el padre de Ingrid: *Los quince años de Espergencia*, de Chava Flores, donde se describe una celebración de 15 años en un barrio popular, burlándose del racismo y de los intentos fallidos de sus protagonistas por aparentar una mejor posición social (ver apartado 4.2.2)

La palabra quinceañera aparece también como título de una novela escrita por Armando Ramírez, escritor popular urbano de la Ciudad de México. El libro cuenta una

historia ambientada en un barrio popular del centro, donde Cecilia prepara la celebración de sus 15 años, mientras se enamora de Alejo. Es un relato sobre la vida en las vecindades, los negocios ilegales, la pobreza, las estrategias de supervivencia y de distinción social, las relaciones interpersonales, las jerarquías que se establecen en ese medio, la experiencia de la adolescencia, y los desencuentros entre chicas y chicos con respecto a sus respectivas representaciones, expectativas y prácticas relacionadas con la sexualidad (Ramírez, 2009).

El texto tiene un epílogo donde el narrador confiesa que la historia recién leída no sucedió; que lo que cuenta está inspirado en algo similar que le ocurrió a él a principios de los setentas. La posibilidad de retransmitir su propia experiencia a través de un relato protagonizado por adolescentes de los dos mil, la justifica cuando afirma: “...pasan los años, pero no cambiamos en costumbres, en mentalidad, en actitudes tan rápido como para que quince o veinte años representen un cambio radical, y mi historia ya no pueda funcionar en esta época” (Ramírez, 2009: 176). Esto indica una intención por parte suya de presentar su visión de los 15 años como un guión arquetípico que se repite una y otra vez en la sociedad mexicana, solo con ligeros cambios. Algo similar puede asumirse cuando la misma historia de quinceañeras es presentada y actualizada cada cierto tiempo en la televisión. Como mismo las telenovelas fueron éxitos de audiencia, el libro de Ramírez se convirtió en un *best seller* en México.

Otra producción editorial reciente, muy comercializada, es el libro *¿Y miss 15?*, de Yordi Rosado, popular comediante y presentador de radio y televisión. Este texto está dirigido a las quinceañeras, ofreciéndoles, en un lenguaje juvenil y con un formato interactivo, una guía que incluye muchos detalles relacionados con la celebración de los 15 años. El libro muestra la diversidad de opciones que tienen las chicas para ese cumpleaños –desde una fiesta hasta una cirugía estética-, y les hace recomendaciones respecto a los diferentes factores que deben tomar en cuenta para elegir la forma de celebrarlos. Incluye también información sobre el significado y los orígenes de las fiestas de 15 años en México, sobre celebraciones parecidas que tienen lugar en otras partes del mundo, y sobre las transformaciones fisiológicas, sociales y psicológicas de la adolescencia (Rosado, 2011).

Como podemos notar, en la mayoría de estos productos culturales se articulan discursos sobre las celebraciones de 15 años donde se construyen imágenes de una fiesta típica y una práctica de consumo, que se asocian con contenidos sociales sobre las diferencias de clase y con problemáticas y vivencias culturales consideradas propias de la adolescencia como etapa de la vida, tal y como hacen las familias de Carla, Yadira e Ingrid en sus repertorios interpretativos. Aunque no siempre se vea de forma explícita y directa, estos discursos son, por lo tanto, reconocidos y tomados como referentes para esas familias, constituyendo en ocasiones, como ya hemos visto, patrones o guías a seguir; pero también generando tensiones y conflictos que los llevan a cuestionar su validez y legitimidad, planteando concepciones alternativas respecto a la fiesta, las relaciones sociales, la etapa de la vida y las prácticas de consumo.

En el próximo capítulo veremos más detenidamente cómo esos discursos son usados estratégicamente en la interacción por los diferentes miembros de cada familia, para justificar sus puntos de vista sobre la celebración, mientras negocian en cada caso una forma de celebrar los 15 años, negociando a la vez posiciones de sujeto en las que se construyen diferentes formas de feminidad adolescente de clase media.

5.- Negociando posiciones de sujeto

Ya desde el capítulo anterior, cuando caracterizaba los diferentes repertorios interpretativos, estuve viendo tangencialmente cómo algunos miembros de cada familia establecían posiciones de sujeto, muchas de las cuales estaban relacionadas con categorías de edad, género y clase social. A continuación, analizaré cómo van emergiendo en cada familia esas posiciones, mientras se construyen diferentes feminidades adolescentes de clase media, al negociar en cada caso la forma de celebrar los 15 años.

Es importante recordar que, desde la perspectiva discursiva seguida por Foucault (2006), Althusser (1974), Laclau y Mouffe (1987) y los restantes autores citados en el capítulo 1, cuando hablamos de sujetos nos referimos a posiciones de sujetos dentro de los discursos; a formas de subjetividad que son construidas a partir de las narrativas desde las cuales los individuos son interpelados.

Teniendo en cuenta lo analizado en el capítulo anterior sobre los discursos de los 15 años como momento de transición en la vida que está atravesado por contenidos clasistas y generizados, presento tres formas diferentes de elaborar dichas transiciones – correspondientes a cada una de las familias-, alrededor de las cuales se articulan las posiciones de sujeto de los distintos miembros.

5.1.- La transición postergada

Como ya se ha ido dejando ver en análisis anteriores, para la familia de Carla no estuvo claro desde el primer momento lo que harían para celebrar los 15 años. Valoraron diferentes opciones y tuvieron que negociar mucho a partir de los intereses de cada miembro de la familia. En las primeras entrevistas hablaban de hacer una fiesta; después, surgió la opción de que Carla viajara a Europa con una de sus hermanas, que estaba allí en una estancia de investigación; y finalmente, como señalé en la presentación del caso en el capítulo metodológico, lo que hicieron fue irse de viaje toda la familia a Guanajuato y Querétaro durante el fin de semana. Es importante señalar, que las diferentes opciones

nunca compitieron discursivamente entre sí. Cada una fue valorada independientemente de las otras, planteando cada vez conflictos específicos a la familia, que se fueron discutiendo y resolviendo por separado en diferentes momentos del proceso.

Cuando Carla me habló por primera vez de su fiesta de 15 años, lo hizo, como mencioné en el acápite dedicado a las interpelaciones, desde el discurso de “la cosquillita”, es decir, desde un deseo que enunciaba apelando al repertorio de la fiesta típica y la etapa en la vida, porque según ella, es una edad que sólo se cumple una vez y que le permite ser centro de atención de todos. Esta añoranza de ser el “centro de atención” remite a la idea de la presentación en sociedad, a la búsqueda del carácter vinculante de la fiesta de 15 años como una aspiración en Carla. Vemos entonces que en su enunciación de la fiesta convergen los tres repertorios: la fiesta típica, el momento de la vida y el hecho social. El obstáculo que define la existencia de un conflicto aparece con el repertorio del consumo: es el dinero lo que todavía no permite tomar la decisión de hacer la fiesta. Con respecto a esto, la primera vez que le pregunté a Carla qué pensaba hacer para celebrar sus 15 años, me respondió: “Estamos apenas pensando en eso ahorita. Mi papá me dijo que primero hay que ver los costos de cada cosa, estamos haciendo presupuestos. Yo quisiera hacerlos en un jardín, con mis amigos...”

Mariana, sin embargo, expresa muchas dudas y conflictos con respecto a la posibilidad de hacer una fiesta de 15 años para Carla. La fiesta, para Mariana es el centro de un conflicto entre, por un lado el repertorio del hecho social, desde el cual se sienten presionados para hacer la fiesta, y por el otro, el repertorio del consumo, desde el cual se sienten limitados económicamente. Intentando inclinar la balanza a favor de éste último, recurre al repertorio de la etapa de la vida para restarle importancia a la celebración, diciendo que la motivación para celebrar los 15 “ya no es tanto por una emoción a ella. Porque a ella igual la pueden emocionar otras cosas; pero ya tienes que hacerlo como para demostrar que sí pudiste hacerlo y que no quedas fuera de la jugada. Pero no porque anheles esa noche.”

Me cuenta que ya han visto varios jardines y que les han dado presupuestos, pero que están manejando documentos y papeles para meter el préstamo. “Entonces, es ahí por donde queremos movernos. Si no sale por ahí, no se hace. Yo no sé ni qué quisiera. A veces digo: ojalá que no, le va a salir otra cosa mejor...” Carla, que está presente en la conversación, interviene: “ya ves, me da igual”, y la madre le pregunta si ya no está tan emocionada con una fiesta. “Pues ya, porque ya se me pasó”, dice Carla; y Mariana me mira diciendo: “¿Ves? Entonces ni ella misma ya tiene la emoción; entonces, ¿como para qué?”

Intentando explicarme la facilidad con que Carla cambiaba de idea sobre lo que quería hacer por sus 15 años, para reforzar discursivamente el peso de este repertorio como justificación de su posible renuncia a la fiesta, me cuenta:

“Y es que ella no quería. Le preguntamos varias veces, hace meses, y ella: «yo no» «¿De veras, Carla? » «Yo no». Y cuando te dice eso, tú te confías, y si no echas al marrano, te lo gastas. Y te sale, a los dos meses antes: «siempre sí»... ¡no, mi reina!... Mira, la cuestión primer es tener el dinero, ya teniendo el dinero se define. Primero la materia prima (se ríe). No estamos preocupados por eso, eh. No, porque de cualquier manera ella convoca a sus amistades, se le renta una carpa abajo, se le manda a pedir lo que quiera, y que se esté abajo con sus cuates todo el tiempo en el cotorreo. O sea, a finales de cuenta ella se va a divertir. No va a pasar en cero. Pero primero es tener la materia prima y después ver.”

Esa idea de “no va a pasar en cero”, indica también el peso discursivo del momento específico de los 15 años en sí mismo como algo celebrable, no importa cómo se celebre. La variedad de opciones legítimas de celebración que ofrece el repertorio de los 15 años como práctica de consumo, garantiza a esta familia la posibilidad de encontrar alguna opción viable: “A ella se le dará su gustito”, asegura Mariana, y Roberto la apoya: “Se le da su gusto”.

La renuncia simbólica al hecho social que se construiría a través de una fiesta no es tan fácil, sin embargo, para esta familia. Roberto no se desprende totalmente de esa idea: “Luego pues, veremos, sí, vamos a hacerle algo. Porque esto no se puede quedar así. (...) No será algo así de salones y ostentoso... es más, ella no quiere. Eso me ha dicho, no sé... Ella me ha manifestado que quiere una fiesta con sus amigos y la familia aquí de nosotros, y... bien, ¿no?”

De esta forma, Roberto intenta desplazar la solución del conflicto a una convergencia discursiva futura entre “lo que ella quiere” y la fiesta a la que la familia aspira. Con ello, evita enunciar su fracaso como anfitrión; posición que es construida como un referente de prestigio y valor social importante para la familia. Esto último se evidencia en otro momento de la entrevista, en el que hablábamos de la infancia de Carla, y Roberto me cuenta que le hacían siempre unas fiestas enormes de cumpleaños: “Cerrábamos aquí por todos lados así –señala para el jardín de abajo del edificio- y poníamos una albercota enorme, que cabían infinidad de niños...” “Llegaban payasos, llegaban marimbas, decían que era la fiesta del pueblo. Todo el mundo quería ser invitado a esas fiestas”, dice Mariana. Roberto recuerda sonriente: “Había quienes me decían: «no doctor, el día que cumpla sus quince años, qué fiestonón le va a hacer»... pero no cuentas con que el tiempo cambia y las circunstancias económicas cambian, y todo, ¿no? (...) Lo bueno es que ahorita ya se da cuenta de las realidades. En ese caso, pues, está muy consciente de la escasez en cuestión económica”.

Sobre esta enunciación de un cambio en forma de movilidad social descendente en la familia, y la manera en que se ubican discursivamente respecto a él, volveremos más adelante.

Otra de las variantes de celebración que estuvieron discutiendo en la familia fue el viaje a Europa. En nuestro segundo encuentro conversamos bastante sobre eso. Después que me cuenta que está esperando por el dinero y el permiso de sus padres, para ver si va o no va, le pregunto:

Yo: Y entonces, ¿ya no quieres hacer fiesta, o qué?

Carla: Es que... todo iba bien; pero hasta que me dice Ariadna como que me entró la cosquillita, ¿no? Y dije: no, pues estaría superpadrísimo, imagínate... yo sí, yo sí quiero ir.

Yo: ¿Y qué piensas hacer allá si te vas?

Carla: Ir a conocer todos los lugares de ahí. O sea, a los museos, a los importantes lugares de ahí, conocer... estar ahí, con ella, vagando (se ríe). Yo sí me quiero ir porque, no sé, siento que va a ser una experiencia muy padre. Qué mejor que irte al otro lado del mundo, literal!! Pero no sé todavía qué decidirán, ojalá sea pronto.

Más adelante, regresa sobre el tema: “yo sí quiero ir con Ariadna (se ríe). Y todos me han dicho: «yo que tú sí me iba»; mis amigos: «No, qué padre, si yo pudiera me iría», mi familia también me ha dicho: «vas a disfrutar mucho, ahora que estás joven» y todo eso. Pero todavía no sé, no me dicen nada (se ríe).”

Es muy curioso como la misma construcción de “la cosquillita” con la que se refería a la fiesta aparece ahora en relación con el viaje. Al parecer “la cosquillita” representa para Carla la conexión de los discursos del hecho social y la etapa en la vida; o sea, el espacio discursivo del reconocimiento y la aprobación social como individuo. Que sus amigos y familiares le refuercen positivamente cualquiera de las dos formas de celebrar, es lo que le produce “la cosquillita”.

En cuanto sale el asunto del viaje a Europa en la conversación con Mariana, sin embargo, esta deja bien clara su postura al respecto:

“Tus 15 años, se te festejen o no se te festejen, tienes que estar con tus papás. No tienes que estar fuera. Eso se festeja, aunque sea un pastel aquí los cuatro, pero con tus padres. Los 15 años no tienes por qué estar lejos de los papás. Eso sí está claro”. Dirigiéndose a mí, reafirma lo que acaba de decir: “Sola no se va a un viaje tan largo; mi autorización no la tiene. (...) Puede ir después. Sus quince años y ese preparativo de 15... o sea, preparativo a lo mejor no social; pero el tiempo de los 15, aquí con sus papás.”

Más adelante intenta explicarme un poco más su punto de vista:

“Yo digo que no. Y no es capricho, no es egoísmo, no es nada de eso. Yo le tengo una buena razón, que es que ese tiempo es para compartirlo con nosotros. Esa es la razón mía... Que a lo mejor ella está en la época que los padres «mmm... prefiero a mi hermanita porque es más buena onda, más cotorróna, la paso mejor con ella, no que aquí... pero ustedes me andan mandando para todo...», o sea, es lógico que jale, porque tiene más confort del otro lado. Es la brecha generacional que hay ahorita; pero pues así es eso. Ella todavía es una menor de edad y todavía tiene que estar bajo las reglas y bajo el techo de sus padres... Lo importante es que haga lo que haga va a ser un día especial. Yo pienso que uno no debe basar la felicidad en un evento social. No puedes ser feliz o infeliz por un evento social. Y a Europa que se vaya después.”

Todos los repertorios de Mariana con respecto al viaje coinciden entonces en la negación del mismo. Esta vez no hay ningún conflicto. El discurso sobre la etapa de la vida de Carla es condensado en el significante “menor de edad”, mediante el cual, la construcción discursiva de “los 15 años como evento social” se subordina a la construcción discursiva de “el tiempo de los 15 años”, donde el vínculo social más importante es el de “estar bajo las reglas y el techo de sus papás”.

Sobre esta construcción discursiva de Carla como menor de edad regresaré enseguida, pero antes quiero referirme a la forma en que el padre se posiciona ante la fiesta. Cuando le pregunto a Roberto qué piensa al respecto, me responde:

“Diferente. A mí me gustaría que ella conociera el mundo. Que viera cómo es la gente en otros lugares, que forme conceptos propios, que no le platiquen, sino que lo vea por ella misma. Porque en esa edad todo es muy importante; todo lo que tú percibes se te queda grabado para tu futuro. Y en un momento dado, dices: esto ya lo viví, ya lo he visto. No es por ser presuntuosos, porque le pregunten: «Ah, ¿qué hiciste por tus 15 años? » «Fui a Europa», no, no es eso; sino que ahorita, con tanta información que hay, sería muy importante para ella conocer, ver qué hay... me parece bonito, es interesante para ella poder viajar y ver todas las cosas que hay fuera de tu país, de tu ciudad. Eso te forma un concepto más amplio de la vida y eso te estimula para ya en lo adelante quererlo hacer ya por tus propios medios. Yo difiero mucho en ese sentido”.

Aquí hay una apelación al discurso de la etapa de la vida muy diferente a la que hace Mariana. En lugar de enunciar a Carla como una menor de edad, que debe estar “bajo el techo de los padres”, Roberto construye esta etapa proyectada hacia el futuro, hacia el mundo exterior; como un momento ideal para tener nuevas experiencias y formarse conceptos propios.

Aquí también hay una construcción diferente de lo que implica esta práctica en términos de hecho social, pues toma como referente la experiencia de un compañero suyo que ya mandó a su hija a uno de esos viajes, y a él le gustaría imitarlo; con lo cual, a través del viaje estaría construyendo también la pertenencia de la familia a cierto grupo social: “Les dan un tour muy bonito por varias ciudades. Las llevan a España, Alemania, Inglaterra...; y sale relativamente... no barato, pero no muy caro, porque se van en grupo”. Refiriéndose a la hija de su amigo, dice que “volvió encantada la niña”; que hasta donde le

ha platicado ese amigo, “las cuidan bien, a las niñas les hacen ahí una fiesta, con chambelanes”. Esto indica un posicionamiento por parte de Roberto como proveedor económico, que es también una forma de construir el género, donde el “poder pagar” se asocia a la masculinidad. Esta construcción del rol de proveedor atravesada por las relaciones de género en la familia será tratada más adelante.

La posición de Roberto ante el viaje es obstaculizada no sólo por la posición de su esposa, sino también por la falta de presupuesto. Reconoce que ahorita no tiene dinero para mandarla, pero que quisiera hacerlo en otro momento. “Pues que se vaya cuando tenga 16 ó 17. Pero sus 15, aquí”, sentencia Mariana.

¿Cómo se resuelve este conflicto? Desde mi punto de vista, lo que sucede en esta familia es algo muy parecido a lo que Laclau y Mouffe (1987) denominan “intervención hegemónica”, la cual tiene lugar cuando un solo discurso logra dominar, mediante el ejercicio del poder, en un campo donde anteriormente había varios discursos en pugna. Aquí Mariana ejerce su poder de madre, para imponer su decisión ante el conflicto del viaje: “Ahora, sola no se va a un viaje tan largo; mi autorización no la tiene. (...) Puede ir después. Sus quince años y ese preparativo de 15... o sea, preparativo a lo mejor no social; pero el tiempo de los 15, aquí con sus papás.”. Según Mariana, aunque Roberto está en contra, es ella quien decide:

Yo: ¿Y el papá qué piensa de eso?

Mariana: Él sí la quiere mandar, pero yo no.

Yo: ¿Entonces están en la discusión?

Mariana: No. No hay discusión alguna. Si no firmo yo no sale del país. Sí, así es. Porque debe de estar con nosotros en ese tiempo de su natalicio. Acuérdate de que aquí en México, en la república mexicana es el matriarcado...

Esta intervención de Mariana desde su poder de madre remite a los actos de habla performativos de los que hablaba Butler (1993; 2002). Cuando Mariana dice, por ejemplo: “mi autorización no la tiene” o “yo digo que no”, está realizando las acciones de negarle la autorización a Carla y decir que no respectivamente. De esta forma la construye como una

“menor de edad”, que todavía “debe estar bajo las reglas y bajo el techo de sus padres” en lugar de “viajar y ver todas las cosas que hay fuera de su país y de su ciudad” para “formarse un concepto más amplio de la vida”, como quisiera su papá. En este caso, las oraciones pronunciadas por la madre están realizando una acción y además le confieren un poder vinculante a la acción realizada, aunque en este caso el vínculo no sea otro que mantener a Carla en el mismo sistema de relaciones sociales en que se encontraba.

Según Butler (2002: 316-317), cuando hay un “yo” que pronuncia o habla, y de esa forma produce un efecto discursivo, primero hay un discurso que precede y habilita a ese “yo”, y forma en el lenguaje la trayectoria restrictiva de su voluntad. En este caso, tenemos los discursos de los 15 años como momento de transición y como hecho social, que interpelan a los padres para que permitan y propicien cambios en la posición social de las adolescentes; pero aquí la madre, como figura de poder, en lugar de instaurar algo nuevo, lo que hace es reafirmar prácticamente la misma posición de dependencia que había en la infancia de Carla.

Ese poder de conferir –o no conferir- de la madre, reside también, según Butler (1993; 2002), en la cita a una ley que precede y da sentido a su acción performativa; en la invocación de una convención. Ello es explícito en su discurso cuando dice que aunque el padre no esté de acuerdo, no hay discusión, porque es ella quien tiene la potestad legal para autorizar o no la salida de su hija del país. El “yo” de Mariana (“yo digo que no”) produce un efecto discursivo, porque primero hay un discurso sobre las funciones de la madre en la familia, que precede y habilita a ese “yo” para realizar ese tipo de enunciaciones performativas. Ese discurso va más allá de los repertorios interpretativos de los 15 años, y es enunciado por Mariana como “matriarcado”:

“Aquí es matriarcado. Aparentemente aquí hay muchos machos y los machos son los que mandan, y el hombre con el yugo sobre la mujer, y la mujer sumisa, y yo obedezco a mi esposo... aparentemente. (...) Aquí las abuelitas, las bisabuelitas, las mamás son las que mantienen unidas a las familias. Inclusive un hombre macho que ofende, que humilla a su mujer, respeta a su madre y a su abuela. Eso para ellos es intocable: mi madrecita y mi abuelita. Pero lo que es el resto de las mujeres, no vale nada. Así es el pensamiento del macho mexicano. Pero aquí quien manda son las mujeres.”

Este discurso del patriarcado está mostrando una representación sobre las relaciones de género, donde la dominación masculina es colocada fuera del espacio familiar: en la familia, el hombre respeta a la mujer, aunque el resto de las mujeres “no vale nada”. Esto es enunciado por Mariana como una regularidad cultural que atraviesa el orden de género en la sociedad mexicana, en el marco de la cual ella explica y justifica su poder de decisión con respecto a la celebración de los 15 años de Carla, pues está avalada legalmente para hacerlo. El “patriarcado” es mencionado también, como vimos, en la familia de Ingrid, lo cual indica que no es una construcción individual de Mariana.

Una idea similar a ésta manejan Dolores Ponce y sus colaboradores (1991: 15) cuando al caracterizar la familia mexicana dicen que tiene “demasiada madre”. Aunque estos autores no se detienen a explicar a qué se refieren con ese concepto, considero que su idea podría estar relacionada con los planteamientos de Elisabeth Badinter (1981) sobre la emergencia del amor materno como discurso en la ilustración. Según Badinter, la función de madre era una fuente de orgullo y autoridad, sobre todo para las mujeres de clase media, quienes podían imponerse cada vez más al marido en el hogar y tener en muchas ocasiones la última palabra en detrimento del padre. Sería interesante entonces, investigar más a fondo las construcciones discursivas acerca de las funciones paterna y materna, y su relación con el género en las familias mexicanas.

Después de decidir que Carla no viajaría a Europa, y saber finalmente cuánto dinero tenían disponible para los 15 años de Carla, Roberto y Mariana le dieron varias opciones para que ella eligiera qué quería hacer. Según Mariana me cuenta:

“Ya finalmente para el cumpleaños de Carla tenemos varias opciones, le dijimos a Carla: rentamos una carpa para tu cumpleaños, invitas a tus amigos, unas pizzas, un DJ, te la pasas cotorreando sin que interfiera nadie, o nos vamos a Cuernavaca el fin de semana, te la pasas nadando, te llevas dos amigas que invites; a ver a quién le permiten irse el fin de semana con nosotros, porque no está fácil: yo no lo haría con Carla. Entonces ver quién puede, quién no...; o nos vamos a aceptar la invitación de una amiga que acaba de salir de aquí a Querétaro y que nos ofrecen estar allá y llevarla a pasear a varios lados. Le dijimos a Carla: escoge. Y ella decidió ir a Querétaro y a Guanajuato, a varias partes de la zona, cerquita; entonces nos vamos a pasar todo el fin de semana que cae su cumpleaños allá, probablemente en casa de la amiga le compramos el pastel.”

Con esta variante de celebración, logran conciliarse bastante los diferentes intereses planteados discursivamente: hacen un viaje, que aunque no es internacional, tiene algunas implicaciones para la familia, como práctica propia de un habitus de clase media que les permite separarse de la tradición; pasan todos juntos “el tiempo de los 15 años”, y también socializan más allá de los marcos de la familia, al compartir la celebración con sus amigos de Querétaro. La cuestión de la presión social, sin embargo, no se resuelve con esta variante, pues según Mariana, “ya empiezan algunas partes de que «ay no vamos a estar en su cumpleaños ni siquiera para el pastel, ay, entonces ya no la vimos, ya no la vamos a poder felicitar», o sea, muchos reclamos de que no se comparta el cumpleaños de todos ellos. Pero ni hablar...” Y, con esta aseveración, queda claro que nuevamente es ella quien decide “hegemónicamente”.

Al regresar ellos del viaje voy a visitarlos para que me cuenten como había sido, y mientras sus padres salen del departamento, avisando que regresarían enseguida, Carla me dice que la pasó súper y me hace la historia de todo lo que sucedió. Me cuenta sus impresiones de las dos ciudades que visitó, diciendo que le gustó más Querétaro que Guanajuato, que en la primera ciudad pasearon por lugares relacionados con la independencia de México y en la segunda visitó el monumento al Pípila, las minas, el museo de las momias y el callejón del beso; que al día siguiente fueron a Bernal y que al regresar a Querétaro los chicos la llevaron a la casa de Claudia Mijangos, una señora que mató a sus tres hijos y todavía vive internada en un sanatorio.

Después de todo este análisis, resulta un poco más fácil entender los diferentes términos con que Carla, Mariana y Roberto enunciaban la interpelación ante el discurso de los 15 años; pues vemos que dichos términos están estrechamente relacionados con las posiciones de sujeto que cada uno de ellos ocupa ante la celebración, y también en las relaciones familiares:

Roberto por lo general se sitúa discursivamente como proveedor, del cual depende el financiamiento de los 15 años de Carla; de ahí que se sienta interpelado desde el “compromiso” de conseguir el dinero necesario para que la celebración se produzca.

Mariana, por su parte, es la “matriarca”, la que tiene en última instancia el poder de decisión; y esto se asocia con su posicionamiento discursivo desde “la presión social”. Las relaciones de género que se construyen en este matrimonio entre un padre proveedor y una matriarca ama de casa económicamente independiente, ayudan a complejizar la mirada sobre cómo se puede construir discursivamente la división sexual del trabajo, evocando estratégicamente representaciones alternativas a la de la familia patriarcal. Con respecto a esto, Mariana separa muy claramente la dependencia económica de la autonomía personal: “...o no me pinto el pelo porque mi esposo no me deja... ¡¿No te deja?! ¿Cómo? ¿Cómo para qué le pides permiso de pintarte el pelo? Aunque dependas al 100% económicamente de una pareja, una cosa es que dependas económicamente al 100% y otra cosa es que tú como persona individual no puedas tomar tus decisiones.”

La posición de sujeto de Carla es precisamente lo que está en disputa en medio de todo este proceso. Es interpelada, tanto ella como sus padres, desde un discurso sobre los 15 años como momento de transición en la vida; transición ésta que es asociada a un modelo típico de celebración, pero que también es construida discursivamente como hecho social y como práctica de consumo. La familia tiene entonces que manejar estos discursos para “hacer la transición”, con lo cual se ponen en juego procesos de subjetivización relacionados con la feminidad, la clase y la edad, que van más allá del momento de los 15 años.

Carla es construida, sobre todo por su madre, como una “menor de edad”, lo cual implica no tener poder de decisión y mantenerse bajo el control de los padres. Desde esta postura de no decisión, ella construye su satisfacción asociada a la aceptación y la conformidad con lo que los padres decidan. Esto se relaciona con la interpelación desde “la cosquillita”, que indica una ilusión efímera y contingente, que puede desplegarse ante cualquier forma de celebrar que los demás (familia y amigos) le propongan.

Al enunciar a Carla como menor de edad, la transición es postergada, y la entrada al discurso de la heterofeminidad, de cierta forma también es diferida. Un ejemplo en el que

esto se pone de manifiesto es la siguiente enunciación donde la propia Carla se ubica discursivamente ante las relaciones de noviazgo:

“No es de que haya tenido, sino de que “ay, ese chavo está bonito”, o me gusta; pero novio, novio ya en sí, no. No sé, como que ahorita no me interesa tanto eso. El novio cuando llegue llegará, y si no, pues no, y... No estoy: “no tengo novio, ay, ya voy a tener novio”... No, a mí me gusta, ya sabes, salir con las amigas y estar así, en la fiesta y todo. Ahorita no lo veo como algo importante, ni que lo necesite. O sea, sí hay compañeros de la escuela que los veo y digo: me atrae, me atrae; pero no así para ya... “no ya, quiero que andemos, ya, ahorita”, son cosas que pasan, pero ya más adelante llegará”

Aquí Carla está haciendo uso de una estructura discursiva que según Nikander (2009), es empleada típicamente por las personas para manejar los cambios en el curso de la vida. Se trata de un patrón a través del cual los hablantes reconocen ciertos cambios como una norma y un hecho común de la vida, pero al mismo tiempo se sitúan a sí mismos temporalmente fuera de ese cambio. Esto se logra mediante una contraposición entre el “ahorita” y el “algún día”. Carla sabe que el novio “algún día llegará”, pero “ahorita no le interesa ni lo necesita”. De ese modo, se mantiene fuera del universo cultural heterofemenino donde se establecen las relaciones de noviazgo. Tanto Mariana como Roberto se refieren de un modo similar al acceso de Carla a las relaciones de pareja: “... sí le ha planteado mucho eso, ¿no? «Mira, Carla, no es la edad todavía. Ya tendrás tiempo, edad, ahorita estás en el proceso de la escuela»... Yo les digo a los novios quitatiempo. Ahorita no es momento para un quitatiempo. Porque te distrae tanto en tus actividades escolares como de casa. Entonces ya llegará el tiempo en que pueda ser eso, pero ahorita sí somos muy tajantes”, dice éste último.

Después de todas estas reflexiones, hemos visto entonces cómo se construye en esta familia la celebración de 15 años como una acción vinculante, que refuerza el control dentro de una estructura familiar rígida y jerárquica, donde no se desafían las relaciones de poder, y se construye una forma de adolescencia femenina al margen (al menos temporalmente) del universo simbólico de la heterofeminidad; con lo cual se resiste de alguna manera la norma de facilitar a través de esta celebración ese tipo de transición subjetiva. La celebración de los 15 años es usada también por la familia para resistirse

simbólicamente a procesos de movilidad social descendente, desplegando prácticas discursivas que les permiten mantener un habitus de clase media.

5.2.- La transición reinventada

Desde mi punto de vista, la familia de Yadira es, de las tres, la que más cómodamente maneja los repertorios discursivos de los 15 años, y la que sus miembros asumen posiciones de sujetos menos conflictivas. Los criterios de pertenencia a categorías de edad, género y clase social son asumidos de manera bastante flexible y sujetos también a negociación y deconstrucción.

Desde la primera entrevista, Yadira se mantiene todo el tiempo en la idea de que quiere hacer una fiesta temática de circo, la cual es elaborada a partir de la combinación de elementos provenientes de distintos referentes que ella selecciona activamente y los acomoda a sus preferencias individuales. Esto se asemeja bastante a los mecanismos de bricolaje y homología, mediante los cuales se construían los estilos típicos de las subculturas juveniles y las tribus urbanas (Feixa, 1999; Benett; 1999). La celebración de 15 años de Yadira es enunciada, de hecho, desde discursos que remiten constantemente a lo juvenil, aprovechando bastante las posibilidades del repertorio discursivo de los 15 años como práctica de consumo, y como etapa de la vida.

Como veíamos en el capítulo anterior, Yadira se inspira en las propuestas estéticas de dos programas televisivos y en las fiestas de sus amigas, para cambiar la opción de hacer un viaje por la de hacer una fiesta. Al tomar como referente positivo un producto mediático, vemos en este caso un proceso parecido al que describía Nieto en los sectores populares de la ciudad de México, que reproducían en sus fiestas el formato de las ceremonias transmitidas por el cine y la televisión. En el caso de las fiestas, sin embargo, vemos que son construidas como un referente ambivalente: “está padre, pero es muy empalagoso para mí”. Al referirse a otras fiestas de 15 años, Yadira dice que es mucho para su estilo, y al imaginar su propia celebración, asegura que ésta tendrá que ver con su “forma de ser”:

“a mi estilo, pues... porque por ejemplo, no quiero nada de vals, ni de... ¡a lo mejor bailar sí, eso todavía lo sigo pensando! Y que no haya menú ni nada así, sino puros bocadillos: una

tostada con atún, una torta, unos tacos. Yo tengo planeado así como que sea una fiesta de circo, y que vayan disfrazados de circo. Porque en todas las fiestas de 15 van así vestidos con el tacón, mis amigas llevan taconsísimos, que digo: «vas a bailar, o sea, no vas a un desfile de modas» O sea, yo soy enemiga de los tacones porque no me gustan, y entonces pues así, sin vestidos ni nada, nada más con un disfraz o algo así.”

Esta utilización estratégica de la fiesta de 15 años para la construcción de un estilo propio, es enunciada verbalmente a través de la construcción “está padre, pero...”, donde el “pero” indica que al ubicarse en algún discurso, no lo acepta tal y como ya viene construido. Yadira no le pone nombre a su estilo, pero muestra que éste no incluye vals, ni menú, ni tacones, ni vestido, sino disfraces y bocaditos. La posibilidad de bailar permanece aún abierta en ese momento. Con ello, está rechazando el uso de ciertos símbolos de las fiestas típicas de 15 años asociados a la heterofeminidad, como los tacones y los vestidos; y sustituyéndolos por otros símbolos como los disfraces, con lo cual está ensayando una manera distinta de representar su feminidad adolescente.

Es interesante como Yadira rechaza selectivamente algunos elementos de la fiesta típica y conserva otros. Con respecto a esto, Alfredo me explica: “las chavitas que no quieren fiesta, dicen: «¡ay, no, qué pena ser el centro de atracción en donde todos me están mirando!» Entonces a eso se refería ella con ser empalagosos, que la gente está ahí: «Ay, qué bonita, ay, que no sé qué...»”.

Según Alfredo, Yadira rechaza ser el centro de atención y tener el protagonismo de la fiesta; pero su decisión de bailar delante de todos los invitados no indica eso. Si Yadira no hubiese querido ser centro de atención, no hubiese hecho una fiesta “especial” de 15 años, o al menos no hubiese bailado una coreografía. Mi interpretación es que lo que ella está rechazando es la formalidad y el carácter ceremonial de las celebraciones de 15 años, y con ello, la presión social de tener que comportarse ese día según las expectativas preestablecidas y generalizadas que tienen los invitados respecto a una quinceañera. Ella quiere tener el control de su fiesta, al menos lo suficiente para sentirse cómoda y libre, y por eso, reacomoda el repertorio discursivo de los 15 años como hecho social, eligiendo una forma de celebrar en la que pueda ser centro y protagonista, sin tener que adaptar su comportamiento a un guión preescrito.

Esta centralidad del yo, y esta enunciación del estilo propio como un discurso recurrente en Yadira, aparecen también en las narrativas de Diana, asociadas al proceso de toma de decisiones sobre la celebración. Ya en la última entrevista, tres días antes de la celebración, me dice Diana al respecto: “Entonces le dije a Alfredo: «según Yadira, no quería una fiesta»; o sea, la armó como ella la imaginó desde un principio, pero nunca lo dijo. O sea, fue un plan como macabro, que nos fue llevando a hacer algo que pensábamos que no iba a ser; y al final sí lo va a hacer.”

El anterior enunciado de Diana sugiere que, si bien le dieron desde el principio la posibilidad de decidir a Yadira lo que quería hacer, había cierta resistencia por parte de ellos a organizar una fiesta, ante lo cual Yadira tuvo que utilizar estrategias muy sutiles de persuasión. Esto es abordado más claramente por Diana en otros momentos de la entrevista, cuando asocia su resistencia a los gastos que implica hacer una fiesta. La solución que aparece en la narración de Diana ante este conflicto entre no gastar mucho y hacer una fiesta al estilo de Yadira, que ya se va perfilando como algo más complejo que una simple reunión de adolescentes, es recurrir a las redes de amigos, que en este caso funcionan como capital social que se activa para acceder a ciertos servicios sin invertir mucho económicamente:

“...entonces, como la mamá de mi amigo se dedica a organizar fiestas y eso... entonces le dijimos, y me dice: «pues deja le pregunto al muchacho éste, pero le voy a decir que es mi sobrina, para que nos haga un súper descuento». Entonces no nos vamos a gastar más de diez mil pesos en la fiesta. Pero como Yadira sabe que al final vamos a terminar gastando algo que no queríamos, me dice: «es que... quiero un vestido, pero me lo voy a hacer yo»; y yo: «Anjá, Yadira: a ver, ¿cuál te vas a hacer?». Y ya lo veo y le digo: «Ajá, no manches. Eso ni tú ni yo lo vamos a hacer». Y me mira y me dice: «es que si no va a salir muy caro». Y yo así: «¿quién hace vestidos, quién hace vestidos?». Entonces le hablé a la mamá de otro amigo que me acordé que es maestra de costura, y sí, la señora se movió y me consiguió ya el vestido en dos días, creo, tres días lo están haciendo. Todavía no nos lo entregan, pero ya está casi el vestido, ya lo fuimos a ver. Pero pues obviamente es muy barato, porque sus alumnas lo están haciendo.”

Aquí vemos una construcción discursiva de las redes sociales, muy diferente a la del caso anterior, donde la posición de anfitriones era construida tan rígidamente que les impedía buscar mecanismos de apoyo. En este caso, no hay ningún sentido de vergüenza ni de fracaso asociado a la activación de estas redes; sino que este acto se enuncia como parte

del propio proceso de deconstrucción de las formalidades usado estratégicamente por Yadira y apoyado por Diana y Alfredo, para reinventar la fiesta de 15 años: Diana presenta las redes familiares y sociales que se articulan alrededor de los 15 años de Yadira, dotadas de un sentido de identificación alrededor de nociones como la “locura” y la “diversión”:

“Yadira, loca; nosotros, que le seguimos la corriente, pues todavía somos sus papás; nuestros amigos, pues porque son nuestros amigos y nos siguen la corriente, y por eso también se van a disfrazar los pocos que irán»; pero lo peor de todo es que dos mamás de amigos: una de ellas nos va a hacer el vestido, porque es costurera; y la otra es la que nos organizó la fiesta, y haz de cuenta que cuando le dijimos que iba a ser de circo la fiesta, nos dijo: «les consigo un camello» (nos reímos los tres). «No, señora, gracias» Y ella, que si hacemos una carpa, y que no sé qué; y le digo, «nosotros locos, nuestros amigos que nos siguen la corriente, y las mamás de nuestros amigos que también nos siguen la corriente, ¿adónde vamos a llegar?» Pero la verdad es que yo me divierto mucho... o sea, yo con Yadira me divierto, con sus ideas y todo...”

Esta combinación de diversión y locura vuelve a reforzar la idea que ha sido recurrente en todo el análisis, de cómo la identidad familiar, y la subjetividad de Yadira se construyen sobre la base de posiciones, compartidas por el grupo social, que valoran lo alternativo, lo que se sale de lo común, la informalidad, la libertad, la autodeterminación y la individualización. Esto también se refleja en la posibilidad que tiene la propia Yadira de activar su capital cultural personal, para construir ella misma, sin recurrir a nadie más, uno de los elementos más importantes de su fiesta: el montaje de la coreografía. Esto también aparece, con cierto tono de orgullo, en la narrativa de Diana:

“Pues ahora me dice: «oye, ¿y si bailo?», y yo: «pues si quieres»; y me dice: «pero yo me voy a poner mi coreografía, porque no vamos a encontrar...» y yo: «bueno, nadie va a querer ponerte un baile en dos días, o sea, no». «¿pero sí puedo bailar?», y yo: «pues es tu fiesta, si te quieres parar de manos, párate de manos, si quieres hacer marometas, haz marometas, es tu fiesta». Entonces ya se puso sus coreografías para bailar en los 15 años (se ríe). Pero ella lo hizo (...) ya la verás. Además, todas las noches nos chutamos el show. Entonces, yo estoy viendo la tele o así, y Yadira me pasa enfrente de mí así, bailando, y se da la vuelta, y si le digo que no me deja ver la tele: «¡ay, estoy ensayando!»” (se ríen)

Para Yadira, la fiesta que quiere hacer, constituye también un dispositivo social que le permitirá reforzar un espacio de pertenencia e identificación con sus amigos coetáneos. Con respecto a esto, establece una diferencia muy clara entre sus amigos de la secundaria y los de la prepa, con los cuales comparte además, una relación con el arte:

“yo voy en una escuela de arte, y ahí los chavos son superalivianados, o sea... por ejemplo, en la secundaria decía: «no, es que a lo mejor hago una fiesta temática» y a ellos no les gusta hacer como «el ridículo» disfrazándose en una fiesta. Y ahora los amigos que he hecho les digo «voy a hacer una fiesta así como de circo» «Ah, qué padre, de qué puedo ir...». O sea, es muy diferente a cuando yo iba en la secundaria, y eso te hace sentir así de «ah, qué padre que les gusta la idea»”

Más adelante recrea con otras palabras la misma situación:

“...mis amigos me dicen: «¿vas a hacer fiesta?» Y yo: «sí, va a ser de circo, ¿eh?, no va a ser vals ni nada, va a ser de circo» «¡Ah, qué padre!», o sea, ellos hasta me dicen «¿Puedo ser no se qué, un payaso?» Y yo así de «¡órale!» O sea, pero por ejemplo, a mis amigos de la secundaria les digo: «va a ser de circo», y me dicen: «¿De circo? ¿Me tengo que disfrazar?» Y yo: «Sí. No creas que vas a llegar con tu vestido, eh, porque te saco, te lo juro.»”

Esta separación entre los dos grupos de amigos se hizo muy obvia en la propia fiesta, descrita en el capítulo 3, donde los chicos de la secundaria finalmente no se disfrazaron ni interactuaron con el resto de los asistentes. Aquí vemos como en las estrategias de distinción que se establecen entre los adolescentes, a veces no es tan relevante la clase social, como los estilos relacionados con preferencias culturales específicas, fenómeno éste que se encuentra en la base de la emergencia de diferentes culturas juveniles urbanas que comparten un mismo background socioeconómico (Benett, 1999).

Retomemos ahora algunas consideraciones sobre la forma en que se negocian en esta familia las posiciones de sujeto en relación con los 15 años. Lo primero en este sentido es destacar que Yadira se posiciona como un sujeto autónomo, que toma decisiones y construye activamente su estilo. Esto se relaciona con la forma en que enuncia su interpelación, desde el rechazo hacia algunos elementos de las fiestas y la preferencia por otros. Las posiciones de sujeto de Diana y Alfredo son más bien de facilitadores en ambos casos, de acompañantes de las decisiones que la propia Yadira tome.

En los procesos de asumir estas posiciones, tiene un peso fundamental, a mi modo de ver, el repertorio discursivo de los 15 años como hecho social, donde se desafían las restricciones impuestas por un patrón tradicional, sin deslegitimar ni desechar la fiesta como práctica cultural. En lugar de eso, la fiesta es aprovechada y reinventada por Yadira, Diana y Alfredo, como dispositivo de exhibición, reafirmación y construcción de un tipo de subjetividad que se vincula a las nociones de estilo propio y toma de decisiones. En este

sentido, al ser claramente rechazado un tipo de celebración asociado a la formalidad, la tradición, la ceremonia y la despersonalización; y asumido otro tipo asociado a la recreación de un estilo propio y la satisfacción de preferencias individuales, socialmente construidas, la celebración de 15 años se configura para ellos como un campo simbólico muy particular de actuación del género, la edad y la clase social.

La actuación del género tiene que ver con lo que comentaba más arriba, acerca de la reorganización de símbolos y prácticas de las fiestas típicas relacionados con la feminidad. Yadira cambia el vestido de 15 años por un traje típico ruso, y los códigos de elegancia para los asistentes, por disfraces de circo. No obstante, esta nueva indumentaria también ofrece recursos para actuar los cuerpos según las normas de género, o para flexibilizarlas: Muchas de las mujeres nos vestimos de domadoras, y bromeábamos en la fiesta acerca del significado sexual atribuido a ese disfraz. Entre los hombres había uno vestido de mago y otro de presentador, con trajes que acentuaban rasgos de virilidad. La propia Yadira estaba maquillada y llevaba pestañas postizas; y Diana, vestida de payasa, hubo un momento de la fiesta en que se metió dos globos debajo del pantalón, imitando un gran trasero, y también se hicieron muchas bromas alrededor de eso. Por otro lado, había varios payasos y payasas de ambos sexos y de varias edades que aprovechaban el disfraz para proyectar un cuerpo andrógino.

El hecho mismo de que Yadira bailase una coreografía, siendo estudiante de danza, es un acto generizado, que tiene que ver, según señala McRobbie (1984) con la construcción de la danza como un espacio de fantasía y expresión corporal que permite a muchas niñas estilizar sus cuerpos, pero también proyectar aspiraciones y deseos en torno a una carrera artística como vía de realización personal y social. En este caso es importante señalar que el baile de Yadira no fue percibido como un símbolo de erotismo. La comparación que hizo su amiga con una “muñequita de porcelana” es muy ilustrativa en este sentido, pues el símbolo de la muñequita remite a la infancia, a la inocencia, y no a la sexualidad. También es importante señalar que la danza –y el arte en general- es un espacio discursivo importante desde el cual ella se enuncia como sujeto, a lo cual me referiré más adelante.

La edad, por su parte, se construyó en la fiesta a través de las prácticas de socialización juvenil, y de las interacciones intergeneracionales, donde la pertenencia a categorías etáreas de algún modo fue desafiada o al menos relativizada, al no marcarse diferencias evidentes en la manera de comportarse, de divertirse, de estar ahí.

La clase social aquí no se asocia al carácter privado ni estrictamente autofinanciado de la fiesta, aunque tampoco se generan exactamente vínculos de compadrazgos. Más bien se utilizan las redes sociales como recursos para posibilitar la realización de una actividad social, que vincule a la familia con su grupo más amplio de identificación, y se actualicen los códigos de clase –relacionados sobre todo con la escolaridad y el habitus asociado a ésta- a partir de los cuales se construye la pertenencia a dicho grupo, y se refuerzan los lazos sociales.

La construcción discursiva de Yadira como sujeto autónomo es enunciada también por parte de sus padres en conversaciones que no se centran en las celebraciones de 15 años. Al respecto Alfredo señala:

“Yadira sabe decidir muy bien, cosa que yo no hacía a esa edad. Hoy por hoy Yadira dice: «no quiero», y creo que esta libertad que le hemos dado es para decirle: «tú en la casa eres una más, o sea, no porque eres la más pequeña, no tienes derecho a decidir». Y hoy por hoy, decide muy bien y defiende su punto de vista. Cuando dice no quiero, creo que nosotros hemos sido muy respetuosos del no quiero.”

Este testimonio recuerda bastante al “yo habilitado por el discurso para ejercer su voluntad”, del cual habla Butler (1993): Alfredo y Diana, al respetar el “no quiero”, están dotando a Yadira de una capacidad de realizar enunciaciones performativas, construyendo realidades al nombrarlas. Cuando ella dice que no quiere algo, está realizando socialmente la situación en la que se niega, y esa situación es respetada y legitimada discursivamente por sus padres. Diana reafirma esto cuando dice: “Yo siempre le he dicho: «mira, yo me dejé influenciar mucho por personas; ¿por qué?, porque nunca me enseñaron a decidir ni a decir que no, ni nada. Entonces, tú sí sabes decir que no, y sabes decir quién te cae bien y quien no; entonces, tú no tengas miedo» (...) esa ha sido la cosa más importante que le hemos enseñado a Yadira, o sea, que pueda tomar sus decisiones.”

Aquí se pone de manifiesto una construcción discursiva sobre las relaciones de poder en la familia, donde éstas se presentan como equitativas y uniformemente distribuidas. Según Alfredo, una de las estrategias que usa Yadira para ejercer su poder sobre ellos es la manipulación: "...siempre ha tenido tres personas o más a su servicio, sabe manipular muy bien, y nos ha tomado la medida a todos. Entonces como es la única y es la más pequeña, sabe perfectamente con quién sí y con quién no. Entonces más o menos la tía y yo estamos en la parte de «va a venir tu mamá, y cuando baja tu mamá es ruda», y no quiere, no quiere, entonces ya baja Diana y ya se hace.”

Aquí se muestra cómo Diana es construida como la principal figura de autoridad para Yadira. Alfredo define su relación con ella en términos de complicidad y compañerismo, y hasta de cierta subordinación, porque es Yadira quien le permite a él tener un espacio en su vida: "...yo no soy normalmente el que lleva el mando fuerte con ella; entonces, a mí ya me tomó la medida, y... en algunas cosas a veces la hago enojar de más; pero como en un sentido de compañerismo y a veces hasta cómplice. Pero sé que confía en mi persona y tan es así, que me ha permitido estar ahí.”

Las cuestiones de la transición a la adolescencia y la entrada a la heterofeminidad se construyen discursivamente cuando hablamos sobre el tema de la sexualidad. Con respecto a esto me dice Yadira:

“...a comparación de otras familias, pues por ejemplo, mi mamá me dice siempre: «cuando tengas novio, pues dinos, o sea, no te vamos a regañar ni nada» Y pues sí, por esa parte yo sí soy muy abierta con mi mamá: «Oye, es que me gusta ese chavo y creo que yo también le gusto», y así. Pero por ejemplo, mi amiga Patry ahorita ya tiene novio, no sé si sus papás sepan, pero la mayoría de mis amigas no quieren que sus papás, sobre todo los papás, porque las regañan, o algo así. Pero este... yo sí me siento como apoyada en ese sentido con mi mamá, porque luego hasta me hace bromas, o sea, es divertido, no tengo pena de contarle lo que me pase.”

Aquí Yadira muestra una relación basada en la comunicación y en la libertad para abordar este tema en la familia, que ella reconoce como poco usual en su entorno, y por eso compara su situación con la de algunas de sus amigas. Diana, en otra ocasión, me comenta también su punto de vista al respecto:

“...haz de cuenta que yo lo vivo desde mi experiencia: yo no sentía la confianza, ni nunca la he sentido ni la sentiré, de yo llegar y platicarle algo a mi mamá o a mis tías sobre un tema así. Pero a mí me hubiera gustado mucho porque además, yo no tenía hermanas, no tenía con quién platicar. Como que esto nunca lo entendieron, ¿no?; entonces, yo, viviendo esa experiencia, pues Yadira no tiene hermanas... tiene primas, y a ellas les platica miles de cosas que a mí no me platica y eso lo sé; pero al menos tiene la confianza de decirme: «oye, fíjate que fulanito de tal me gusta», y yo: «a ver, enséñamelo a ver si está guapo». De pronto pues sí te pones a pensar que van a venir otros momentos de la vida, de sexualidad, de cosas así, pero pues hemos tratado de darle las herramientas necesarias para que pueda tener una relación bien, informada más que nada...”

En este enunciado de Diana se ve cómo al posicionarse ante los cambios en la sexualidad, éstos no se construyen desde la oposición entre el “algún día” y el “ahora”, sino que se ven como parte de un proceso continuo donde lo que está sucediendo se considera la antesala de lo que sucederá más adelante. Esta idea se asemeja a una de las formas de construcción discursiva de la feminidad adolescente descritas por Hauge (2009), a la cual la autora denominó “el cuerpo femenino en progresión”. Resulta interesante también en este caso cómo el discurso de la heterofeminidad no es la única forma en que se aborda la sexualidad en esta familia. Al menos en forma de broma, hay un lugar discursivo para reconocer la existencia de prácticas sexuales alternativas:

“Yo le decía: «¿te gustan los niños?», «¡Ay, no, qué asco!» «Pues que ese asco te dure otros diez años» (nos reímos los tres) Pero ya duró cinco. Ya le dijimos: «ya te duró cinco, otros tres aunque sea». Y ella dice: «ay, no, ya creo que ya no; ya se me está quitando el asco». Entonces, con eso pues yo le decía: «¿te gustan los niños?» «No...», «pues a lo mejor te gustan las niñas, ten una novia»...”

Aquí el uso del humor y el tono de broma también permiten a Alfredo ejercer un control sutil y parcial sobre el acercamiento de Yadira a las cuestiones sexuales, quitándole solemnidad y gravedad al asunto y mantener así su legitimidad como tema a tratar en la familia. Más adelante me dice:

“Ya le dijimos: «cuando tú no te sientas segura, o que tengas un problema que de plano pienses que te van a regañar, no pienses eso. Jamás le hagas caso a esos mitos. Siempre acércate con nosotros si te quieres tatuar, ten la confianza de decirnos para llevarte a un lugar seguro, si te quieres pintar el pelo...». Entonces ya empezó por el pelo. «Igual, si quieres tener relaciones sexuales y no sabes cómo, ahí pregúntale a tu mamá, a mí. Tu dime y le digo a tu novio cómo se pone el condón», y se ríe y se molesta conmigo (nos reímos los tres). Pero pues es eso, a fin de cuentas es decirle: «si haces ya otra cosa, no es por necesidad, no es por la información». Y sí, lo pregunta.”

A pesar de esta apertura en el tratamiento de la sexualidad, Yadira no se presenta discursivamente como una chica sexualmente activa ni con demasiadas curiosidades en relación con el tema:

“No, es que yo no soy de ese tipo de niñas que ahora sí que les anda la hormona loca por los niños, no. Nunca me ha llamado la atención ser así, porque por ejemplo, en la secundaria decían que yo le gustaba a un niño de primero. Y yo así de ah, padre, ¿no?, pero no me llamó la atención. Y, o sea, mis amigas son así de «¿qué crees que le dije?!» y yo así de: «¿qué?», o sea, aburrida. Sí las escucho y todo, pero no me gusta ser como ellas.”

Yadira se posiciona ante la sexualidad desde otro lugar diferente al de las chicas de “la hormona loca”, marcando una distancia respecto a ellas. Cuando le pido que me explique mejor esto, me dice: “Porque siento que sólo se fijan en el físico, y pues yo casi siempre me fijo en cómo es su actitud, porque si es así un chavo acá todo bueno, y que es así bien payaso, entonces, vete, lárgate, ¿no?, porque me caes mal”. A través de este discurso de valorar “la actitud” de los chicos por encima del físico, se está construyendo como sujeto generizado desde un lugar que podría interpretarse como una manifestación más de su posición de sujeto autodeterminado: “La hormona loca” indica descontrol, y Yadira prefiere un acercamiento a la sexualidad a través de un manejo informado y racional de la misma.

Otro discurso a través del cual Yadira se posiciona subjetivamente, es el de la vocación y las aspiraciones profesionales:

“Pues... es que lo que yo quiero estudiar sí está como complicado, bueno, no es imposible, es difícil. Quiero estudiar danzas de carácter, que es como el folclor de los países de Europa: de Rusia, de Hungría, de Ucrania... todo eso. Entonces a mí me gusta mucho la danza de carácter rusa, muchísimo; entonces a mí se me vino la idea... primero quería estudiar folclor mexicano, porque bailo folclor; pero luego vi las danzas de carácter y dije: «yo me quiero dedicar a eso», porque sí me gusta mucho la música, los trajes, así, mucho, mucho, mucho. Entonces, este... investigué, más o menos, y pues sí está un poco difícil porque aquí en México no hay ese tipo de cursos. Entonces lo que yo quiero es ir a estudiar a Rusia. Yo tengo amigos rusos, y amigas; entonces pues de ellos me surgió la idea... y está muy padre. Es que para eso tengo que tener conocimientos en danza clásica, en ballet; entonces, después de la prepa me quedaré aquí, o iré a Canadá o a algún otro sitio a estudiar danza clásica”.

Aquí se ve el repertorio de la danza como espacio de construcción de aspiraciones del que hablaba McRobbie (1984), y de manera más general, de otros discursos sobre la

feminidad adolescente, a los que también se refiere esta misma autora, en los que se enfatiza la autodeterminación y el empoderamiento de las chicas, en lugar de la limitación y la objetualización. Este tipo de discursos estimulan a las mujeres a ser independientes y esforzarse por “la carrera de sus sueños”, involucrándose en la construcción reflexiva de su futuro propio y la toma de decisiones independientes encaminadas al logro de los proyectos individuales, los cuales también están asociados a hábitos de clase media, que son construidos constantemente en las relaciones cotidianas de Yadira, Diana y Alfredo.

5.3.- La transición problemática

En la familia de Ingrid, no hubo una definición tan clara y coherente como en la de Yadira sobre la celebración de los 15 años; pero tampoco hubo conflictos tan acentuados como en la de Carla.

En la primera entrevista, Viviana me comenta respecto a la posición de su hija ante la celebración: “...entonces, ella sí quisiera una fiesta, pero no como lo hacen tradicionalmente con un vestido muy extravagante, con sus damas y con sus chambelanes, ella no es muy partícipe de esa idea. (...) Ella dice «yo sí quiero mi fiesta de quince años, pero con mis amigos, que vengan mis amigos, que yo lo pueda disfrutar, no que tú hagas una fiesta muy grande, muy costosa y que yo a lo mejor me aburra»”.

Y la propia Ingrid confirma lo que dice su mamá: “la gente que invitan sus papás..., no sé si es nada más por compromiso, o por lo que sea, pero yo no conozco ni al primo, amigo del señor y ya yo siento que todo lo haces para quedar bien. Para ser al contrario, tendría que ser algo que yo disfrutara para que todos lo disfrutaran, o sea no estar quedando bien ahí, tomándome las fotos con todos, ni bailando con todos. Algo que yo lo disfrutara, para que todos los demás lo disfrutaran”.

Ingrid asume, de esta forma, una postura egocéntrica, según la cual el propio disfrute es una condición necesaria para el disfrute de los demás. En este sentido, podríamos pensar que se asemeja al posicionamiento como sujeto autónomo que veíamos en Yadira, porque además, también discrimina entre algunos elementos de la fiesta que le atraen, y otros que

rechaza. Sin embargo, como se irá viendo más adelante, los procesos de negociación en la familia son muy distintos en ambos casos, con lo cual, esta postura de sujeto autónomo no es una construcción que sus padres reconozcan ni permitan en gran medida. Cuando le pido que me precise un poco más cómo tendría que ser una fiesta para que ella la disfrutase, me responde:

“A mí no me gustaría un vestido ampón, no me gustaría algo caro, a lo mejor en una casa o en un jardín, con los amigos de la escuela, con los amigos de la casa, con gente de mi edad, con un DJ que ponga música de todo tipo para que nadie se aburra porque los gustos que tengo yo no los tiene mi compañero y a lo mejor, no comida así que la lleven los meseros, poner una barra de comida ahí, cositas pequeñas, no algo tan formal, a lo mejor una fiesta temática con sombreros o no sé, pero algo muy informal.”

Aquí vemos que incluso la imagen deseable de fiesta que ella construye, toma como referencia la propia fiesta de su prima, cuyos rasgos principales fueron la informalidad, la posibilidad de interacción directa entre los participantes y el formato de fiesta temática. Esto, sin embargo, al parecer funciona para Ingrid más como un referente cercano y accesible que como un deseo realmente efectivo de construir así su propia fiesta, pues más adelante me dice, refiriéndose a sus 15 años: “no es algo así como que muy importante para mí, yo lo veo como una fecha normal, de hecho todos mis cumpleaños los veo así como que, sí, es mi cumpleaños pero, ¡está padre ¿no?! Cumplí un año más y ya, no es algo que me guste mucho celebrar, nunca me han gustado las celebraciones”.

Cuando le pregunto por qué no le gustan, me responde: “A veces siento que la celebración es más que para mí..., no sé, nunca me han gustado. Mis quince años para mí son así como que, pues sí, voy a cumplir 15, pero también voy a cumplir 16 y también cumplí 12, no es algo que sea así como que ¡Puf!, no”. Según Ingrid, esa fecha es en su vida “como cualquier otra. No siento que los 15 años sean así como representativos. Muchos dicen «Quince años se cumplen una sola vez en la vida», pero también 16 y también 20, o sea, no lo veo así como los 15 años ¿no?”

En estas enunciaciones se apela a los repertorios de los 15 años como hecho social y como etapa en la vida, para cuestionarse desde ambos lugares el sentido y la importancia de la celebración, y marcar una distancia con respecto a la misma. Para esta chica, los 15 años

no son un discurso que la interpele especialmente; de modo que al final decide no hacer ninguna celebración.

Jorge, su padre, aunque no se opone de plano a que Ingrid celebre en caso de que quisiera hacerlo, tampoco se involucra positivamente estas fiestas. En el capítulo anterior veíamos que él le atribuía significados muy específicos a los 15 años como hecho social a partir de la diferenciación entre las clases altas y bajas; pero su propia construcción de clase no lo ubica en ninguno de los dos grupos, y por lo tanto, no comparte los significados sociales desde los cuales se celebra: ni necesita exhibir a su hija como un trofeo por el trabajo que le costó criarla, ni es parte de una sociedad de élite en la cual la tenga que presentar. Tampoco tiene la posibilidad de gastar en una fiesta lujosa y sofisticada, que según él, de cualquier manera estará destinada a fracasar, pues no dejará satisfechos a los participantes. “Somos una familia consciente y no hacemos gastos suntuosos, realmente no. En algunas cosas sí nos excedemos, en otras nos limitamos, pero en promedio no nos excedemos mucho. No tenemos tarjeta de crédito, como que dijéramos «no, vamos con la tarjeta de crédito y luego pagamos», no, no usamos; alcancía bueno pues un poquito”, me dice, dándome a entender que la opción de derrochar en una fiesta es algo totalmente impensable en el marco de su estilo de vida.

Viviana, por su parte, no muestra una posición clara con respecto a la fiesta de 15 años. Más bien actúa como mediadora, proponiéndole opciones a Ingrid y dándole la posibilidad de elegir opciones de celebración. Cuando habla de su propia celebración de 15 años, deja muy claro, como ya vimos, su rechazo a la idea de recurrir a vínculos de compadrazgo para lograr financiar una fiesta, y en ese sentido se distancia discursivamente de las prácticas atribuidas a las clases populares. La única madrina que tuvo, fue la de la misa.

Al decir esto, Viviana introduce un elemento importantísimo para entender el significado de los 15 años en esta familia: la legitimidad de la celebración religiosa. Ésta funciona como una práctica en la que se articulan de manera peculiar los repertorios de los 15 años como etapa de la vida, y como hecho social:

“Yo soy de la idea de que se haga una celebración en la iglesia, porque supuestamente es algo importante para su vida, o sea, así como fue importante el bautizo, como fue importante la primera comunión o la confirmación, esto es algo importante que tiene que celebrar. Yo soy católica y a mí me gustaría que se le hiciera una celebración en la iglesia y lo único que yo buscaría sería que la acompañara alguien que ella decida, su tía, su prima, o sea, que sea quien la acompañe para que sea su madrina de los quince años, pero sin pedir.”

Al decir esto, Viviana se posiciona como católica, y con ello establece un terreno discursivo de identificación. En este sentido, la práctica de “dar gracias a Dios” les permite a ella y a su familia actualizar una comprensión de la subjetividad adolescente femenina que es parte de su cosmovisión de la vida como voluntad de un ser supremo: “Por eso a mí se me hace importante la iglesia, porque digo bueno, es una fecha en la que otras niñas hacen una fiesta grande, para mí es más importante llevarla a la iglesia y dar gracias por sus quince años, como lo hago cada año porque cumple 13, porque cumple 14, porque cumple 16”.

Esta estrategia simbólica de dotar de sentido a los 15 años en el marco de un discurso religioso católico, implica, por lo tanto, ubicar la misa de la quinceañera en una cadena sacramental: se le relaciona, por un lado, con los sacramentos asociados a eventos vitales importantes, como el bautizo, la comunión y la confirmación; y por el otro lado, con cada uno de sus cumpleaños (los 13, los 14, los 16), y también con los eventos ordinarios y comunes del catolicismo: “como lo hacemos cada domingo cuando podemos ir todos a la misa, ellas si van todos, yo no me libro de no ir por trabajar; pero ellas todos los domingos van y es la misma celebración, nada más que en ese momento es por un año más, porque se supone que son 15 años, pero realmente la misa vale lo mismo por quince años o por domingo”, dice Jorge. Al escucharlo me viene a la mente el discurso de Alfredo sobre el simbolismo de estas celebraciones, donde me contaba que para algunas personas católicas, los 15 años son considerados un sacramento.

En esa enunciación de una doble vinculación con lo importante y con lo cotidiano, se construye entonces la validez de la celebración católica de 15 años, pues es lo que le da un sentido como práctica religiosa. En torno a esta construcción de “lo válido”, el espacio católico se convierte para la familia de Ingrid en un terreno de distinción, entre quienes son verdaderos practicantes y quienes no lo son; pues la misa es considerada en México una

forma más de celebrar los 15 años, asumida frecuentemente también por familias que no asisten regularmente a la iglesia. Con respecto a esto, Jorge les reconoce la autenticidad de esta práctica cultural sólo a familias como la suya, en un discurso que los posiciona como verdaderos católicos. Este acto de distinción involucra no sólo la dimensión vivencial de la misa como acto de fe, sino también la puesta en acción de un conjunto de saberes y competencias sobre lo que se hace en la ceremonia:

“Ingrid sabe perfectamente qué es una misa, a qué se va a la misa, cómo se desarrolla la misa, porque es toda la situación católica; y muchas niñas a las que le celebran los quince años, es la segunda vez que van a la misa en toda su vida, nunca han vuelto a ir a la misa. A lo mejor fue a su primera comunión y después la mamá nunca la llevó. No saben si pararse, si sentarse, si persignarse. Entonces no creo que valga, en esos casos, esa misa para ellas, más o menos que la del domingo en la que vamos todos y compartimos la misa como tal, porque no saben qué hacer, no tienen ni idea, no son católicos y entonces ponen esa misa como fiesta, pero realmente yo podría decir, pues no son católicos porque no profesan o no están conscientes de lo que está haciendo. Lo mismo podía haber sido con rito judío o con uno pagano cualquier otro y sería lo mismo para la niña porque realmente no tiene idea de qué es la misa”.

Esta construcción de la autenticidad de la celebración católica de 15 años considerándola apenas un elemento más dentro de todo un sistema de prácticas de la misma religión, establece necesariamente un sentido de continuidad en el curso de la vida, que se contrapone al discurso no religioso de los 15 años como etapa o momento especial. Los 15 años se construyen así como un evento tan celebrable como cualquier otro, porque celebrar en este marco discursivo es dar gracias a Dios, y a Dios se agradece siempre.

Esto se relaciona bastante con el desinterés de la propia Ingrid hacia las fiestas de 15 años; sin embargo, me llama mucho la atención que los repertorios interpretativos provenientes de la religión católica sólo sean usados por esta familia para posicionarse ante la celebración. Las posiciones de sujeto relacionadas con la edad y el género, se establecen desde discursos que nada tienen que ver con el catolicismo.

Al caracterizar la etapa que está viviendo en su vida, Ingrid afirma que se siente más “como una señorita” que como una niña. Es interesante como aparece este referente de la señorita para construir la feminidad adolescente, el cual es un apelativo común que se usa en México para dirigirse a las mujeres jóvenes. El concepto de señorita es el de una mujer

que no está casada, y en ocasiones se le considera sinónimo de virgen. Es un significante cultural mediante el cual la sexualidad se construye como un componente potencial, pero no real de la adolescencia femenina. Cuando le pregunto desde cuándo se siente como una señorita, me dice que “hace como dos años..., bueno sí, cuando entré a la secundaria. Cuando yo iba en primero de secundaria, veía a mis compañeras de tercero que se pintaban y ya me llamaba la atención, y me empecé a pintar; no exagerado, pero sí me llama la atención pintarme, ponerme ropa bonita”.

Aquí la transición de la categoría “niña” a la categoría “señorita” se relaciona con un cambio de institución escolar: al entrar a la enseñanza secundaria accede a un espacio de socialización donde descubre e imita formas de actuar y realizar prácticas con su cuerpo que reafirman su género, en el sentido en que lo plantean teóricamente Connell (1987), West y Zimmerman (1987) y Butler (1998; 2002). Al abandonar la posición subjetiva de niña, y empezar a convivir con otras chicas mayores, Ingrid accede a un conjunto de prácticas corporales a través de las cuales se hace la feminidad al mismo tiempo que también se hace la edad (Hauge, 2009).

Esta transición, sin embargo, no es construida como lineal ni absoluta, sino que se produce en un continuo ir y venir, en el que tiene que negociar su nueva posición y esperar que las demás personas se la reconozcan: “deben verme como una niña todavía porque a lo mejor lo sigo siendo, pero yo siento que sí he cambiado y a veces sí me siento muy señorita y a veces quiero ser niña”, me dice.

La construcción subjetiva de su feminidad adolescente, por tanto, aparece en este discurso vinculada a los procesos de institucionalización en el ámbito escolar, donde va teniendo acceso a modelos de feminidad con los cuales identificarse y de los cuales aprender a hacer su género. Este proceso no coincide con el evento de cumplir 15 años; sin embargo, Ingrid reconoce el peso cultural que tiene dicho evento en que las demás personas le reconozcan y le autoricen el avance hacia una nueva posición de sujeto: “ya tienes los quince años y ya puedes tener novio y ya puedes irte sola a la escuela, no sé..., y a lo mejor en ese punto eres más madura y puedes hacerte responsable de más cosas”.

De las tres adolescentes, Ingrid, a pesar de ser la más chica, es la única que ya ha entrado en el campo de la heterofeminidad correspondiente a las relaciones de pareja. Sobre esto, Viviana me cuenta: “tuvo un novio, duró un año y meses, ahorita tiene dos semanas que lo cortó, pero el chamaquito sigue insistiéndole. Yo le digo piénsalo porque a veces se engancha uno tontamente ¿verdad?”. Cuando le pregunto qué piensa ella como madre de esa relación de pareja, me dice:

“Pues mira, no era de mi agrado que tuviera ahorita un novio, ella me decía «es que tú no quieres a Manu», y yo: «no, es que así se llame Juan, Pedro o Luis», yo ahorita cómo que ella cómo que está chiquita para que tuviera una relación, porque desgraciadamente a esa edad sientes que se te cae el mundo cuando te cortan o cuándo te hacen alguna cosa ¿no? Entonces yo sentía que no había necesidad de que se buscara problemas de gratis. Pero bueno, ella quiso experimentar el tener un novio y pues sí, él venía entre semana y ella me decía «mañana va a venir Manu, ¿me dejas salir?», y yo la dejaba salir una hora nada más; ya se iban al parque o iban a comprar unas papas o alguna cosa y a la hora ya estaba aquí de regreso”.

Es interesante como en este discurso sobre su resistencia a que Ingrid tuviese un novio, el tema de la sexualidad no se menciona. El control de la sexualidad de Ingrid se muestra a través de la ausencia en el discurso verbal. Viviana infantiliza la relación de pareja de Ingrid, atribuyendo su desacuerdo con ésta a un deseo de protegerla de experiencias sentimentales negativas para las cuales no está lista; y relaciona el tiempo que pasan juntos ella y su novio con actividades tan deserotizadas como “comprar papas”. De esta forma, Viviana intenta mantener a Ingrid en una posición subjetiva infantil, retrasando así su acceso a la posición de adolescente o joven. Esto no es enunciado por ella como un intento de alejarla de la sexualidad, sino de “los problemas emocionales”. Este intento de Viviana no es tan eficaz ni contundente como el de Mariana con Carla, porque finalmente le permitió “experimentar el tener un novio”, y actuó como mediadora ante el padre: “Su papá creo que nunca estuvo de acuerdo, yo fui la alcahueta en ese aspecto, para que le diera el permiso. Cuando yo me enojaba le decía «pues ahí dile a tu papá», porque yo sabía que el papá no era muy de la idea del novio”.

En la construcción del noviazgo que hace Ingrid, tampoco aparece ninguna referencia a la sexualidad ni al cuerpo. De hecho, al hablarme de su novio contrapone explícitamente el cariño y el respeto a la atracción física: “Está guapo (se ríe). No, es muy feo, pero creo

que me quiere muy bien; sí, como que me respeta, y yo sé que él deja muchas cosas por mí y eso me gusta, pero a la vez me cae así como que, «pues no te prometo que me voy a quedar contigo así toda la vida ¿verdad?, pero es tu decisión ¿no?». Y es lo que me gusta de él”. Me menciona también las limitaciones que le ponen sus padres a su relación: “Yo casi no veo a mi novio y ese es mi enojo, de que yo lo quiero ver, pero no puedo, porque a veces mis papás no me dejan”.

La vigilancia que ejercen Viviana y Jorge sobre el noviazgo de Ingrid no es el único espacio en que se negocian –o se enfrentan- posiciones con respecto a la sexualidad y el cuerpo femenino adolescente entre los miembros de esta familia. En una de las últimas entrevistas, Jorge me recibió en la entrada de la unidad, y mientras íbamos camino a su casa, se refirió a la adolescencia de Ingrid como algo “difícil”, que les estaba dando muchos “dolores de cabeza” porque andaba subiendo fotos “indebidas” al facebook y escribiendo cosas que eran faltas de respeto. La propia Ingrid me mencionó luego este incidente:

“he perdido un poco la confianza, he escrito muchas cosas”. Le pregunto a qué cosas se refiere y me dice: “No sé, publicaciones en facebook feas, groseras, que se podían malentender, o también mis fotos”. Respecto a esto me asegura que se siente “mal, siento que defraudé a mis papás mucho, pero hasta cierto punto no es así como lo peor, pero sí es feo, porque sí siento que perdí muchos privilegios por... son mis papás, ¿no?”.

Aunque ni Ingrid ni sus padres profundizaron más en este acontecimiento, lo poco que dijeron del mismo me remite al fenómeno de los performances sobre la identidad sexual que realizan cada vez con mayor frecuencia las adolescentes en las redes sociales digitales. Según Jackson y Vares (2011) y Ringrose (2011), tales formas de “experimentación” sexual online, están en tensión con las normas disciplinarias acerca de la conducta sexualmente apropiada y la pasividad femenina heterosexualizada que se espera que las chicas manifiesten.

La construcción discursiva del cuerpo femenino adolescente de Ingrid como un significativo problemático, va más allá de ese hecho aislado, apareciendo de manera recurrente en las intervenciones de Viviana. Por un lado, lo asocia al peligro y la

inseguridad de ser una posible víctima de acoso sexual callejero: “A mí ya me da miedo andar con ella, yo salgo peleada en el metro, en el metro-bus, porque ya la van viendo, se le acercan, es horrible andar con ella en la calle. Y luego yo le digo, «no te pongas tan apretada, tan escotado, que los hombres no más están..., así vayas con abrigos y veinte bufandas, ¡Dios!, tienen vista de lince que te quieren desnudar». Yo le digo «mejor evítalo hija porque yo sí soy muy gruñona y me le pongo ahí a la gente»”. Y por otro lado, es un impedimento para establecer relaciones de amistad con sus compañeros varones:

“Con los chicos ella, no sé si sea buena suerte o mala suerte, porque desgraciadamente ella empieza a hablarle a algún muchachito y el muchachito ya después sale enamorado de ella; entonces a veces es un conflicto, porque dice: «yo le platicaba todo y era mi amigo y ahora me salió con que está enamorado de mí», y ya eso no le gusta, porque a veces se siente decepcionada yo creo, porque ya le platicó ciertas cosas y el chamaquito ya después se las voltea ¿no? Y esa ha sido su mala suerte con los niños, que piensa que ya tiene un amigo y a la mera hora «es que ya quiere conmigo y ahora me está friegue y friegue»”.

En un momento de mi entrevista con Viviana, en que le pido que caracterice a Ingrid, ella usa la edad como referente fundamental para hacer esto: “Bueno, de ahorita de esta edad, yo diría que es una niña muy enojona, o sea, yo sé que ahorita las hormonas andan por todos lados, pero sí, cómo que es una etapa que no me está gustando..., no sé”. Al terminar esta frase, se le corta la voz y le salen las lágrimas sin que pueda hacer nada para evitarlo. Cuando comienza a hablar otra vez, intenta explicarme: “ella de repente está muy triste, a veces está muy contenta y eso a veces como que a mí me mueve el tapete porque yo no sé cómo actuar. Te digo que sí está difícil la situación con ella, porque un día está de buenas, otro día está contenta, hasta en el mismo día a veces dices «¡ay esta niña!»; que estaba muy risueña y de repente está muy achicopalada y le digo «¡ay hija!»”

Según mi interpretación, el llanto de Viviana es una expresión discursiva no verbal de un conflicto que no logra ser nombrado; y con respecto al cual se posiciona desde la desorientación y la incertidumbre sobre cómo relacionarse con su hija, recurriendo a un repertorio interpretativo sobre la adolescencia como etapa de crisis: “no sé si sea la edad lo que trae el problema éste o no sé, también pues ahorita ya vienen los nervios de la preparatoria, el cambio de escuela, porque todo eso son nervios que están a flor de piel”.

A pesar de estos conflictos, Ingrid no se posiciona desde un discurso de enfrentamiento ni inconformidad con respecto a sus padres; sino más bien de normalización de las discusiones y conflictos como parte de cualquier relación afectiva: “Me llevo bien con mis dos papás, sí me regañan y tengo problemas con ellos; pero como cualquier otra persona, no es así como que los odie o algo así. Yo los quiero mucho”.

El análisis de este caso muestra que Viviana y Jorge están tan descolocados ante las celebraciones de 15 años como ante la feminidad adolescente de Ingrid. Frente a ambos referentes, la madre intenta asumir una posición más de mediadora y el padre más de autoridad. La puesta en juego de este tipo de posiciones de sujeto, trae consigo, desde mi punto de vista, un ejercicio problemático y ambiguo de la autoridad patriarcal en la familia, pues los padres no ejercen un poder performativo lo suficientemente claro, eficaz y contundente para mantener a Ingrid en una posición subjetiva infantil; pero tampoco despliegan los recursos necesarios para autorizar y facilitar su acceso a una nueva posición de sujeto, que implica la ampliación de sus espacios de socialización y el reconocimiento de mayores niveles de autodeterminación e independencia. De esta forma, Ingrid consigue, por un lado, asumir posiciones discursivas egocéntricas y de desafío al control de sus padres y a las presiones sociales; pero por otro lado su cuerpo y su feminidad adolescente son construidos en la familia como significantes conflictivos y problemáticos.

Conclusiones

Después de haber examinado un rango de proyecciones discursivas sobre las celebraciones de 15 años en México, que abarcan el tratamiento de este tema en la academia, su presencia en los medios de comunicación, las representaciones producidas por tres familias durante el proceso de celebrar, y su relación con categorías de género, edad y clase social en los procesos de subjetivación, ¿alrededor de qué ideas podríamos decir que se articulan los principales hilos argumentativos del trabajo?

Desde mi punto de vista, la discusión fundamental que se plantea aquí a distintos niveles es la que tiene que ver con la figura de la quinceañera como modelo de feminidad adolescente en la sociedad mexicana. La presencia de este modelo sugiere la aceptación de una norma social según la cual hay un punto crítico de transición en la trayectoria de vida de las mujeres, que implica un cambio en los procesos de socialización. Como veíamos en el apartado 4.2.3, la mujer que cumple 15 años debe ser “presentada en sociedad”, para acceder a nuevas prácticas corporales y a nuevos vínculos sociales que le permitan ampliar su espectro de derechos y libertades con respecto al estatus de tutelaje familiar absoluto de la niñez. El universo simbólico de los 15 años está copado de imágenes históricamente relacionadas con la feminidad, como los vestidos, las muñecas, las zapatillas, el baile del vals, el maquillaje, etc. La imagen de un varón como protagonista dentro de este universo es impensable, por lo cual la celebración de los 15 años funciona como un dispositivo cultural muy fuerte de construcción del género y la diferencia sexual en México.

Cuando analizábamos en el acápite 1.1 las formas en que este fenómeno se había abordado en diferentes investigaciones sociales, veíamos que en la mayoría de los estudios la imagen de la quinceañera era construida como un modelo más bien estático, donde los significados se hacían corresponder directamente a los símbolos desplegados en las fiestas; de manera que las interpretaciones sobre las relaciones de género involucradas en estos procesos terminaban siendo bastante esencialistas y ahistóricas. La mayoría de los autores citados reconocían variantes y transformaciones en estas celebraciones, pero no lograban

dar cuenta del dinamismo en relación con las construcciones de género que se ponían de manifiesto a través de esta diversidad de prácticas.

Para entender estas dinámicas, se hacía necesario buscar referentes teóricos sobre el género que se cuestionaran la idea misma de modelos de feminidad, y observar a través de estos referentes los procesos relacionados con las celebraciones de 15 años. En este sentido, resultaron muy pertinentes los planteamientos de Connell (1987), citados en el apartado 2.1.1, sobre la necesidad de sustituir las tipologías estáticas del carácter sexual por el ejercicio de contar historias donde se analice la producción histórica y cultural de rasgos y comportamientos asociados con el género. La consideración de las celebraciones de 15 años como práctica discursiva, con todas sus implicaciones teóricas, fue muy útil para seguir las sugerencias de Connell y otros autores y autoras que compartían visiones similares, pues me permitió identificar una multiplicidad de discursos que coexisten en la sociedad mexicana en torno a estas celebraciones, los cuales circulan en forma de productos culturales diversos y son manejados activamente por las quinceañeras y sus familias para posicionarse ante las mismas. Es a través de tales posicionamientos que se construyen entonces diferentes formas de feminidad adolescente, que no existen como patrones rígidos impuestos a las quinceañeras, sino que son negociadas en un sistema de relaciones sociales complejas, con las familias y sus redes sociales.

Al analizar etnográficamente estos procesos en tres familias de quinceañeras mexicanas autodenominadas de clase media, encontré que, efectivamente, comparten una representación muy clara de algo que es considerado una fiesta típica de 15 años: la adolescente presentada en sociedad, vestida de largo, bailando un vals, siendo centro de atención de todos, rodeada de una atmósfera de formalidad y elegancia, cambiando sus zapatos de niña por zapatillas de tacón y recibiendo su última muñeca como símbolo de abandono de la niñez. Mis entrevistados, sin embargo, se cuestionan el sentido de estas prácticas y las critican fuertemente, considerándolas ajenas a sus estilos de vida. Aparece entonces, al lado del discurso sobre la fiesta típica, un discurso de los 15 años como hecho social, donde atribuyen esta forma típica de celebrar a familias populares y/o cercanas a las tradiciones, con las cuales ellos, en particular, no se identifican. Significa esto entonces que

la norma acerca de la transición ritualizada y solemne en la vida femenina se desestabiliza y pierde fuerza para estas familias, que construyen sus identificaciones como clase media desde códigos vinculados al pragmatismo, a la escolaridad, a lo moderno, lo informal y el rechazo a las presiones sociales. La imagen de la quinceañera como princesa, como patrimonio familiar, que es presentada ante la sociedad en un evento vinculante, pierde fuerza; y al desestabilizarse los significados asociados a esta figura femenina, se desestabilizan también las posiciones de sujeto esperadas para los otros miembros de la familia en relación con esta práctica social, como es el caso de la posición de anfitriones. Negociar la celebración de los 15 años no es, por lo tanto, solamente una cuestión de negociar identidades de género, sino también prácticas de clase que vinculan a las familias con su grupo social de pertenencia o referencia, y relaciones de poder intergeneracionales en las que se construyen los significados de la edad y el curso de vida.

Apartarse del patrón normativo de actuación del género según las fiestas de 15 años no es una decisión voluntaria e individual de estas tres familias. Lo que sucede con ellas es parte de procesos históricos de modernización y reconfiguración cultural que han tenido lugar a gran escala en la sociedad mexicana, sobre todo desde el período postrevolucionario, donde han venido emergiendo diferentes construcciones discursivas de género, modelos de familia, formas de juventud e identidades de clase. En este sentido es importante reconocer el papel de los medios de comunicación en la configuración de una cultura urbana en la ciudad de México y en la difusión de una multiplicidad de prácticas de consumo que son tomadas en cuenta como opciones para construir y legitimar estilos de vida. De esta forma, el propio patrón normativo de los 15 años se ha estado resignificando incluso para quienes lo reproducen, pues como señalan muchos de los autores que lo han estudiado y los propios entrevistados, la fiesta, por muy formal que se haga, muchas veces no garantiza en la práctica a la quinceañera una nueva posición social asociada al estatus de mujer adulta o disponible para el matrimonio, como supuestamente sucedía en los orígenes de esta tradición.

Esta complejización en los discursos relacionados con la feminidad adolescente hace que cada familia tenga que buscar y construir sus propios recursos y estrategias para

entender y “hacer” la transición de las quinceañeras. En los tres casos se marca, con algún tipo de celebración, la naturaleza excepcional de este momento de la vida: en el caso de Carla con un viaje familiar, en el de de Yadira con una fiesta temática y en el de Ingrid con una misa. En cada caso, las familias justifican la legitimidad de las prácticas elegidas desde la coherencia con sus valores y habitus, posicionándose reflexivamente ante estas celebraciones y rechazando la idea de seguir un ritual o imitar un patrón. En relación con lo anterior, el significado de la transición entre la niñez y la juventud, que supuestamente marca ese evento, se construye también en las tres familias de manera diferente: Carla es para su madre básicamente “una menor de edad”, que depende todavía de sus papás, en términos económicos y de toma de decisiones, y en este sentido no la enuncian desde el cambio, sino desde la permanencia en un estatus infantil; Yadira y sus padres asocian el cambio en su vida de niña a adolescente con el paso de la secundaria a la preparatoria, donde encontró un grupo de amigos con los que comparte gustos, estilos e intereses similares; mientras que para Ingrid, los 15 años son una edad cualquiera, como cumplir 12 o 16.

La ausencia de una normativa única, coherente y aceptable para dar sentido a la transición adolescente implica que se generen entonces nuevas formas de control y relación con las normas, sobre todo en lo referido al acceso a la sexualidad y al posicionamiento dentro de los discursos de heterofeminidad. En el caso de Carla, este control se manifiesta a través del conflicto entre la madre y el padre, donde éste último quiere que conozca el mundo y tenga nuevas experiencias, mientras que la madre impone su autoridad para mantenerla bajo su dominio y vigilancia; en el caso de Yadira, por el manejo racional, informado y controlado que forma parte de un habitus de sujeto autodeterminado que toma sus decisiones, a través del cual la enuncian sus padres y ella misma; y en el caso de Ingrid, por la problematización del cuerpo y la sexualidad como amenaza ante la cual los padres no saben qué hacer.

Los resultados obtenidos y sus interpretaciones dejan abiertas muchas puertas para plantear discusiones conceptuales que van más allá de las celebraciones de 15 años. En este sentido, es importante señalar cómo se hace imposible analizar los significados del género

de manera separada de los de otros referentes como la edad y la clase social. Sería muy pertinente avanzar en otros estudios sobre las articulaciones discursivas entre estas y otras categorías -como la nacionalidad- en la sociedad mexicana, donde se analicen los procesos históricos, políticos y culturales en los cuales van emergiendo los diferentes discursos y estrategias de posicionamiento subjetivo.

También resultaría relevante, en relación con lo anterior, examinar más detenidamente las estructuras y recursos lingüísticos a través de los cuales las personas se van posicionando y construyendo sus argumentos y justificaciones en la interacción. Este fue un aspecto bastante poco explorado en la tesis que valdría la pena retomar en otras investigaciones para avanzar en la comprensión de las dinámicas discursivas relacionadas con el género y otras categorías sociales.

Para finalizar, me gustaría señalar una vez más la importancia de desarrollar perspectivas relacionales a los procesos de construcción de identidades, donde las feminidades adolescentes se aborden más allá de las problemáticas del embarazo no deseado y las enfermedades de transmisión sexual (Stern, 2007; Tuñón y Eroza, 2001). Es importante proponer temas donde se analicen los discursos en los que estas subjetividades se conforman, pensando a las mujeres adolescentes desde la complejidad de relaciones sociales que las constituyen, y yendo más allá de los contextos interactivos concebidos como espacios de socialización juvenil, como las escuelas y las redes sociales virtuales. En este sentido, es importante profundizar en los análisis del contexto familiar, donde las adolescentes se involucran también en interacciones intergeneracionales que no han sido muy estudiadas por las ciencias sociales en general.

Espero que este trabajo contribuya entonces a poner en discusión algunas cuestiones que permitan tener una visión menos esencialista de la relación entre las prácticas culturales y la construcción de subjetividades; así como a pensar a los sujetos como constituidos desde posiciones múltiples, donde el género, la edad y la clase social se articulan de maneras diversas y contingentes.

Bibliografía

- Althusser, Louis (1974), *Ideología y aparatos ideológicos de Estado*, Buenos Aires, Ediciones Nueva Visión.
- Badinter, Elisabeth (1981), *¿Existe el amor maternal?*, Barcelona, Ediciones Paidós.
- Barbero, Jesús M. (1995), “Mediaciones urbanas y nuevos escenarios de comunicación”, en *Sociedad*, núm. 5, Buenos Aires, pp. 35-47.
- Barth, Fredrik (1995), “Metodologías comparativas na análise dos dados antropológicos” en T. Lask (Org.), *O guru, o iniciador e outras variações antropológicas*, Río de Janeiro, Contra Capa Livraria, pp. 187-200.
- Beauvoir, Simone (1997/1949), *El segundo sexo*, Siglo Veinte, México.
- Benett, Andy (1999), “Subcultures or Neo-Tribes? Rethinking the Relationship between Youth, Style and Musical Taste”, *Sociology*, Vol. 33, núm. 3, pp. 599-617.
- Bó-Besozzi, Alejandra (2010), “Transformaciones en los procesos de la tramitación subjetiva en la adolescencia contemporánea”, *Perfiles de la cultura cubana*, núm. 3, Revista del Instituto Cubano de Investigación Cultural Juan Marinello, URL: http://www.perfiles.cult.cu/article.php?numero=5&article_id=226, última consulta marzo de 2012.
- Bolaños, Laura M. (2003), *La imagen de la mujer en las telenovelas mexicanas*, México, D.F., Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Iztapalapa, tesis de licenciatura.
- Boron, Atilio (1996), “¿Posmarxismo? Crisis, recomposición o liquidación del marxismo en la obra de Ernesto Laclau”, *Revista Mexicana de Sociología* Vol. 58, núm. 1, pp. 17-42.

- Bourdieu, Pierre (2004), “La fuerza de la representación”, en A. Basaíl y D. Álvarez-Durán (comps.), *Sociología de la cultura*, La Habana, Ed. Félix Varela, pp. 14-24.
- _____ (1990), “La juventud no es más que una palabra”, en P. Bourdieu, *Sociología y Cultura*, México, D.F., Grijalbo.
- _____ (1988), *La distinción. Criterios y bases sociales del gusto*, Madrid, Taurus.
- _____ (1996), “The Forms of Capital”, en J. Richardson (ed.), *Handbook of Theory and Research for the Sociology of Education*, Westport, CT, Greenwood, pp. 241–58.
- Butler, Judith (2002), *Cuerpos que importan. Sobre los límites materiales y discursivos del sexo*, Buenos Aires, Paidós.
- _____ (1998), “Actos performativos y construcción del género”, en *Debate feminista*, núm. 18, pp. 296-314.
- _____ (1993), “Critically Queer”, *A Journal of Lesbians and Gay Studies*, Vol. 1, pp. 17-32.
- _____ (1990), *Gender Trouble*, London, Routledge.
- Connell, R. W (1987), *Gender and Power*, Stanford, Stanford University Press.
- Da Matta, Roberto (2002), *Carnavales, malandros y héroes. Hacia una sociología del dilema brasileño*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Douglas, Mary (1998), *Estilos del pensar*, Barcelona, Gedisa.
- Eckert, Penelope y Sally Mcconnell-Ginet (2003), *Language and Gender*, New York, Cambridge University Press.
- Edley, Nigel (2001), “Analysing Masculinity: Interpretative Repertoires, Ideological Dilemmas and Subject Positions”, en M. Wetherell, S. Taylor y S. J. Yates (eds.), *Discourse as Data. A Guide for Analysis*, London, Sage Publications, pp. 189-228.
- Erikson, Erick (1968), *Identity: Youth and Crisis*, New York, Norton.

- Esteinou, Rosario (2004), “El surgimiento de la familia nuclear en México”, *EHN*, núm. 31, pp. 99-136.
- Feixa, Carles (1998), “Las culturas juveniles en México”, en C. Feixa, *El reloj de arena. Culturas juveniles en México*, México, SEP-Causa Joven, pp. 94-111.
- _____ (1996), “Antropología de las edades”, en J. Prat & A. Martínez (eds.), *Ensayos de Antropología Cultural. Homenaje a Claudio Esteva-Fabregat*, Barcelona, Ariel, pp. 319-335.
- Fonseca, Claudia (1999), “Quando cada caso não é um caso. Pesquisa etnográfica e educação”, en *Revista Brasileira de Educação*, núm. 10, pp. 58-78.
- Foucault, Michel (2006), *La arqueología del saber*, México, Siglo XXI Editores.
- _____ (1992), *El orden del discurso*, Buenos Aires, Tusquets Editores.
- Franco, Rolando, Martín Hopenhayn y Arturo León (2011), “Crece y cambia la clase media en América Latina: una puesta al día”, *Revista CEPAL*, núm. 103, pp. 7-26.
- García-Canclini, Néstor (1997), “Culturas híbridas y estrategias comunicacionales”, *Estudios sobre las culturas contemporáneas*, Vol. III, núm. 005, pp.109-128.
- _____ (1990), “Introducción a la sociología de la cultura de Pierre Bourdieu”, en P. Bourdieu, *Sociología y Cultura*, México, D.F., Grijalbo.
- _____ (1989), *Culturas híbridas*, México, Grijalbo.
- Guber, Rosana (2004), *El salvaje metropolitano. Reconstrucción del conocimiento social en el trabajo de campo*, Buenos Aires: Paidós.
- Gutiérrez, Lisett María (2007): *Celebrar los quince años: sentido social de un rito*, La Habana, Instituto Cubano de Investigación Cultural Juan Marinello, informe de Investigación.

- Hall, Stuart y Tony Jefferson (1991): *Resistance Through Rituals. Youth subcultures in post-war Britain*, London, Routledge.
- Hauge, Mona-Iren (2009), "Bodily practices and discourses of hetero-femininity: girls' constitution of subjectivities in their social transition between childhood and adolescence", *Gender and Education*, Vol. 21, núm. 3, pp. 293-307.
- Hershfield, Joanne (2008), *Imagining la Chica Moderna. Women, Nation and Visual Culture in Mexico, 1917-1936*, Durham and London, Duke University Press.
- Hidalgo Javier (2011), "Padrinos Fotográficos del Primer Gran Baile Nacional de Quinceañeras: Mujeres jóvenes, mujeres con derechos", blog del Instituto de la Juventud del Distrito Federal, URL: <http://injuvex.blogspot.mx/2011/04/padrinos-de-foto-quinceaneras.html>, última consulta marzo de 2012.
- Hudson, Barbara (1984), "Femininity and Adolescence", en A. McRobbie y M. Nava (eds.), *Gender and Generation*, London, Macmillan, pp. 31-53.
- Jackson, Sue y Tiina Vares (2011), "Media 'Sluts': 'Tween' Girls' Negotiations of Postfeminist Sexual Subjectivities in Popular Culture", en R. Gill y C. Scharff (eds.), *New Femininities. Postfeminism, Neoliberalism and Subjectivity*, Palgrave Macmillan, pp. 99-116.
- Jørgensen, Marianne y Louise Phillips (2002), *Discourse Analysis as Theory and Method*, London, Sage Publications.
- Kumru, Asiye y Ross Thompson (2003), "Ego Identity Status and Self-Monitoring Behavior in Adolescents", *Journal of Adolescent Research*, Vol. 18, núm. 5, pp. 481-495.
- Laclau, Ernesto y Chantal Mouffe (2001), *Hegemony and Socialist Strategy Towards a Radical Democratic Politics*, London, Verso.
- _____ (1987), "Post-Marxism without Apologies", *New Left Review*, núm. 166, pp. 79-106.

- Leal, Alejandra (2007), “Peligro, proximidad y diferencia: negociar fronteras en el Centro Histórico de la Ciudad de México”, *Alteridades*, Vol. 17, núm.34, pp. 39-55.
- Marcadet, Yaan (2007), “Habitar en el centro de la Ciudad de México. Prácticas espaciales en la Santa María La Ribera”, *Alteridades*, Vol. 17, núm.34, pp. 39-55.
- Margulis, Mario y Marcelo Urresti, (1996), “La juventud es más que una palabra”, en M. Margulis y M. Urresti (eds.), *La juventud es más que una palabra*, Buenos Aires, Biblos, pp. 13–30.
- Maza, Maximiliano (1996), “Películas del cine mexicano”, URL: <http://cinemexicano.mty.itesm.mx/peliculas/cincochocolate.html>, última consulta marzo de 2012.
- McRobbie, Angela (2000a), “*Jackie Magazine: Romantic individualism and the Teenage Girl*”, en A. McRobbie, *Feminism and Youth Culture*, London, Macmillan Press, pp. 67-117.
- _____ (2000b), “Sweet Smell of Success? New Ways of Being Young Women”, en A. McRobbie, *Feminism and Youth Culture*, London, Macmillan Press, pp. 198-214.
- _____ (1984), “Dance and Social Fantasy”, en A. McRobbie y M. Nava (eds.), *Gender and Generation*, London, Macmillan, pp.130-161.
- Meira, Cecilia (2009), *Empieza la aventura de la vida: La concepción social de las mujeres jóvenes en Cuajimalpa y Álvaro Obregón a partir de las fiestas de 15 años*, México, D. F., Universidad Autónoma Metropolitana Iztapalapa, tesis de licenciatura.
- Monsivàis, Carlos (1981), “Notas sobre el Estado, la cultura nacional y las culturas populares en México”, *Cuadernos Políticos*, núm. 30, México, D.F., Era, pp. 33-52.
- Mouffe, Chantal (1993), “Feminismo, ciudadanía y política democrática”, *Debate feminista*, Vol. 7, pp. 3-23.

- Nieto, Raúl (2001), "Ritualidad secular, prácticas populares y videocultura en la ciudad de México", *Alteridades*, Vol. 11, núm. 22, pp. 49-57.
- Nikander, Pirjo (2009), "Doing change and continuity: age identity and the micro-macro divide", *Ageing & Society*, núm. 29, pp. 863-881.
- _____ (2008), "Constructionism and Discourse Analysis", en J. A. Holstein, & J. F. Gubrium (eds.), *Handbook of Constructionist Research*, New York, Guilford Publications, pp. 413-428.
- Palencia, Mercedes y Víctor Gruel (2006), "Algunas visiones sobre un mismo ritual: la fiesta de quince-años", *Temas Sociológicos*, núm. 11, pp. 221-240.
- Ponce, Dolores, Ana Irene Solórzano y Antonio Alonso (1991), "Lentas olas de sensualidad", en H. Bellinghausen (coord.), *El nuevo arte de amar. Usos y costumbres sexuales en México*, México, D.F., Cal y Arena, pp. 11-37.
- Potter, Jonathan (1996), "Discourse Analysis and Constructionist Approaches: Theoretical Background", en J. T.E. Richardson (ed.) *Handbook of qualitative research methods for psychology and the social sciences*, Leicester, BPS Books, pp. 125-140.
- Rachamimov, Alon (2006), "The Disruptive Comforts of Drag: (Trans)Gender Performances among Prisoners of War in Russia, 1914-1920", *American Historical Review*, Vol. 111, No. 2, pp. 362-382.
- Ramírez, Armando (2009), *Quinceañera*, México D.F., Random House Mondadori.
- Reguillo, Rossana (2000), *Emergencia de culturas juveniles. Estrategias del desencanto*, Buenos Aires, Norma.
- Ringrose, Jessica (2011), "Are You Sexy, Flirty, Or A Slut? Exploring 'Sexualization' and How Teen Girls Perform/Negotiate Digital Sexual Identity on Social Networking Sites", en R. Gill y C. Scharff (eds.), *New Femininities. Postfeminism, Neoliberalism and Subjectivity*, Palgrave Macmillan, pp. 99-116.

- Rosado, Jordi (2011), *¿Y miss 15?*, México, D.F., Aguilar.
- Rosso, Laura (2012), “El poder de las mayorías sub 20”, *Página 12*, entrevista a Rossana Reguillo, URL: <http://www.pagina12.com.ar/diario/suplementos/las12/13-7233-2012-05-04.html>, última consulta mayo de 2012.
- Ruiz, Emma (2001), Adolescencia femenina y ritual. La celebración de las quinceañeras en algunas comunidades de México, *Espiral*, Vol. 7, núm. 020, pp. 189-222.
- Sarricolea, Juan Miguel y Albertina Ortega (2009), “Una mirada antropológica al estudio de los rituales festivos. La fiesta de XV años”, *Dimensión antropológica*, Vol. 16, núm. 45, pp. 131-154.
- Schachter, Elli (2005), “Context and Identity Formation: A Theoretical Analysis and a Case Study”, *Journal of Adolescent Research* Vol. 20, núm. 3, pp. 375-395.
- Schwartz, Seth (2008), “Self and Identity in Early Adolescence: Some Reflections and an Introduction to the Special Issue”, *Journal of Early Adolescence*, Vol. 28, núm. 1, pp. 5-15.
- Scott, Joan (2008), “El género: una categoría útil para el análisis histórico”, en *Género e historia*, Fondo de Cultura Económica-Universidad Autónoma de la Ciudad de México, pp. 48-74.
- Sémblar, Camilo (2006), *Estratificación social y clases sociales. Una revisión analítica de los sectores medios*, Santiago de Chile, Naciones Unidas.
- Stern, Claudio (2007), “Estereotipos de género, relaciones sexuales y embarazo adolescente en las vidas de jóvenes de diferentes contextos socioculturales en México”, *Estudios Sociológicos*, enero-abril, Vol. XXV, núm. 001, pp. 105-129.
- Stoller, Ann (1996), “Carnal Knowledge and Imperial Power: Gender, Race and Morality in Colonial Asia”, en Scott, Joan (Ed.) *Feminism and History*, Oxford University Press, Oxford and New York, pp. 209-266.

- Tuñón, Esperanza y Enrique Eroza (2001), “Género y sexualidad adolescente. La búsqueda de un conocimiento huidizo”, *Estudios Sociológicos*, Vol. 19, núm. 55, pp. 209-226.
- Turner, Victor (1988), *The Anthropology of Performance*, PAJ Publications, New York.
- Van Gennep, Arnold (1964), *The Rites of Passage*. Chicago, University of Chicago Press.
- Weinstein, Deena (1995), “Alternative youth: The ironies of recapturing youth culture”, *Young*, Vol.3, núm. 61, pp. 61-71.
- West, Candace y Don H. Zimmerman (1987), “Doing Gender”, *Gender and Society*, Vol.1, No.2, pp. 125-151.
- Wetherell, Margaret (1998), “Positioning and interpretative repertoires: Conversation analysis and poststructuralism in dialogue”, *Discourse and Society*, Vol. 9, núm. 3, pp. 387–412.